

*índice*

1	despedida de Atenas	1
2	sobre el barco 'Augusta'	5
3	cargamento secreto	7
4	la llegada a Estabias	10
5	de compras en Pompeya	13
6	el Vesubio manda	16
7	la destrucción	18
8	la ciudad muerta	21
9	el fauno danzante	24
10	nuevos destinos	26
11	el Tito de oro	27
12	viajes a Leptis Magna y Portus Claudius	29
13	reencuentro en Roma	31
14	el regreso	33
15	la tempestad	35
16	un nuevo amo	38
17	un encuentro extraño	41
18	el regreso	43
19	un servicio distinto	44
20	el día de la caza del león	47
21	engañado y golpeado	49
22	en el mercado de esclavos de Alejandría	52
23	llegada a Roma	54
24	los grandes juegos	58
25	en la libertad	62
26	reencuentro en casa de Andario	64
27	última salida con el león	70
28	encuentro en Alejandría	71
29	Alejandría nocturna	73
30	Milón busca a sus invitados	79
31	una conversación escuchada	80
32	se está construyendo	84
33	un esclavo también es un ser humano	88
34	viaje de regreso con impedimentos	90
35	lira y danza	92

**Jackob Streit**  
**Milón y el león**

# el profanador de textos

## profanador, ra.

(Del lat. *profanātor*, -ris).  
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

## profanar.

(Del lat. *profanāre*).  
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.  
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©  
Todos los derechos reservados

## confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir ‘asesinados’)— con ‘sagrado’ respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables... o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en ‘profanador’: ‘deshonro,’ ‘prostituyo’ la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: Dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: Difundir su conocimiento. (a mi tampoco me convencen estas ‘razones,’ son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leídos ‘fotocopiados’ en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



## con respecto a este libro

Título: ‘Milón y el León’

Autor: Jakob Streit

Editorial: Traducción manuscrita.

Sin fecha de impresión.

primera pedeeeficación:  
junio 13, 2017

actualizaciones:

## para colaborar

**Correcciones:** Para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a [elprofanadordetextos@yahoo.com](mailto:elprofanadordetextos@yahoo.com), poniendo en el ‘Asunto:’ el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.

**Dactilografiado:** hay mucho material traducido en forma manuscrita que ‘desea’ ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a [elprofanadordetextos@yahoo.com](mailto:elprofanadordetextos@yahoo.com), poniendo en el ‘Asunto: Tipear.’ Gracias.

## GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el ‘GA,’ ‘Gesamtausgabe’ [‘Edición Completa’]. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos. Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita ‘[GAnn:cc:pp]’ significa ‘párrafo pp’ de la ‘conferencia cc’ del GA ‘nnn.’

## BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf fueron publicados por Juan Berlín desde México. Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita ‘[BMO24c]’ significa ‘el tercer artículo (letra c)’ del ‘boletín 24.’ En el caso de suplementos, se usa directamente la letra ‘s’: [bm011s].

## párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número <sup>(02)</sup> o un número y una letra <sup>(02c)</sup> al inicio de los mismos. En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana. La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

## 1 despedida de Atenas

Sobre la ciudad de Atenas y sus resplandecientes templos, en los cerros de la Acrópolis, caía la tarde.

En fogosa carrera, un joven corría por las callejuelas hasta llegar a un portón alto y cerrado.

Golpeó con ímpetu con los puños cerrados contra las tablas de madera.

A los sordos golpes, se escuchaban pasos que se arrastraban.

Una voz femenina increpaba:

—“*Quién es el impetuoso mensajero? ¿Qué ocurre?*”

—“*¡Soy yo, Tirios ! ¡Abrime, Ágaya!*”

El portón crujía.

El joven estaba frente a la anciana ama de la casa señorial, que ciertamente sentía gracia por su alborotamiento.

—“*¿Por qué tanto apuro? Casi rompes el portón. En el trabajo no sos tan impetuoso.*”

—“*¿Dónde está Milón? Tengo que hablarle por una novedad importante.*”

—“*¡Ya sé donde nos llevarán!*”

La vieja criada señalaba hacía la parte trasera del jardín.

—“*Está recolectando las uvas.*”

Dime Tirios, ¿qué has podido averiguar? El final de la pregunta, el joven ya no la captó, tal era la urgencia de comunicársela a su amigo, con el cual pronto iban a dejar para siempre la ciudad.

Lo encontró en la parra, recolectando los primeros racimos de uvas maduras, que depositaba cuidadosamente en un cesto.

Milón era de la misma edad que Tirios y como él, un joven esclavo.

Una enredada cabellera rubia oscura le daban un aspecto más indómito de lo que era su fino rostro.

—“*Milón ¡viajaremos a Roma! Nuestro equipaje ya lo llevé al puerto de El Pireo y lo dejé en el barco, que mañana levantará velas y cruzará el mar en dirección de la gran ciudad de los romanos.*”

*Es un barco grande con una carga valiosa.*

*Los guardias impidieron que pudiera ir hasta el puente de popa.”*

Tirios buscaba aliento.

La rápida corrida y el hablar de prisa le quitaron el aire.

Milón le ofreció unas uvas y de manera vacilante inquirió:

—“*¿Entonces, dormiremos hoy por última vez en Atenas?*”

Tirios, animadamente inclinó la cabeza en señal de aprobación.

Estaba casi decepcionado que Milón no compartía su alegría.

Por un momento ambos enmudecieron.

Tirios, alargó la mano en procura de otras uvas y saboreó ansioso el jugo con la garganta sedienta.

Milón, por cierto, se asustó por estas noticias de El Pireo; no obstante, no lo dejó entrever.

Sin decir palabra alguna, levantó la vista por encima del muro del jardín hacia las alturas de la Acrópolis, donde los rayos del sol se reflejaban con brillo en los claros templos de mármol.

—“*Tirios,*” murmuró después de unos instantes mudos, “*¿me llenarías el cesto con uvas y se lo alcanzarías a Ágaya? Tengo que escalar otra vez más la Acrópolis y sus templos, y despedirme de Alcides y de Atenas.*”

—“*¿No te alegras para nada de que nos alejaremos de éstas ancianas mujeres siempre expuestas a sus caprichos y trabajando para ellas de la madrugada hasta la noche? ¡Oh, Milón pronto estaremos sobre el barco y viajaremos hacia el gran mundo.*”

*Y en Roma, entraremos al servicio de una casa distinguida, nos dijo el mercader.”*

—“*¿Me llenas por favor el cesto, Tirios?*” Milón repetía imperturbable su pregunta.

—“*¿Anda pues hasta tus templos y tus dioses! Ya les has llevado tantos fardos de leña para ofrendas que bien te lo pueden agradecer.*”

—“*Tirios, si hoy me atraso algo, cálmala a Ágaya.*” “*Eso te lo prometo como siempre; a su niño mimado Milón no le va a renegar.*”

Poco después se abrió el gran portón.

El muchacho se deslizó sigilosamente entre medio y apoyándolo con fuerza lo volvió a cerrar para evitar su crujido.

## el profanador de textos

En realidad, hoy no podía abandonar la casa, tal lo había dispuesto el mercader, que los había comprado a ambos jóvenes.

Como buen caminante, recorrió a toda prisa las callejuelas y calles que lo llevaban en dirección a la Acrópolis.

Cuando escalaba el cerro rocoso entre cipreses y huertas de olivos, una luz de color oro brillaba en el atardecer y los templos luminosos se reflejaban contra el firmamento azul, cual si fuera una ciudad radiante de los dioses.

Milón de pronto se quedó parado en medio de una gran tensión.

Sentía como si por primera vez hubiera visto a la Acrópolis en todo su esplendor, ahora, ¡cuando tenía que despedirse de Atenas! El corazón le golpeaba en el pecho por la rápida corrida.

Entre el palpitar y pulsar se entremezclaban, a la vez, admiración y tristeza por la despedida.

Se había criado con estos monumentos y columnas.

Allí, en un muro, había grabado con una piedra una señal, en cada primavera, que sólo él conocía y que marcaba los años que cumplía.

Al seguir avanzando, involuntariamente disminuyó sus pasos, como para alargar los instantes de despedida.

Una vez alcanzados los últimos peldaños que daban a la entrada de los grandes atrios de los propileos,<sup>1</sup> volvió su vista atrás, abarcando a toda la ciudad y sus callejuelas, entre las luces del atardecer.

En la lejanía aún brillaba el mar, que mañana ya lo llevaría hacía un futuro incierto.

Circunspecto y casi solemne, subió los escalones faltantes que lo llevaban a las imponentes columnatas.

Milón no se percataba de la gente que circulaba en su derredor.

Se dirigió hasta una columna llena de luminosidad de aquel espléndido día y empujó a ambas manos hacia arriba por la acanaladura.

Sentía de atrás el calor solar.

Y apretó la frente contra la piedra cálida.

Cerrando los ojos, balbuceó algunas palabras, sin saber lo que decía.

Repentinamente, escuchó que alguien lo llamaba por su nombre.

Asustado se alejó de la columna.

Frente a él se alzaba una persona de altivo porte, envuelto en una túnica blanca.

Era Alquíades, el joven sacerdote.

Milón se había amistado con él desde hacia algún tiempo, puesto que era el encargado de llevar la leña para los fuegos sagrados, tres veces por semana, tal como se lo ordenó su amo.

—“¿No te sientes bien, Milón?”

¡Estás atrasado!

*El sacrificio vespertino ya ha terminado.*

*Ven conmigo, te acompañaré de vuelta a la ciudad.” “Venerable Alquíades, he sido vendido... es ésta la última vez que vengo a la Acrópolis... para despedirme de ella... Mañana tendré que partir de Grecia en un barco.*

*Un mercader romano... ¡Italia!”*

Sorprendido y hasta incrédulo, el joven sacerdote miró a Milón y luego lo tomó del brazo.

—“¿Cómo es posible eso? Hace algunos días que no nos vemos.

¿Que ha ocurrido que tu amo se quiere alejar de tí? ¿Qué ha motivado su enojo?”

—“Mira, gentil Alquíades, mi amo en su viaje a Eleusis, se cayó del caballo con tanta desgracia, que falleció en el acto.

*Su esposa, mi nueva ama vende ahora la casa y los esclavos y se muda con su hijo a Olimpia.*

*Tirios y yo fuimos comprados ayer por un romano.”*

Milón agachó la cabeza durante su relato y Alquíades pudo observar la desesperación en la cara del joven, que tantas veces le ayudó en los menesteres sagrados, en los que se encargaba de las tareas menores.

Se daba perfecta cuenta cuán difícil le resultaba la despedida de Atenas.

Durante un momento permaneció pensativo y luego le hizo una pregunta insólita: “Ven Milón dejadnos ir al templo de la diosa para rogar por su bendición de despedida.

Al escalar juntos los peldaños hasta el pórtico de entrada, el brillo rojizo del atardecer iluminaba las columnas del atrio.

Ambos siguieron caminando taciturnos hasta el templo del Partenón.

En el atrio Alquíades extendió sus brazos y dijo una oración para Milón.

Luego ambos se sentaron sobre el último escalón del templo, al pie de una de las enorme columnas.

El cuadro del ‘carro del sol’ declinante, estaba frente a su vista.

<sup>1</sup> propileo: 1. m. Vestíbulo de un templo, peristilo. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## el profanador de textos

—“Contá,” dijo Alquíades, “cómo es posible que hayas sido vendido tan lejos, a tierras romanas? ¿No hubo quien te comprara aquí en Atenas?”

—“Ayer, el hijo de mi ama trajo un mercader de El Pireo y éste compra jóvenes esclavos para llevarlos a Roma.

Su barco se halla en el puerto listo para el embarque.

Parece que ofreció buen precio.

Tirios y yo fuimos vendidos en el acto.

Tu sabes, gentil Alquíades, que a los esclavos no se les consulta lo que se propone hacer con ellos.

Mañana temprano nos buscarán.

Personalmente, les temo a los romanos.

Como he sabido, llevan grabados en su escudo a un lobo.

Se dice que casi todo los pueblos del mundo están bajo su yugo.

Alquíades, tú lo has de saber.

¿Cómo son los romanos? Quizá tu puedes disipar mis temores?”

Milón miraba ansioso al sacerdote, como si su futuro estuviera en sus labios.

—“Joven amigo,” dijo éste, “con el mayor gusto.

Hubiera querido que tú permanecieras en Atenas.

Mejor ser esclavo en Atenas y no hombre libre en Roma.

Nosotros, los griegos, vemos en los romanos a nuestros vencedores altaneros y a los que debemos pagar tributos.

El favor de los dioses nos ha abandonado cuando nos vencieron.

Imitaron nuestros templos y a nuestros ídolos; a los que allí pusieron, nos los robaron.

Nuestro culto a los dioses se convirtió para ellos en una práctica supersticiosa superficial.

Pero no tengas temor Milón si la diosa del destino dirige tus pasos a Roma, sígela.

Donde quiera que tú estés los numerosos fuegos sagrados en los que participastes aquí, como esforzado portador de leña, te van a seguir alumbrando el camino.

En tu interior permanecerán altivos los templos y las columnas de la Acrópolis.

Si en alguna ocasión te hallaras en gran apuro y pesar, entonces cierra los ojos: dejá que los templos de Atenas te iluminen y el ánimo y la confianza volverán a tu corazón; recuerda siempre que por encima de todo lo humano ¡está el reino de los dioses eternos!”

Alquíades detuvo su alocución, sus manos recorrieron su vestimenta sacerdotal y de ella extrajo una medalla conmemorativa de bronce, con la efigie de la diosa Atenas.

—“Toma, Milón lleva esto como recuerdo; entonces siempre tendrás un trozo de Atenas contigo.”

Como si tuviera una gran preciosidad en sus manos, Milón la apretaba contra su pecho:

—“¡Te agradezco, Alquíades! Tú me haces la despedida más difícil aún y a la vez más fácil.

»Acaso no ilumina el mismo sol a Atenas y a Roma?”

»¿No giran las mismas estrellas sobre todo el mundo?”

—“Así es,” confirmó Alquíades.

—“Ya veo que tú no vas a desanimarte en el país extraño.

Dejadnos compartir el camino de regreso a la ciudad y despedirnos así de todo.

Ya comienza el anochecer y se ven las primeras estrellas.

¡Mira allí! La estrella de la noche! El astro de la diosa Afrodita brilla sobre el mal.

¡Qué buen augurio para tu próximo viaje!”

Cuando Milón regresó a su casa en el anochecer, encontró el portón sin cerrar.

Suavemente lo empujó, pero Ágaya, que lo estaba esperando, se dió cuenta por el leve crujido.

Salió de la casa y con voz agitada encaró a Milón mientras le saltaban las lágrimas de los ojos: “Tirios ya se fue a El Pireo.

El mercader romano estuvo aquí y también quizo llevarte a tí al barco.”

Asustado Milón respondió:

—“Si convenimos que nos iba a buscar mañana, ¿por qué tanto apuro?”

Ágaya tomó su derecha y la presionó contra sus viejas y desgastadas manos; suplicando, le dijo:

—“Milón el mercader estaba muy furioso al no encontrarte.

Me temo que mañana te azotarán porque llegastes tarde al barco.

## el profanador de textos

*Te aconsejo, Milón ¡no te vayas a El Pireo, ni te vayas a Roma! Abandoné sigilosamente Atenas y huye a la montaña, donde esta mi hermano cuidando ovejas cerca de Delfos.*

*Allí no te van a buscar y tú conoces el camino. Allí estarás seguro de tus esbirros.*

*Puedes volver a ser pastor de ovejas, como lo fuistes cuando pequeño.*

*Más tarde, cuando todo haya pasado al olvido, puedes volver a Atenas como hombre libre.”*

Ágaya seguía moviendo temblorosa los labios, aún cuando ya no hablaba.

Fijó su vista preocupada en el joven, como buscando su conformidad.

Durante una larga pausa muda, Milón dirigió su mirada por encima del muro del jardín, hacia la estrella que brillaba sobre el mar y oía las palabras de despedida de Alquíades:

*—“El astro de la diosa Afrodita brilla sobre el mar; ¡qué buen augurio para tú próximo viaje!”*

Es cierto, ya se había despedido de Atenas y quería tomar el camino que le señaló el destino, ¡junto con Tirios, a través del mar a Roma! En un arrebato repentino, acarició suavemente la blanca cabellera de la anciana Ágaya y tomando su cabeza entre las manos, expresó con firmeza:

*—“Ágaya, el mundo se abre ante mí.*

*»Tomaré el barco esta noche y me embarcare con la loba romana.*

*»Querida Ágaya, tú siempre fuistes como una madre conmigo.*

*»¡Tampoco te olvidaré en países lejanos! De vez en cuando sube a la Acrópolis y rezá por mí en el Partenón.”*

Después de éstas palabras, soltó la cabeza de Ágaya y continuó:

*—“Para que el mercader romano no se enoje demasiado, pondré ahora mi pequeño equipaje en la bolsa de viaje que tú me distes e iré enseguida al barco romano en el puerto.”*

Por más que Ágaya se lamentaba, sentía que Milón estaba firmemente decidido en sus propósitos y, sin más, le ayudó a ordenar sus pocas pertenencias, a las que agregó algunas frutas y pan de miel.

Poco después Milón abrió el portón y su larga sombra se reflejaba sobre el pavimento de la callejuela.

Ágaya, levantó el farol contra su rostro, como para grabar por última vez su imagen en el recuerdo y cariñosamente extendió sus manos sobre sus hombros.

En sus días de ancianidad, encontró en el muchacho a un hijo al que dió todo su afecto durante siete años.

*—“Mañana iré hasta el mar y bendeciré tu partida,” dijo con voz firme.*

Milón no le opuso resistencia y ella continuó diciendo:

*—“Encontraré tu barco.*

*Mirá hacia mí; quiero que te traiga suerte.”*

Fue un camino largo el que recorrió durante esa noche Milón hasta llegar al mar.

Pero, como era caminante ágil, pronto alcanzó la calle ancha que comunicaba a Atenas con el mar.

Carros tirados por mulas y borricos cargados, que transportaban mercaderías desde el puerto a la ciudad, se hallaban aún en la oscuridad crepuscular.

Repentinamente, Milón escuchó de atrás, el ruido de un carruaje.

Efectivamente, un coche distinguido, tirado por caballos y acompañado por cuatro corredores que iluminaban con sus antorchas el camino, se dirigía en dirección de El Pireo.

Milón pensó que era una buena ocasión para ser de la partida y siguió prontamente al coche.

Se sintió feliz y en rápida carrera, logró sin más, mantenerse a la par del coche guiado por los corredores de las antorchas.

De repente, tuvo la sensación que las luces le daban su propia escolta y otra vez divisó al frente la estrella de la noche, que brillaba sobre el mar, hacia donde corría.

A sus espaldas Atenas y en una corrida entre luces ¡hacia un nuevo destino!

El sonar del trote de los caballos sobre el empedrado lo sentía en todos sus miembros y lo embriagaba.

En su pecho palpitante se extendía una sensación de júbilo.

De tanto en tanto tenía que dar un salto en alto y echó por completo al olvido su condición de esclavo, que en realidad tampoco lo había preocupado demasiado bajo la tutela de la buena Ágaya.

Igualmente, se olvidó que el escudo de Roma lo representaba una loba.

Frente a él se abrían lejanas y desconocidas costas y dentro de sí sentía el coraje de arriesgarse en el gran mundo. ♣

## 2 sobre el barco 'Augusta'

El puerto de El Pireo aún no había recobrado su tranquilidad cuando Milón errante por la costa oscura, buscaba el barco romano.

Era la hora en la cual los tripulantes y la marine-ría de otros barcos abandonaban los bodegones y las vinerías, para regresar a sus embarcaciones.

Dos borrachos se tambaleaban en la oscuridad, echando maldiciones al no encontrar sus naves.

Antorchas aisladas iluminaban por momentos los rostros de los transeúntes.

¿Cómo iba a encontrar Milón de noche su barco, cuando ni el nombre le era conocido? Al enfrentarse nuevamente con un portador de antorcha, lo encaró:

—*¿Puedes decirme como encuentro un barco romano que mañana parte a Roma?*” El así abordado, un marino maduro, le contestó:

—*“Los barcos romanos salen casi siempre de la parte anterior del puerto, dado que son más grandes que los barcos pesqueros que atracan aquí.*

*»Búscalos allí adelante.”*

Milón se encaminó en la dirección indicada, hacia el mar.

Sólo podía avanzar lentamente, ya que por doquier había piedras, estacas, cuñas y sogas.

Por detrás se acercaba un grupo de hombres con antorchas.

‘Me acercaré a este grupo,’ pensó Milón.

Primero dejó que el conjunto lo pasara, viendo entonces el aspecto triste y enmudecido de esos jóvenes.

Se dió cuenta que se trataba de esclavos —eran unos treinta— con su equipaje.

De pronto reconoció a uno de ellos: era Tirios, al que ya imaginaba a bordo del barco romano.

Rápidamente se le acercó y le murmuró:

—*Tirios, estoy aquí.*

Éste lo reconoció y contento le dijo:

—*Gracias a los dioses que has venido.*

*»¡Quédate aquí conmigo!*

*»El mercader viene más atrás con los guardianes.*

*»Esta de muy mal humor, por que no te encontró a tí en casa y además faltan otros dos.*

*»Mañana tiene que hacerlos buscar, puesto que ya pagó el precio de todos.”*

—*“Me acoplaré a ustedes y estaré en el conjunto.”*

—*“Ello no va a ser posible,” le contestó Tirios, “nuestros nombres están registrados todos en una tabla de cera.*

*»Pero en cuanto lleguemos al barco, anúnciate ante el mercader.*

*»Tuvimos que soportar una larga espera en la plaza del mercado, hasta reunirnos todos.*

*»Ahora, tú te has adelantado.*

*»¡Ten cuidado! Nos acercamos al barco y los portadores de las antorchas ya han parado.”*

En la oscuridad se podía divisar un ancho barco de velas, apenas iluminado por alguna antorcha.

Se escuchaban órdenes y arrimaron una escalera.

El grupo de esclavos bajaba por la misma y se ubicaba en el interior de la nave, mientras que un guardián verificaba a cada uno en la tabla de cera.

—*“Ahora es el momento,” le dijo Tirios a Milón: “Anúnciate al mercader y patrón del barco.*

*»Yo te acompañaré.”*

Los dos se adelantaron al grupo de esclavos.

Tirios y Milón enfrentaron al mercader, ataviado a la usanza romana y lo saludaron respetuosamente.

—*“Ilustre señor,” así le habló Tirios, “aquí esta mi compañero de la casa de Midias, el que hacía una diligencia cuando tú nos fuistes a buscar.*

*»Ahora se apresuró y vino con toda urgencia al puerto, pidiéndote mil disculpas por la demora involuntaria.”*

A la manera de los esclavos, Milón se echó al suelo frente a su nuevo amo.

El mercader se quedó tan sorprendido por la gentileza griega y la facilidad de palabras de Tirios, que no atinó a sacar el látigo que llevaba en la cintura y preguntó :

—*“Donde están los otros dos?”*

Tirios, le contestó rápidamente:

*“No tengo noticias de ellos.”*

—*“Malditos bribones,” exclamó el mercader, “y a este, que se haga registrar en la tabla de cera.”*

Hizo un gesto de aprobación y así quedó superada la cuestión.

Aliviados, ambos se dirigieron al embarcadero y juntos con los últimos esclavos ingresaron al barco.

Desde la cubierta tuvieron que bajar a su interior, por una escalerilla, donde los esperaba un simple piso de madera, dentro de una oscuridad total.

Este era el lugar para pernoctar y el equipaje servía de almohada.

Milón y Tirios se dieron la mano para buscar un lugar libre y no perderse en la oscuridad.

A cada paso tropezaban con algún cuerpo o mano.

También se escuchaban maldiciones y golpes, cuando alguien tropezaba contra un compañero de infortunio.

Por fin, todos hallaron su ubicación y ya no se oía hablar ni maldecir.

También se escuchaban los primeros ronquidos.

El olor a transpiración y a brea hacía irrespirable la atmósfera.

*Milón le murmuró a los oídos de Tirios: “Nuestro viaje comienza en el infierno con el cancerbero, sus tres cabezas y su cola de serpiente.”*

La situación incierta en la que se hallaban ambos jóvenes no les quitó, sin embargo, su buen humor.

Milón revolviendo sus pertenencias, encontró el pan de miel que Ágaya le había obsequiado para el viaje y también le alcanzó un trozo a su compañero.

—*“Aquí tomas este manjar de los dioses; así te das cuenta que aún no te tragó el infierno.”*

Al rato, Tirios, susurraba:

*“Milón ¿lograstes leer el nombre de nuestro barco? Tú has aprendido con Alquíades los signos griegos y romanos.”*

—*“Sí, los he visto, pero no sé lo que significa el nombre.”*

El barco se llama ‘Augusta.’ Quizás es el nombre de una diosa romana.

Tal vez nos lleva del infierno a los Campos Elíseos y al mundo de los bienaventurados.

Las olas golpeaban al barco con murmullo monótono; prontamente se rindieron al sueño los esclavos cansados.

A hora temprana ya había gran actividad en el puerto de El Pireo.

Duran te la madrugada un guardián y dos ayudantes volvieron a la ciudad para buscar a los dos esclavos retrasados.

Regresaron cuando el sol ya estaba en pleno firmamento y soplabla una brisa favorable, que hincha las velas en dirección al mar.

Los dos esclavos retrasados estaban esposados a una cadena y fueron recibidos a latigazos.

El patrón del barco, furioso, ordenó que los apeados debían permanecer atados, durante todo el viaje, en la bodega oscura.

Milón temblaba ante la idea que casi hubiera sido el tercero en ser aferrado a la cadena.

Lleno de compasión vió como ambos bajaban por una escalera hacía la oscuridad.

Como era habitual siempre que partía un barco, una multitud de curiosos se reunía para observar su salida.

Se escuchaban gritos y órdenes de soltar amarras.

Cuando el barco ya se deslizaba lentamente del amarradero, una anciana llegó corriendo; estaba vestida de negro Y era de figura delgada.

Cerca del barco volcó al agua entonces un pequeño recipiente de barro, lleno con aceite, mientras improvisaba algunas palabras como si fueran canturriadas.

A la vez, hacía señales de súplica en el aire y sobre el mar.

Imploraba la misericordia de los dioses para un viaje venturoso.

El aceite bendecido que echó al mar debía persuadir al dios Neptuno de conceder un viaje sin tormentas.

Seguidamente, la anciana se retiró algo de la costa y cubriéndose los ojos del sol radiante, gritó en alta voz:

*“Milón Milón.”*

Al instante se separó, entre el grupo de tripulantes, la figura de un joven, el que con ágiles movimientos se trepó al mástil trasero y agitando un paño claro, hacía señales de despedida.

El restante velamen fue desplegado y se levantó el ancla; lentamente el ‘Augusta,’ se separó de la costa y enfiló el mar abierto.

La anciana echó a sollozar y siguió por el muro de la costa al barco que se alejaba.

En voz baja susurraba:



## el profanador de textos

*“Pobre Milón. ¡Adónde te llevarán! Tu pobre Ágaya no te va a ver nunca más.”*

El paño claro dejó de divisarse sobre el barco. Ágaya no lograba re tener sus lágrimas por la tristeza que la embargaba.

Cansada, se sentó sobre una maraña de sogas y se lamentó de su destino.

Cada vez que dirigía la vista hacía el ‘Augusta,’ este se alejaba más y más.

La mujer de un pescador, que atinó pasar por allí con un bolso de cuero lleno de pescados, que luego vendería en Atenas, reconoció en la anciana a una clienta conocida.

*—“Ágaya, ¿qué haces aquí en El Pireo, llorando? ¿Tus pies cansados no te quieren llevar de regreso a la ciudad? Ven conmigo, Ágaya, yo te acompañaré, pues, tenernos el mismo camino.”*

*Ágaya se levantó, algo avergonzada por haber sido sorprendido en esta situación afligente por una persona conocida.*

*Sin embargo, la buena disposición de la mujer del pescador le dió nuevos ánimos y dijo: “He venido aquí a despedir a los jóvenes Milón y Tirios.”*

*Por más de siete años he cuidado a Milón como si fuera un hijo propio.*

*Ahora, mi ama lo vendió a Roma y allí viaja en aquel barco.*

*Yo también envejecí al lado de mi patrón fallecido y me vuelvo otra vez a Delfos, donde nací, a la casa de un hermano.”*

Mientras tomaban el camino de regreso, Ágaya continuó:

*“Con mucho agrado te acompañaré hasta la ciudad.*

*Permíteme sólo que llene este recipiente con el agua del mar por el que se aleja Milón en su largo viaje.*

*Todos los días lo estrecharé entre mis manos y rezaré por él.”*

Con éstas palabras se dirigió hasta la costa y llenó el recipiente, al que guardó bajo el brazo, como recuerdo valioso.

Así, Ágaya y la mujer del pescador iniciaron el camino de regreso a Atenas.

De cuando en cuando se quedaba parada, volvía la vista al mar donde se perdía en la lejanía el barco romano, hasta que finalmente desapareció en el último resplandor de las olas. ♣

### 3 cargamento secreto

Durante los días que siguieron, el ‘Augusta’ continuó su viaje y con vientos a favor navegó alrededor de las costas del Peloponeso.

Milón y Tirios, fueron adiestrados junto con otros esclavos a trepar los mástiles con las sogas y acomodar las velas de acuerdo a los vientos cambiantes.

De esa forma, también tuvieron acceso a la cubierta trasera, que siempre estaba vigilada y donde se hallaban apilados los grandes y enigmáticos bultos, cubiertos por paños y atados con sogas.

Nadie sabía lo que contenían y circulaban sobre ellos diversas conjeturas.

Sin embargo, coincidían las opiniones que se trataba de objetos valiosos, producto de los saqueos de los romanos en tierras griegas.

Especialmente, porque eran soldados imperiales que los custodiaban día y noche.

Una noche, en la que Tirios y Milón se hallaban descansando en la bodega del barco, Tirios le susurró a su amigo:

*—“La noche esta iluminada por la luna y no puedo dormir.*

*¿Qué te parece si intentamos averiguar algo sobre el cargamento misterioso de los bultos en*

## el profanador de textos

la cubierta trasera? Soy muy curioso en querer saberlo.”

Milón propuso:

—“Podríamos probar de subir por la escotilla que en ocasiones utiliza el timonel.

Cuando no corre viento alguno, de día, suele dejar su lugar y conversar adelante con el guardia.”

—“Vení Milón haremos un primer reconocimiento.

Mis cabellos son oscuros y si saco la cabeza por la escotilla, no habrá peligro que me vean.”

Tirios, se incorporó desde su lecho y se deslizó sigilosamente hasta la parte posterior del barco.

Milón lo siguió de cerca.

Por suerte a nadie le llamó la atención cuando ambos tropezaban en el camino contra alguna tabla o palo, puesto que el barco crujió normalmente por el movimiento de las olas.

Una luz débil señalaba la escotilla del timonel.

Tirios se levantó con fuerza.

Milón observó como su compañero alcanzaba la parte superior de la cubierta.

Al rato, Tirios, extendió la cabeza por la abertura y murmuró:

—“¡Sígueme! El timonel esta adelante con el guardián.” Una vez arriba, Milón confirmó lo dicho por Tirios y en la fresca brisa nocturna vió al timonel junto con el guardián, conversando animadamente.

De manera que por ahora no existía peligro aparente al proceder a explorar el misterioso cargamento.

Los dos estaban apretujados junto a los bultos y empezaron a soltar las sogas con las que se hallaban fuertemente atados.

Luego debieron desatar paños y cueros que cubrían el contenido.

Entretanto, Tirios se aseguró de no enfrentarse con la sorpresiva presencia del timonel o del guardián.

Milón eligió un bulto importante de forma alargada y a lo desempaquetaron seguidamente.

Finalmente y cuando trabajosamente terminaron de desatar las coberturas de un extremo de forma redonda, casi se les escapó un grito de asombro.

A la luz de la luna observaron la efigie blanca y severa de una estatua de mármol: ¡era una diosa! ‘Afrodita,’ susurró Milón:

—“Envuelta en trapos sucios, robada y secuestrada por los romanos.”

La sublime belleza de su rostro conmovió sus sentimientos, en el tenue resplandor de la luna.

Absorto y ensimismado, abrazó con veneración el frío mármol.

En el recuerdo, vió a Afrodita, la diosa de la belleza, en un pequeño templo de Atenas, rodeado de columnas y con flores a sus pies.

Compasión, dolor y rabia dominaron repentinamente sus pensamientos, al ver tan humillada y ultrajada a la imagen de la diosa.

Entretanto, Tirios, exploró otro bulto y anunció:

—“También aquí, una cabeza y un brazo.

Creo que el barco está lleno de estatuas robadas de los dioses.

Ahora recuerdo haber escuchado que el emperador romano gustaba adornar los jardines de sus palacios con estatuas de los dioses.”

Ambos contemplaron mudos la imagen de la diosa, a la que Milón le terminó de quitar las envolturas.

La estatua acostada dirigía inmóvil su rostro y su vista hacia el cielo estrellado nocturno y a la luna brillante.

—“Afrodita debería permanecer en Grecia,” irrumpió Milón en el suave zumbido de las olas.

—“¿Qué te parece Tirios, los dos juntos, tendremos suficiente fuerza para arrojar al mar a la estatua de la diosa, aquí frente a las costas de Grecia? ¡Y ningún romano podrá jamás profanar su efigie con burla afrentosa!”

—“Estoy contigo,” susurró Tirios, “pero si nos descubren, la pasaremos muy mal! Espera, que primero iré a ver lo que hacen el timonel y el guardián.”

Ágil como un gato, Tirios se deslizó entre los bultos y pronto volvió con la novedad:

—“Los dos están tendidos sobre unas pieles de ovejas y beben de la misma jarra de vino; ríen, gruñen y dicen disparates. Están bebidos y atareados. Podemos hacer el intento.”

## el profanador de textos

La estatua no alcanzaba el tamaño de una persona adulta y dado que ambos eran fuertes, lograron levantarla sin mucho esfuerzo.

Además, los paños del envoltorio impedían que se escucharan ruidos sobre el piso.

Luego, Tirios arrojó estos paños al mar.

Estaba contento, pues para él esto era una grata aventura.

En cambio, para Milón era un acto valeroso y de arrojo para Grecia y sus dioses, al consumir un sacrificio en bien de la diosa: devolverla al mar, en las costas del Peloponeso.

Recordó como Alquíades le había contado que la diosa de la belleza emergió de la espuma del mar e inspiró a los artistas de Grecia en sus grandes obras.

—*“Tú has surgido del mar de Grecia y al mar de Grecia te devolvemos,”* murmuró Milón como hablando consigo mismo.

Cuando la diosa de mármol, erguida a bordo, se balanceaba suavemente con el movimiento del mar, mostrando a la luz de la luna todo su esplendor blanquecino, Milón se sintió tentado de arrodillarse ante ella para venerarla.

No lo hizo, pues temía la burla de Tirios.

Con fuerza, ambos jóvenes rodearon a la estatua y con cuidado, empujándola, girándola, la acercaron al borde de la embarcación, siempre atentos de evitar todo ruido, cubriendo el piso con los paños.

Una vez arrimada a la balustrada, la arrojaron al mar.

Por un momento, la estatua parecía quedar en línea horizontal y luego desapareció en la profundidad de las aguas.

El pedestal de mármol, al deslizarse desde el barco, tocó el maderamen de la cubierta.

Un sordo ruido se sintió en todo el barco, para la desesperación de los dos jóvenes.

El timonel junto al guardián llegaron a la carrera, dirigiéndose a la cubierta trasera, de donde partió el ruido.

Tirios apenas logró derribar a Milón escondiéndose ambos en la oscuridad detrás de los otros bultos.

Con el paño que les había quedado se ocultaron rápidamente.

El guardián y el timonel estaban tan cerca de ellos que les podían tocar los pies.

El guardián, todo excitado, dijo:

—*“¿Qué habrá sido éste ruido que escuchamos? Daba la impresión que se había partido un mástil y sin embargo, no sopla el menor viento.”*

El timonel le contestó:

—*“Ningún ser humano pudo haber originado este ruido.*

*¿No se habrá volcado alguna de las estatuas? Pero, en tal caso, el movimiento de las olas debería ser mayor y, además, allí están todas... ¡Al diablo! ¿Qué pasa aquí? ¡(Un lugar vacío! Esta noche, ¿no estaba allí una de las estatuas? Al diablo, esto es cosa de fantasmas, porque ¡ya no está más! ¡Voy a buscar una antorcha para investigar de cerca este asunto!”*

El guardián, con susto supersticioso, opinó:

—*“Te acompañaré a buscar la antorcha, porque aquí ocurrió algo misterioso.”*

Los dos se dirigieron a la parte delantera del barco donde bajo cubierta siempre había algún farol prendido.

Este instante lo aprovecharon Tirios y Milón para desaparecer en la escotilla del timonel, pero antes no olvidaron de arrojar al mar los paños restantes, y borrar así todo rastro del hecho.

Cuando se hallaron de vuelta en la bodega, sus corazones latían fuertemente y la emoción los embargaba.

Tirios, loco de contento por la aventura vivida, le dió un fuerte empujón a su amigo.

Milón en cambio, al tranquilizarse lentamente, estaba imbuido con un sentimiento de profunda felicidad, al lograr haber salvado para Grecia a la diosa de la belleza.

Entretanto, arriba, sobre la cubierta trasera, dos sombras buscaban, con luz tambaleante, hasta en los más remotos rincones y siempre volvían al lugar vacío donde había estado la diosa desaparecida.

Lleno de espanto, el guardián atinó decir:

—*“No está más y tampoco volverá; yo creo que era la diosa Afrodita, que la consideraban especialmente valiosa.*

*Presiento que nada bueno nos traerá este viaje.*

*Yo hice muchas travesías por mar con cargas de granos, aceites, vinos y maderas, pero nunca con imágenes de los dioses.*

*¡Tengo terror por nuestra llegada a Italia!”*

El timonel, agregó:

—*“Al diablo.  
Aquí suceden cosas raras.*

*Quién sabe si de noche no se nos escapará  
alguno más de estos embolsados.*

*Ya me da miedo la noche que viene.*

*Dejadnos ir adelante; el timón sigue estando  
amarrado y no requiere de atención alguna.*

*Al farol lo podemos dejar aquí.*

*Yo llenaré otra jarra de vino.”*

—“De acuerdo,” contestó el guardián, “pero,  
me tenés que prometer no hablar con nadie de  
este asunto.

Pienso que una diosa más o menos no tendrá mayor importancia, siempre que no sean más, y nadie se dará cuenta.

Ayúdame a correr aquel banco de madera hasta el lugar que quedó vacío y ni el patrón del barco se percatará de la huida de Afrodita.

Cuando descarguemos en Roma al resto, no sabemos nada de nada.

Así se convino entre ellos.

En el lugar de Afrodita, quedó el banco de madera, cubierto de viejo velamen desgarbado, que solamente se usaba cuando había vientos muy flojos.

Por lo demás, nadie se dió cuenta de la desaparición de la estatua. ♣

## 4 la llegada a Estabias

El barco ‘Augusta’ realizó la travesía acompañado por vientos favorables y no tuvo que enfrentar tormentas.

Cuando se acercó a la isla de Sicilia con intención de entrar por el estrecho de Mesina los marinos volvían la vista hacia la alta montaña de la isla en cuya cumbre, aún con cielo despejado, se percibía una constante columna de humo.

Tirios escuchó casualmente como el patrón del barco le comentaba a un guardia:

—“*Está inquieto el fuego interior de la Tierra.*

*Parece que el dios Vulcano está forjando fuerte en las profundidades.”*

Poco después y en presencia de Milón quien se hallaba absorto en la contemplación de la imponente montaña humeante, Tirios repitió lo escuchado del patrón y que no entendió del todo.

Milón manifestó:

—“*Yo sólo puedo repetir lo que sé de Alquiades, quien contaba que Hefesto, a quien los romanos llaman Vulcano, era el herrero de*

*los dioses y que vivía en el fuego interior de la Tierra.*

*Esta montaña debe ser un santuario de Hefesto.*

*Aquí en las cercanías, también se hallan las islas y las rocas que visitó el famoso Ulises, en sus correrías por el mundo.”*

Pronto apareció a la derecha la costa de Italia.

Al penetrar el ‘Augusta’ por el estrecho, Milón sintió la sensación como si cruzaba un portal hacia un nuevo período de su vida.

Atenas, quedó atrás a gran distancia y un inmenso mar lo separaba de su tierra natal.

Era el portal de entrada al imperio romano, que se abría ante él, en un hermoso mar de color azul oscuro.

A Milón le habían encomendado soltar las sogas y de desabrochar los duros nudos que los unían.

Trabajaba sobre la cubierta y así podía observar el mar azul en su derredor y en la lejanía divisaba la costa de color verde-marrón, a plena luz del sol.

Sólo después apareció Tirios, quien tenía la rara habilidad de acercarse curioso cuando la gente conversaba y escuchar así las novedades.

Estaba encargado de llevarle a la tripulación romana agua y vino y debía ofrecerlos en horas determinadas, cuando hacía su ronda.

De tal forma, estaba en contacto con todo el barco y también escuchaba noticias que no estaban destinadas al conocimiento de los esclavos.

Al aparecer repentinamente ante Milón con gesto grave, éste de inmediato se dió cuenta que traía una información importante.

## el profanador de textos

—“Milón” susurró excitado, “recién escuché una noticia interesante de labios del timonel.

Puesto que hemos tenido vientos tan favorables durante nuestra travesía, le dijo éste al patrón del barco que mañana ya tocaremos tierra.

Antes de llegar a Roma, haremos una escala intermedia en Estabias, donde vive el dueño del ‘Augusta’; él nos hará una visita en el barco y verá el cargamento.

Se llama Pomponiano y es un senador con fortuna principesca.

Es dueño de muchos barcos y reside en una villa cerca del mar.

Además, debe ser de la amistad del emperador, ya que transporta mercadería imperial.”

Milón no sabía si alegrarse por esta noticia.

Temía el futuro incierto que le esperaba como esclavo romano y la posibilidad de que lo separaran de su compañero Tirios.

Por ello, contestó:

—“Tirios, tú que eres tan hábil en el trato con la gente y los superiores, porqué no intentas que no nos separen.

Por mi parte, creo que así aguantaría mejor el servicio con los romanos.”

—“Tienes razón, lo intentaré, Milón. No puedo imaginarme que nos separen,” opinó Tirios y continuó:

—“Ojalá, Pomponiano no se de cuenta de que falta la estatua de Afrodita.

Podría montar en cólera y vendernos a todos como esclavos remeros a las galeras de guerra.

Entonces sí, habría arruinado nuestras vidas, Milón; pasado mañana ya estaremos en Roma.”

Durante la mañana siguiente, las actividades en el barco se hacían cada vez más agitadas.

El patrón daba sus órdenes a los gritos, ya que en todas partes el barco debía quedar reluciente.

El velamen sucio y remendado había que cambiarlo, y las cubiertas bien fregadas.

Los esclavos debían lavarse y cubrir sus cinturas con paños nuevos.

Cuando el barco finalmente ancló en Estabias, todo se hallaba en perfecta limpieza y con aspecto festivo, listo para recibir a Pomponiano.

Al descender el gran señor las escalinatas que llevaban de su villa hasta el amarradero, la tripulación y los esclavos apostados en largas filas lo saludaron con un triple:

“Viva Pomponiano.”

Ya sobre el barco, el patrón le hizo entrega de tres rollos de pergaminos; en uno de ellos estaban registrados los esclavos, en el otro la mercadería general y en el tercero la carga secreta.

Acto seguido, el gran señor inspeccionó a los esclavos y le expresó al patrón su cumplimiento por la cantidad de jóvenes que traía y para los que en Roma se obtenían muy buenos precios; luego bajó a la bodega para verificar, los toneles de vino y aceite.

Por fin, se ubicó en la cubierta trasera, donde se hallaban depositadas las estatuas.

En el ínterin, el patrón le encomendó a Tirios preparar jarras, vasos y abundante vino dulce de ori-

gen griego y ofrecerlo a Pomponiano y la comitiva en cuanto llegaran allí.

Tirios lo eligió a Milón como ayudante, para esta tarea.

Mientras que éste último debía manejar las jarras de vino y llenar los vasos, Tirios los ofrecía a las visitas, haciendo cada vez una reverencia elegante ante Pomponiano y los suyos, tal como lo había aprendido en Atenas.

Este trago era del mayor agrado de los huéspedes y fueron incontables la cantidad de copas que debió llenar Milón.

Súbitamente, el gran señor señaló a las estatuas envueltas y manifestó su deseo de ver alguna.

Después de desatar las sogas y quitar los paños, apareció la figura de un fauno, mitad hombre y mitad chivo, con una pata en alto, como si estuviera danzando.

Tenía en sus manos una flauta, que llevaba a la boca.

Pomponiano, de excelente humor como consecuencia del vino bebido, estalló en una sonora carcajada y exclamó:

—“¡A este tipo no se lo mandaré al emperador romano! Lo dejaré en Estabias y lo ubicaré en mis jardines.

Allí podrá tocar la flauta para el baile de los peces en el lago.”

El patrón, muy diligente, hizo colocar nuevamente las envolturas a la estatua y mandó arrimarla a un costado del barco para su descarga.

Mediante el empleo de sogas, tablas y palos, varios esclavos vigorosos transportaron el bulto a tierra y lo depositaron en el jardín.

Otros, trasladaron un tonel de vino a la villa.

## el profanador de textos

Todo este espectáculo, debió distraer la atención de Pomponiano y evitar un control de la lista de las estatuas, de manera que no se dió cuenta de la desaparición de la diosa Afrodita.

Antes de abandonar el barco, Pomponiano le expresó al patrón su deseo de quedarse con uno o dos esclavos para su servidumbre.

Éste comprendió de inmediato que le habían gustado los dos esclavos que le sirvieron el vino y sin más, ordenó que ambos bajaran a tierra.

Así sucedió que Milón y Tirios, también desembarcaron junto con la comitiva de Pomponiano, llevando sus pocas pertenencias en un bulto sobre los hombros.

Al llegar a la terraza, el gran señor se volvió hacia el 'Augusta' para contemplar su salida.

El velamen fue desplegado, la bandera flameaba en el viento y el barco partió lentamente en dirección a Roma.

Tirios le comentó a Milón:

—“*Lástima, hubiera preferido seguir el viaje, escondiéndome a bordo.*”

Milón contestó:

—“*Mira, éste señor es de buen genio y el paisaje aquí es admirable.*

*La ciudad me hace recordar algo a Atenas y estoy contento con mi destino.*

*En cambio, frente a Roma, tengo una sensación inquietante y una angustia que no me explico.*”

En ese momento se les acercó un hombre grueso y de poca estatura, hablándoles en griego:

—“*Muchachos,*” les dijo, “*yo soy el encargado de los esclavos, también soy nacido en Grecia y me llamo Fusco.*

*De hoy en adelante, ustedes aprenderán el idioma romano y todas las indicaciones del trabajo se las daré yo.*

*Si se portan bien y son laboriosos no tendrán nada que temer, pero si se muestran holgazanes y rebeldes, habrá latigazos.”*

Mientras hablaba, Fusca, revolvía severamente los ojos, lo cuál, casi les provocó la risa a los jóvenes. Pero Tirios desvió enseguida su atención y dijo:

—“*Muy estimado Fusco, haremos todo lo posible para dejarte satisfecho; pero, dime, ¿cómo se llama la ciudad allí enfrente?*”

—“*¿Cómo es posible que ustedes no conozcan a Pompeya, la flor de las ciudades romanas? Hace dieciséis años, una parte de la ciudad quedó destruida por un terremoto, pero ahora se encuentra reconstruida y más linda que antes.*”

Fusco parecía muy locuaz —posiblemente, como consecuencia del vino ingerido— y continuó:

—“*En los próximos días iremos de compras a Pompeya; ustedes nos acompañarán como changarines<sup>1</sup> y se van a asombrar de todo lo que hay allí en los almacenes, tiendas, casas de artesanos y tabernas.*

*La población es de más de veinte mil habitantes.”*

Entretanto, Pomponiano se dirigió con los peones que trasladaban la estatua del fauno a un lago artificial, en el que había hermosos peces multicolores.

La estatua quedó liberada de sus envoltorios y fue colocada sobre un muro, de tal forma que sus contornos se reflejaban en las aguas del lago, dando la impresión que se movía.

Pomponiano observó con agrado a la figura, que sonriente tocaba la flauta, mientras parecía bailar.

Milón le comentaba a Tirios:

—“*¿Qué suerte la de Afrodita; tú te imaginas lo que sería su estuviera aquí expuesta a la mirada de los romanos! El fauno les sienta mejor a ellos; por lo visto, ¡ellos consideran a la vida como si fuera un alegre juego de azar!*” Y, en su interior, continuaba con sus pensamientos: “*Afrodita duerme escondida en las profundidades del mar Jónico, frente al Peloponeso; ahora quizás, la estarán admirando brillantes peces.*”

Tirios tomó del brazo a Milón despertándolo de sus sueños:

—“*Ven, Fusco nos está llamando y ya está revolviendo otra vez los ojos, parece que nos quiere dar trabajo.*” ♣

<sup>1</sup> changador, changarín: 1. m. Arg., Bol., Par. y Ur. Hombre que en los sitios públicos se encarga de transportar equipajes. Diccionario RAEL [n. del pr.]

## 5 de compras en Pompeya

En el ínterin ya habían transcurrido dos semanas al servicio del rico Pomponiano, al que los jóvenes conocieron como persona mayor afable.

Junto con Fusco y el jardinero, construyeron un muro más grande para la estatua del fauno y no pasaba día sin que Pomponiano descansara allí, a la sombra de un árbol.

Las tareas en la casa y jardín eran agradables, pero algo monótonas, después de la vida agitada en Atenas y las aventuras a bordo del 'Augusta.' Muchas veces, la mirada de los muchachos se volvía a la ciudad y al monte Vesubio en la lejanía.

Tenían muchas ganas de conocer Pompeya, pero esa ocasión había que aguardarla.

Al fin llegó ese ansiado día, cuando de repente Fusco les anunció:

—“Hoy iremos a Pompeya.

Los cuatro jóvenes harán de remeros en el barco y el señor vendrá con nosotros.

Hay que preparar canastos y jarrones.

Habrà muchas cosas que comprar.”

Entre los remeros estaban, naturalmente, Tirios y Milón.

El barco era para cuatro remeros y se hallaba al pie de la villa, amarrado en el río Sarno.

Pomponiano lo utilizaba para sus visitas a la ciudad.

Era muy lujoso y estaba pintado de muchos colores; en la proa se destacaban artísticas tallas en madera, coloreadas en oro.

Era a fines del caluroso mes de Agosto.

De una conversación entre Pomponiano y Fusco se podía inferir, que el primero había dispuesto para esa mañana la visita a Pompeya, dado que el día anterior se registró un leve temblor en la ciudad, que aparentemente había dañado algunas casas.

También en Estabias se sintió ese movimiento telúrico.

El río Sarno desembocaba en el mar, cerca de Pompeya y aquí se construyó un puerto para embarcaciones menores.

Después de una corta travesía, los viajeros llegaron al puerto y amarraron el bote.

Luego de desembarcar, Pomponiano, manifestó:

—“Cuando hayas terminado con las compras, Fusco, me esperas aquí con los muchachos.

Pero, previamente, date un baño en las termas.

Yo demoraré unas horas hasta visitar algunos amigos.”

Como se ve, el señor quería hacer sus visitas sin acompañantes, de manera que Fusco se llevó a los cuatro ayudantes, para realizar sus compras.

Antes de dejar el puerto, Milón recreó su vista, contemplando el movimiento multicolor de los barcos pesqueros y mercantes.

No obstante, fueron de su especial interés las embarcaciones de lujo, que pertenecían a ciudadanos

pueriles de Pompeya y que estaban pintados con vivos colores y, muchos de ellos, dorados.

Al poco tiempo hacían su ingreso a la ciudad a través de un elevado portón.

En comparación con las calles de Atenas, a Milón las de Pompeya le parecían angostas y de empedrado tosco.

Al acercarse un carruaje, había que saltar a la acera, puesto que el espacio era muy estrecho y la altura de la acera considerable, dado que llegaba hasta las rodillas.

Las casas de comercio se hallaban abiertas hacia la calle y se veía a los artesanos ocupados en sus tareas.

En una de ellas se elaboraba el cuero y se confeccionaban zapatos y cinturones.

En otra, un taller metalúrgico, se escuchaba el martilleo sobre objetos de cobre y, en numerosos escaparates, se exponían hermosos anillos, cadenas, hebillas y prendedores.

En las tabernas se ofrecían muchas variedades de vinos tintos y blancos en botijas o servidos en vasos, junto con pan, pollo y pescado, asado o frito.

Una mujer, ponderaba a gritos diversos tipos de lámparas de aceite, potes, jarrones y vasos.

Un vendedor parlanchín, ofrecía a las damas telas en todos colores, invitándolas para que las probaran.

Desde un pozo con roldana se distribuía agua a la gente pobre, que no disponían de agua corriente.

Milón escuchó comentarios sobre el temblor del día anterior y una mujer señaló temerosa hacia el humo que se desprendía del Vesubio.

— -- —..

—

Carros cargados con verduras y frutas llegaban de las zonas rurales cercanas y dejaban su mercadería en el mercado, donde se las ofrecía a los compradores.

## el profanador de textos

Fusco le compró a un comerciante una vasija con salsa de pescado y a otro una bolsa de harina.

Milón transportaba un cesto grande lleno de huevos y para mayor seguridad los cubría con hojas de parra.

Tirios llevaba dos jarrones con aceite, que fueron llenados en un almacén especializado.

Cuando Fusco y sus ayudantes, llegaron a la plaza del foro les permitió dejar por un momento sus pesadas cargas y contemplar los templos y otros edificios importantes de la ciudad.

Y, efectivamente, observaban por doquier piedras sueltas en la calle, que el día anterior se habían desprendido de los edificios, como consecuencia del temblor registrado.

En el muro lateral del edificio del ayuntamiento se veía claramente una grieta en toda la extensión de la pared.

Milón no se extrañó al ver las columnatas griegas de los templos, puesto que Alquíades ya le había comentado que los romanos las habían adoptado de los griegos.

Fusco y su grupo cruzaron la plaza del mercado hasta encontrar un lugar en la sombra y les dijo:

—“Dejen toda la mercadería aquí.

*Yo me iré a una casa de baños y demoraré un buen rato; los dos novatos pueden darse una vuelta por la ciudad; Vesonio y Vargo se quedarán cuidando los paquetes y todos aguardarán hasta mi regreso.”*

De tal forma, Milón y Tirios emprendieron una exploración por las calles llenas de gente.

Les llamó la atención, en primer lugar, los frentes de las casas, muchas de ellas pintadas con motivos

artísticos y múltiples colores, lo cuál nunca habían visto en Atenas.

En ese instante, salía de una casa señorial, un grupo de personas, elegantemente vestidas y las damas ataviadas con vistosas joyas de oro y plata.

Parecían desbordantes de alegría y sus voces se escuchaban dentro y fuera de la casa.

Los dos muchachos se quedaron parados junto al rincón de un muro para contemplar mejor a ese llamativo grupo de hermosas y alegres personas, que atravesaban el portón.

Un conjunto de niños muy bonitos, esparcían flores ante una joven pareja, cubriendo con ellas el suelo, el que parecía una alfombra florida.

—“Un casamiento,” observó Tirios, “a mí también me gustaría ser novio en semejante dicha y bienestar.”

El séquito se dirigió despaciosamente hacia el foro.

Al pasar frente a ellos se percibía el agradable olor a perfumes y fragancias, con las que se hallaban impregnadas sus vestimentas.

Nuevamente los niños esparcían flores en el camino de la pareja de novios y una rosa cayó a los pies de Tirios.

Rápidamente la recogió y aspiró su aroma.

Luego, dirigiéndose a Milón dijo:

—“Somos unos pobres diablos.  
¡Qué dicha, la de ser rico!”

—“Hay más pobres aún que nosotros,” contestó éste, “mirá los lisiados y mendigos que siguen al séquito, ávidos de lograr alguna moneda de bronce que los invitados al

*casamiento distribuyen alegremente.” Durante algunos instantes siguieron con la vista al cortejo, hasta desaparecer.*

Luego, continuaron con sus descubrimientos.

Al penetrar por una callejuela, percibieron el olor a pan fresco, mientras escuchaban unos chirridos que aumentaban a medida que avanzaban sus pasos.

Al doblar una esquina vieron una escena singular: junto a unos cilindros elevados se hallaba un grupo de operadores, que movían mediante largas palas a unos casquetes de piedra y que eran precisamente los que originaban los chirridos que se escuchaban de lejos.

—“Estos son molinos,” dijo Milón “mirá, allí abajo sale la harina blanca.”

En ese momento, los cuatro molineros hacían una pausa en sus tareas, para que otro de ellos volcara una nueva partida de trigo al molino.

Tirios inquirió:

—“¿Durante cuanto tiempo mueven ustedes a éste armatoste?”

—“Desde la salida hasta la puesta del sol.  
Los pompeyanos comen montañas de pan.”

Al lado de este molino se hallaba un enorme horno de piedra, del cual un panadero sacaba una hornada de pan aún vaporoso.

Unos ayudantes los distribuían luego, según su tamaño, en varios canastos.

—“Me compraré un pan fresco,” dijo Tirios y sacó una moneda de su cinturón, con la que le pagó al panadero.



## el profanador de textos

—“¿De dónde habrá conseguido éste dinero,” pensó Milón “siempre tiene algo guardado en el cinto.”

Solícito, Tirios, compartió el pan adquirido con su amigo y observó:

—“Es exquisito este pan fresco de Pompeya, pero atención, no te quemés la boca, por que todavía está muy caliente.”

Así, masticando con fruición, se volvieron hacia el foro, donde debían aguardar a Fusco, a su regreso de la casa de baños.

Al pasar por el paredón de un edificio, Milón se detuvo para leer una inscripción hecha con pintura colorada sobre el revoque blanqueado a la cal.

Cuando logró descifrarla, estalló en una carcajada.

Tirios, que no sabía leer, le preguntó:

—“¿Que hay de cómico ahí? ¿Acaso los pompeyanos escriben chistes en las paredes de sus casas?”

Milón le explicó:

—“Aquí hay dos inscripciones.

La mayor, escrita en letras grandes y bien redactadas anuncia que próximamente se presentará en la Arena el gladiador Satrio Valens, quien hasta el presente venció a todo adversario, gracias a los favores de los dioses.

Debajo, la segunda leyenda, escrita toscamente, dice: “Realmente es un milagro, que ésta pared no se haya desmoronado ante tanto disparate.” Seguramente que esto lo escribió

un enemigo de Satrio Valens, para ponerlo en ridículo ante el público.

¡Me gustaría mucho presenciar a estos luchadores en la Arena!”

Entretanto terminaron de comer el pan fresco y otra vez llegaron a las columnatas del foro.

En la sombra y sentados sobre las escalinatas, había un grupo de jóvenes, hijos de familias distinguidas, con su maestro.

Milón propuso:

—“Dejadnos escuchar lo que les enseñan; nos esconderemos detrás de una columna.”

—“A mi no me interesa.

Yo volveré al mercado donde están los demás compañeros.

Además, Fusco habrá de regresar pronto.

Vale, Milón.”

Cuando se fue Tirios, Milón pensó:

—“Parece que Pompeya le impresionó mucho a Tirios, ya que se despide con el saludo romano.”

Sin llamar la atención se ubicó detrás de una columna y escuchó cómo el maestro les hablaba a los alumnos de la lucha de los romanos contra los pueblos bárbaros.

—“Nosotros los romanos estamos llamados a dominar a todos los pueblos del mundo.

Un pueblo que obedece a Roma es como un barco que elude al mar embravecido y vuelve a puerto.

Roma, está predestinada por los dioses a dominar el mundo.

*Cada romano debe saberlo, ello es nuestro orgullo, y nuestro pensamiento diario debe ser: ¡Roma grande y eterna!”*

A Milón le bastó con lo oído y, meditabundo, se encaminó en dirección al Templo de Apolo, desde donde lo saludaban las columnas griegas.

Cuando llegó al atrio, vió a un grupo de mercaderes, regateando por unos precios.

Más allá, un conjunto de míseros vagos estaban tendidos sobre las escalinatas, mientras que algunos jugaban a los dados, vociferando despreocupadamente.

Mujeres iban y venían, ofreciendo en venta vinos y comestibles diversos, en jarras y cestos.

En todo éste desorden se levantaban las altas columnas, que a Milón le hacían recordar a la Acrópolis.

Pero, con la diferencia que allí sólo se acercaban al templo pasos silenciosos y reprimidos: a nadie se le hubiera ocurrido beber, jugar o regatear frente al templo.

De pronto, se escucharon sonidos metálicos y dos sacerdotes, bastante corpulentos, aparecieron en el atrio, para anunciar los ritos sagrados.

Sólo algunos pocos de los presentes se levantaron indolentes y subieron la escalinata.

Milón no sentía devoción, pero sí cierta curiosidad, y penetró en el atrio.

Hubiera sido su deseo entrar en la cámara del templo y ver la estatua de mármol de Apolo.

Tuvo suerte porque las dos puertas de la cámara estaban abiertas.

Al acercarse —quizás demasiado— vió en la penumbra la figura de mármol.

Era una magnífica estatua del dios, de origen griego, que sin duda, los romanos habían secuestrado en Grecia.

Allí estaba ahora cautivo Apolo, encerrado en la semioscuridad y olvidado en el ajetreo del bullicio de Pompeya.

—*“¡Fuera de aquí, esclavo infame,” le gritó repentinamente un guardián del templo, aplicándole un fuerte empujón.*

Milón salió tambaleante entre las columnas y en rápida fuga se puso a salvo en dirección al foro.

Cuando encontró a sus compañeros, éstos ya se habían inquietado por su larga ausencia.

En cualquier momento podía llegar Fusco.

—*“Pero, ¿que es esto?” Súbitamente, se escuchó un rugir sordo y amenazante.*

Milón y Tirios, que se habían sentado al borde de una cisterna, sintieron un temblor bajo sí.

A la vez se oían fuertes gritos de espanto: la tierra temblaba y la gente abandonaba corriendo sus casas.

Una multitud de personas, en especial mujeres, huían para refugiarse en los templos, pues creían que era lugar sagrado y seguro.

Los temblores se repetían cada vez con mayor intensidad.

El tumulto era general.

Entre los ruidos sordos del interior de la tierra y los gritos desesperados del público, retumbaban los golpes de las piedras que caían de los edificios.

Fusco, que volvía en ése momento, les gritó a sus esclavos:

—*“¡Rápido, al puerto, el barco es nuestra salvación!”*

No era nada fácil atravesar las callejuelas llenas de gente, que huían en todas direcciones.

Un hombre grueso, al salir corriendo de su casa, atropelló a Milón y todos fueron a parar al suelo, incluso el cesto de los huevos.

Al incorporarse y seguir su carrera, Milón vió como dejaba tras sí una huella amarilla de huevos rotos.

Pero pensó, ¿qué importancia tenían un par de huevos cuando estaba en juego la vida o la muerte!

Milón perdió de vista a sus campaneros y tuvo que atravesar solo la ciudad hasta llegar al puerto.

Al cesto lo había salvado, pese a que en varias ocasiones tropezó con él en su loca carrera.

Finalmente, todos volvieron a encontrarse y algunos estaban ocupados en alistar la embarcación.

Pero, Pomponiano aún no había llegado.

Entretanto, otros barcos, llenos de agitados tripulantes, dejaban el puerto en busca del mar abierto y había gente desesperada que se refugiaba en cualquier embarcación para salvarse.

La prolongada espera era, para Fusco y sus cuatro esclavos, una verdadera prueba de paciencia, pero de momento, era imposible salir en busca de Pomponiano.

Al fin llegó, sin aliento y con la cara cubierta de sudor y polvo; estaba casi irreconocible.

Apenas pudo contener su emoción y dominándose, ordenó:

*“¡Suelten las amarras y partamos!”*

## 6 el Vesubio manda

El gran señor se ubicó en la parte delantera del barco, rígido y con cara espantada.

Nadie decía una palabra.

Solamente los chirridos y los ruidos rítmicos de los remos al batir el agua se entremezclaban con el estrépito cada vez más lejano de la ciudad.

Pomponiano observaba desde su lugar en el barco, a Pompeya y más atrás, entre los cerros, al Vesubio.

Una nube inmensa flotaba sobre su cumbre y a la distancia parecía como la copa imponente de un árbol.

Esta nube aumentaba de tamaño con pasmosa velocidad, y por momentos daba la impresión que era de color blanco, sucio o manchado, como si estuviera cargada de ceniza o de tierra.

A la vez, del cráter salían inmensas llamaradas, iluminando su relampagueo a los sectores oscuros.

Milón cuya vista, al remar, estaba dirigida en igual dirección, contemplaba absorto este espectáculo fascinante de la montaña envuelta en humo y vapor, y que, al mismo tiempo, aparentaba vomitar fuego.

La nube se iba acercando a Pompeya y Fusco, que actuaba de timonel, le gritó a Pomponiano:

## el profanador de textos

—“Señor, esta cayendo ceniza sobre el barco; ¡ojalá no nos cubra de fuego!”

En efecto, caían copos livianos y otros pesados, como si fuera nieve grisácea.

Con la mano se los podía triturar, obteniendo un polvo gris.

De pronto, como si cayera granizo, el agua salpicaba alrededor del barco, mientras que verdaderas piedras se precipitaban dentro de la embarcación.

Poco después pudieron atracar en el muelle de Estabias, junto a un barco más grande, que también le pertenecía a Pomponiano.

El gran señor había perdido completamente su serenidad y calma.

Excitado, ordenó:

—“¡Rápido, todo el mundo a la villa! Mi residencia corre peligro de incendio si continúan cayendo las piedras incandescentes.

Ayudad a salvar lo que se puede y dejarlo a bordo del barco grande.

*Luego partiremos al mar abierto.”*

Entretanto, arriba, en la villa, había una tremenda confusión de los familiares de Pomponiano y la servidumbre.

Su esposa se precipitó llorando en sus brazos, pues temía por su vida.

Pomponiano persistió en su propósito y repitió sus órdenes.

De inmediato se cargaron cajas y cajones, provisiones, reservas, telas y alfombras y se fueron acomodando en el barco.

El personal de servicio debió cubrirse la cabeza, dado que junto a la ceniza caliente, caía una verdadera lluvia de piedras.

Milón se agachó y recogió una, caída justo frente a él, y observó que aún estaba casi ardiente; a pesar de su gran tamaño, era muy liviana y emanaba un fuerte olor a azufre.

Esta no era una piedra cualquiera desprendida de una roca, sino era escoria proveniente de las profundidades de la tierra, allí donde reside en pleno fuego el dios Vulcano.

Pero, no era el momento para hacer meditaciones de este tipo.

Cuando depuso la carga que llevaba, observó que desde el mar se acercaba otro barco con cuatro remeros, que poco después atracó a su lado.

Los tripulantes descendieron y un señor distinguido preguntó:

—“¿Pomponiano está en su casa?”

Milón dió una respuesta afirmativa y el desconocido, junto con sus acompañantes, se encaminó hacía la villa.

Al volver y ordenar la carga traída, Milón vió como los dos marineros estaban ocupados en extinguir pequeños focos ígneos que se formaban sobre cubierta por la ceniza ardiente que caía. Se dirigió nuevamente a la casa, cubriéndose con un delantal de cuero, para defenderse de las piedras y cenizas que llovían del cielo.

Llegó a su residencia justo cuando Pomponiano salió a recibir a su huésped.

Debían ser viejos amigos, pues se abrazaron y Pomponiano exclamó:

—“¡Eres tú, Plinio! ¡Los dioses te mandan aquí en esta hora terrible!” El visitante, que era de figura alta y con aspecto soberbio, sonreía y con la mano hizo un ademán tranquilizador

—“¡Parecería que todos ustedes se hallaran al borde de un precipicio! Pienso que el mundo no se viene abajo si un volcán lanza un poco de ceniza y otras inmundicias.

*Mi querido amigo, me imagino que tú no tienes el propósito de alejarte mar afuera y navegar errante un par de horas, para luego volver infructuosamente.”*

Pomponiano balbuceó algunas palabras imperceptibles y Plinio insistió:

—“Estimado amigo, mi intención fue la de navegar río arriba, para visitarlo en su finca a Cesio Basso, pero el granizo de piedras lo impidió.

*Dejadnos comer y beber algo.*

*Después descansaremos y esperaremos a que el Vesubio se calme.”*

Estas palabras obraron como calmante milagroso. Pomponiano perdió su excitación y enseguida le ordenó a Fusco interrumpir la mudanza al barco. Luego, se dirigió otra vez a su huésped:

—“Amigo Plinio, me imaginaba que te encontrabas en Roma.

*¿Qué es lo que te trajo hasta aquí?”*

—“Como comandante de la flota imperial resido aquí cerca en Miseno y tengo tiempo para

Seguidamente, los señores entraron en la casa y Fusco, que había escuchado la conversación, les dijo a los esclavos, con aire de importancia:

—“*Plinio es uno de los romanos más poderosos.*

*Tiene mando sobre muchos miles y no le teme a nadie; ¡si se abriera la tierra ante él, no sabe lo que es temblar!*”

Apenas terminó de decir éstas palabras, una nueva tanda de piedras caía sobre la casa, destrozando numerosas tejas.

A Milón y Tirios, Fusco les ordenó ir a la cocina y ayudar a preparar la mesa para el distinguido huésped. ♣

## 7 la destrucción

Después de la opípara comida, Milón tuvo oportunidad de salir de la casa y contemplar al agresivo Vesubio.

Sobre los jardines de la residencia había un manto de ceniza que llegaba hasta los tobillos.

A pesar de que era temprano aún, apenas la media tarde, la oscuridad era casi absoluta.

Desde el Vesubio se visualizaba un mar de llamas, entre negros nubarrones de humo y cenizas.

Pomponiano y sus allegados, así como el Comandante Plinio, todos con inquietud evidente, se acercaron para observar el volcán en plena erupción.

De este grupo se escuchó una expresión horrorizada:

—“*¡Toda la montaña es un fuego!*”

No obstante, Plinio los tranquilizó:

—“*Son viviendas de los labriegos las que arden, porque están muy cerca de la cima de la montaña.*

*Dejadnos descansar un rato.  
El Vesubio ya se va a calmar.*

*La cólera de los dioses es como la de los hombres; ¡es de corta duración!*”

Nuevamente los señores se dirigieron al interior de la casa.

Plinio entró a una habitación que daba a la galería, para dormir la siesta.

Afuera, continuó la lluvia de cenizas y piedras.

Aproximadamente una hora después, se inició un terremoto tan intenso que daba la impresión que las casas se deslizaban sobre la tierra.

A la vez, se escuchó un estruendo tan horripilante que todos los moradores de la casa corrieron a refugiarse bajo el alero, muertos de miedo.

Fueron entonces a buscarlo a Plinio y hubo que recurrir a la fuerza para lograr abrir la puerta, tal era la cantidad de ceniza y piedras que lo impedían.

Recién ahora Plinio se convenció de la verdadera situación crítica en la que estaban todos, puesto que la casa amenazaba con derrumbarse.

Se examinó seriamente hacia donde convenía huir.

Desde el río, habían llegado noticias que ya no era navegable por la cantidad de barro acumulado.

Además, un fuerte viento impedía salir con barcos pequeños al mar abierto.

Al empezar, repentinamente, a caer algunas vigas y tejas del techo, se resolvió, después de una agitada discusión —en la que sólo Plinio mantenía su serenidad— de dirigirse al sector sudeste de los campos linderos, para alejarse del volcán.

Pomponiano exclamó:

—“*Si no dejamos la casa, nos quedaremos sepultados todos en vida.*”

De inmediato cada cuál buscó una protección contra la lluvia de piedras y mientras unos se cubrían la cabeza con almohadones, otros lo hacían con cestos.

Los esclavos recibieron órdenes, además, de transportar víveres, bebidas y mantas.

Era ya noche cerrada cuando el grupo inició la partida, con el camino escasamente iluminado por una antorcha.

Parecían espectros o fantasmas los que se movían.

Cuando pasaron por el lago de los peces, un relámpago alumbró la escena y Milón vio la estatua del fauno danzante, inmersa en la ceniza, siempre tocando la flauta.

Le pareció que se sonreía sarcásticamente de la angustia de los hombres que huían.

Era sumamente penoso abrirse camino por los campos aledaños, cubiertos de cenizas y piedras.

A cada instante alguien trastrabillaba o se caía y necesitaba ayuda para volver a incorporarse.

Se escuchaba el lloriqueo y los lamentos de los niños entremedio de los gritos de miedo cuando impactaban las piedras.

Todo este grupo humano marchaba junto, pues temía perderse en la oscuridad.

Fusco dirigía el conjunto, por indicación de Plinio, en dirección sur y acercándose al mar en procura de una salvación por aquel lado.

Pero cada vez la marcha se hacía más lenta debido a los obstáculos que presentaba el camino y, además, porque la atmósfera, cargada de polvo de cenizas, impedía una respiración normal.

Repentinamente, Plinio cayó agotado al suelo.

Tirios le alcanzó una manta y un sorbo de agua fresca que llevaba en el botellón.

Bebió dos tragos pero el viento ardiente, trajo una ola de aire con insoportable olor a azufre, que obligó a seguir la huida.

Ayudado por Milón y Tirios, Plinio se volvió a incorporar pero, en ese instante cayó muerto a los pies de los jóvenes.

Con este desenlace fatal, el desconcierto y horror eran totales.

De ahora en más, cabía una sola y firme determinación: avanzar.

El distinguido muerto, fue cubierto con una manta y dejado en el lugar donde cayó, cerca del mar.

La lluvia de piedras amainó algo, debido al distanciamiento cada vez mayor con el volcán, pero la ceniza seguía cayendo como la nieve en el invierno.

Hubo nueva inquietud cuando tropezó y cayó la esposa de Pomponiano, a pesar de caminar apoyada en su marido y en una esclava.

La mujer perdió su serenidad y gritó histérica:

—*“¡No quedan dioses en el cielo.*

*Empezó la última noche, la noche eterna, que devorará la tierra!”*

Por último, hubo que envolverla en algunas mantas y cuatro esclavos la llevaron en andas, entre quejas y alaridos.

Pomponiano y sus dos hijas, que marchaban a su lado, trataban de tranquilizarla, para que no perdiera del todo el control.

Finalmente, se abrieron lentamente los oscuros nubarrones de ceniza y una tenue y casi insignificante luz de día se insinuaba en el firmamento, dejando entrever un poco el sol del atardecer.

Los fugitivos parecían figuras polvorientas y grises, que vacilantes, huían por un mundo blanquecino y muerto.

Ahora sí, con la mayor luminosidad, también volvió a renacer la esperanza entre ellos, aún cuando era grande su temor por los constantes temblores de la tierra.

Mirando hacía atrás, en dirección a Pompeya, toda la región estaba sumida en plena oscuridad.

Ruidos y truenos lejanos hacían sospechar los horrores de la destrucción de la otrora floreciente ciudad.

Ante los ojos de los fugitivos se alzaba, de pronto, el contorno de un árbol: era un naranjo, entre cuyo follaje brillaban sus frutos dorados, como si fueran de un pasado irreal.

En las cercanías, quedaba en pie un galpón casi intacto.

Sus postes resistieron los embates de innumerables temblores.

Pomponiano ordenó hacer un alto en la marcha:

—*“Aquí nos quedamos y pasaremos la noche.*

*Preparad las mantas para pernoctar.*

*Mañana temprano, quizás podremos intentar el regreso.”*

Para poder ingresar en el galpón hubo que abrirse paso entre la ceniza y las piedras.

Desde el mar, el cielo se abría por momentos y entre la masa de nubes brillaba el sol del atardecer, dejando ver un paisaje fantasmagórico, todo en color rojizo, sobre cenizas y miasmas de humo.

Tirios, se trepó al naranjo y sacudió el ramaje.

Entre una nube de polvo caían numerosas naranjas.

## el profanador de textos

Rápidamente las recogió en el cesto que le servía de protección y las limpió con un paño.

Luego, las ofreció a sus amos, que muy agradecidos aceptaron tan exquisito manjar, en una tierra que parecía el infierno.

Milón pensó:

—“*Tirios siempre sabe como quedar bien con sus amos.*”

Y, seguidamente, improvisó un alojamiento nocturno, al aire libre, para la servidumbre, cubriendo el suelo con paja que encontró en el galpón.

Fusco se le acercó y le dijo:

—“*Milón tú eres del grupo que ésta noche volverá conmigo a Estabias.*

*Pomponiano no quiere dejar sin vigilancia al barco con el resto de sus pertenencias.*

*Apróntate para el regreso, pues partiremos enseguida.*”

Pero, ¿con qué ganas Milón se hubiera tendido a descansar un rato, después de todas las vicisitudes pasadas!

Poco después, Fusco y seis jóvenes esclavos emprendieron el regreso, pero ésta vez costeano el mar, para encontrar así con mayor facilidad el camino durante la noche.

En el ínterin, el sol ya se había puesto.

Fusco, llevaba la única lámpara encendida y su frágil luz, flameaba en el viento.

Sobre la playa se veía gran cantidad de peces muertos, como consecuencia del fenómeno telúrico y extensos sectores de la misma estaban cubiertos de piedra volcánica caída al mar y arrojadas por el oleaje.

Tirios fue retenido para la atención de sus amos, de manera que Milón sintió la ausencia de su compañero con el que compartió hasta ahora sus penas y alegrías.

Sin decir palabra alguna, los esclavos seguían la luz de la lámpara.

La lluvia de cenizas y piedras había parado totalmente y sólo de vez en cuando, el viento levantaba nubes de polvo que casi impedían respirar.

El cansancio que dominaba a Milón era tal que por momentos creía que se dormía caminando y, sin embargo, hubo que continuar la marcha.

De pronto se encontraron con otro grupo de fugitivos que venían desde la ciudad.

Fusco los inquirió y fue terrible lo que informaron:

—“*Pompeya está completamente destruida y sepultada bajo una capa de cenizas, como si fuera una mortaja.*

*No quedó un alma viva.*

*Miles de pobladores están enterrados bajo los escombros de sus casas.*

*Torrentes de fuego líquido, que bajaban del Vesubio, cubrieron grandes partes de la ciudad.*”

Los fugitivos desaconsejaron a Fusco de seguir adelante:

—“*Atrás; allí sólo hay muerte y ruinas.*”

Fusco indagó respecto al río Sarno y el fugitivo le informó:

—“*A través del río Sarno pudimos abandonar la ciudad; el lecho del río se llenó por la lluvia de piedras y ello fue nuestra salvación.*

*Nos quedarnos demasiado tiempo en nuestra casa, la que se hallaba cerca del río y fue completamente sepultada.*

*Al fin, hallamos una vía de escape y aquí estamos huyendo.*”

Después de esta contestación, el informante salió corriendo detrás de sus compañeros.

Fusco pretendió infundir ánimo a los demás:

—“*Una hora más y estaremos en nuestro barco.*

*Allí encontraremos refugio seguro.*”

Cuando Fusco y su comitiva llegó a lo que había sido la villa de Pomponiano, quedaron aterrados de espanto.

Todo se hallaba cubierto por una capa de ceniza y piedras, fácilmente, de la altura de un hombre.

Los muros de la casa derrumbados y el techo hecho pedazos.

Del lago de los peces y del fauno no quedaban ni rastros.

El barco, sólo pudieron reconocerlo por sus dos mástiles, que sobresalían de un montón de escombros.

Se había formado un montículo de ceniza y piedras, que se extendía desde la costa hasta el barco.

Más allá del Sarno, hacía la ciudad, aún se podían divisar llamaradas, que provenían de edificios incendiados.

Por suerte, el viento llevaba el humo en dirección contraria.

Fusco pudo comenzar a liberar la entrada al barco, con ayuda de los esclavos, tarea para la cuál tuvieron que remover ingentes cantidades de escombros.

Fue una labor ardua y penosa, a la escasa luz de la lámpara y recién a medianoche lograron ingresar al barco por la escotilla.

En su interior, ¡todo estaba milagrosamente intacto! Los diversos objetos y artículos de Pomponiano, traídos desde la residencia, estaban tal cuál en su lugar.

Los hombres, muertos de cansancio, sin mayor trámite, se echaron a dormir, sobre bolsas y alfombras.

Fusco llenó el depósito de la lámpara con aceite y también se recostó.

Milón fue el único en no conciliar el sueño como sus compañeros, pues la aventura vivida mantenía alerta a sus pensamientos.

Buscó en su cinto la moneda que le había regalado Alquíades como despedida de la Acrópolis y la apretó contra su frente.

Sus labios intentaron hallar palabras de agradecimiento por su salvación prodigiosa en este día de extremo espanto, pero fue en vano y no logró articular una sola palabra.

Sentía que los dioses de Atenas no lo acompañaron hasta aquí.

En cambio, los dioses de los romanos le parecían enemigos de la humanidad por la atroz experiencia de hoy.

Improvisó luego algunas palabras que recordaba se estilaban durante los sacrificios en la Acrópolis.

Por unos instantes, en su interior, aparecieron los luminosos templos de Atenas y con cuidado volvió a guardar la moneda en su cinto.

También sintió que el Imperio Romano no le significaba una nueva patria.

Finalmente, Milón se durmió, con el sabor a ceniza amarga sobre los labios. ♣

## 8 la ciudad muerta

Fusco, el guardián, muchas veces temido de los esclavos, se mostró muy cambiado desde el episodio del día anterior: era más callado y amable.

Por lo general, despertaba a los esclavos con un bastonazo.

Hoy, en cambio, se conformó con darle un suave puntapié al más cercano de ellos y gritarles:

—*“Arriba, arriba muchachos.”*

Tomaron seguidamente el desayuno, que consistió en pan duro y pescado salado, sacados de las provisiones del barco.

Bebieron agua de una barrica, llenada el día anterior.

Luego, les ordenó a los esclavos:

—*“Vuestra primera tarea será la de dejar librado al barco de piedras y ceniza.*

*Ya no podrá navegar más.*

*Cuando vuelva Pomponiano, lo cuál habrá de ocurrir hoy, tendrá que instalarse aquí con su familia.*

*Arriba, en la casa, sólo podrán vivir ratas y ratones.*

*¡Adelante, pues!”*

A bordo había suficientes herramientas, canastos, palas y escobas.

Pronto hubo gran actividad allí y todos estaban ocupados en despejar, con palas, las piedras y ceniza, arrojándolas a lo que fue el cauce del río, de tal forma, que alrededor del barco se amontonó un verdadero terraplén de escombros.

Las tareas de despeje y limpieza, hicieron rápido progreso, puesto que la piedra volcánica, siendo cinco veces más liviana que la piedra común, era relativamente fácil de eliminar.

Para el mediodía, toda la cubierta quedó limpia y con el material sacado se construyó un pequeño pasaje que comunicaba con tierra firme.

Después de un almuerzo frugal, Fusco les permitió un prolongado descanso.

Él se sirvió una jarra del mejor vino de la casa y luego cayó en profundo sueño.

Milón le preguntó a un compañero, también esclavo:

—*“¿Quieres acompañarme ahora, al mediodía, a cruzar el Sarno y darnos una escapada por la ciudad? Fusco tendrá sueño para rato?”*

—*“Iré contigo,” fue la réplica.*

Equipados con sendos palos, a manera de bastones, para mayor seguridad al caminar, cruzaron el cauce del río.

Muy poco agua se veía debajo de la capa de piedra volcánica permeable que llenaba el cauce.

Del otro lado, debieron trepar una loma de escombros bastante empinada, que fue muy laborioso subirla.

## el profanador de textos

Cuando llegaron a su parte más elevada, Milón lanzó un grito de espanto: hasta donde alcanzaba la vista, la ciudad parecía un desierto gris uniforme y en parte humeante.

No se divisaba casa alguna y ningún ser viviente.

Al fondo, el Vesubio se agrandó visiblemente y un penacho blanco de humo se extendía hacia el interior de la región.

Al observar más de cerca la zona desértica inmediata, Milón vio que había extrañas ondulaciones y desniveles.

Lo que antaño eran calles y callejuelas ahora parecían ondulaciones o zanjas.

Donde hubo edificios, se formaron lomas más altas.

—“Escucha, un perro ladrando,” dijo Vargo.

También Milón lo escuchó y no parecía lejano el lugar de donde provenía.

—“El pobre animal estará sepultado y encerrado en alguna casa,” supuso Vargo.

—“Ven conmigo, lo buscaremos.”

Con cuidado, ambos siguieron caminando por lo que antes sería una calle y sentían como aún emanaba el calor desde abajo del suelo, a través de piedras y ceniza.

Era inquietante esta marcha por la ciudad muerta, que ayer todavía era plena vida y alegría.

De pronto, tuvieron que hacer un alto forzoso, ya que al lado de ellos se hundió un pequeño montículo de piedras y desde abajo salían bocanadas de humo.

Era el techo de una casa, que cedió al peso de las piedras.

Los ladridos se escuchaban en la cercanía y cuando llegaron a un cruce lateral del camino, vieron a un perro escarbando la tierra y ladrando desesperadamente.

Vargo, exclamó:

—“Está buscando a alguien, vivo o muerto. Quizás su amo está sepultado allí abajo.”

El perro no se dejó ahuyentar por los recién llegados y siguió ladrando inquieto.

—“Voy a buscar unas palas y vuelvo enseguida,” dijo Milón.

Cuando regresó, trajo además una soga, una jarra con agua y pan, del cuál le dió un trozo al perro, quién lo devoró ávido, señal que estaba hambriento.

Vargo, aclaró:

—“Estuve explorando entretanto este lugar con un palo y también saqué algunas piedras. Va a ser muy difícil despejar de escombros la entrada de la casa, ya que a cada palazo se desplazan nuevas cantidades de piedras.

En cambio, se puede intentar de sacar algunas tejas del techo y probar así de penetrar en su interior.”

Febrilmente, iniciaron las tareas de rescate.

Al mismo tiempo, el perro se tranquilizaba visiblemente, como si entendiera que comenzaba el auxilio.

Rápidamente adelantaron en su trabajo y lograron abrir un boquete en una de las esquinas de la vivienda.

Las tejas que quedaban a la vista pudieron levantarse con facilidad y a través de la abertura hecha podía verse abajo una galería.

Vargo, en voz alta, gritó:

—“¿Hay alguien allí abajo?”

Como de una cueva oscura y lejana, se escuchaba una débil voz que pedía auxilio.

También el perro se acercó al boquete y empezó a ladrar.

Vargo, dijo:

—“Allí abajo hay un ser humano con vida aún.

Milón tú que eres delgado y liviano, baja con ésta soga y luego yo te ayudaré a volver a la superficie, cuando hayas encontrado al sobreviviente.”

Vargo, ató la soga en una saliente de la viga y Milón se deslizó hacia abajo.

Cuando alcanzó el piso tuvo que adaptar la vista a la penumbra.

El aire era sofocante y con olor a azufre.

Vargo sacó varias tejas más para darle mayor claridad a su compañero.

Milón se asustó ante el aspecto lúgubre del lugar, donde yacían numerosos muertos por asfixia.

Nuevamente se podían escuchar los gemidos, esta vez parecían de un niño.

A través de un alfombrado mural, que cerraba una puerta.

Milón lo quitó y gritó en la oscuridad:

—“¿Dónde estás? ¡Acércate a mí!”

De pronto sintió que lo abrazaban las manos de un niño, que lloraba desconsoladamente, temblando con todo el cuerpo.



## el profanador de textos

Milón lo levantó y trató de calmarlo; como seguía llorando, no se percató de los muertos sobre el piso, que eran sus padres.

Miraba hacía arriba desde donde escuchaba el aullar del perro.

El niño aparentaba tener unos siete años y para sacarlo de allí Milón se lo ató a sus espaldas y luego el atlético Vargo levantó a ambos con las sogas.

Una vez fuera de la casa, Vargo ayudó a Milón a desatarlo otra vez.

El niño cubría sus ojos, doloridos por la desacomunada claridad radiante del mediodía.

El perro se le acercó enseguida, loco de contento, lamiéndole brazos y piernas.

El niño lo abrazó y lo llamó por su nombre: ‘Carus.’ Milón miró emocionado al niño y su perro, nuevamente unidos.

Vargo, dijo:

—*“Sin duda, el perro abandonó su casa al comenzar el terremoto y luego volvió en busca de sus amos.”*

Mientras hablaba, fue cubriendo otra vez la abertura hecha en el techo con las mismas tejas; en cambio, Milón le ofreció al niño —quien dijo llamarse Floro— agua de la jarra que había traído.

Ávido, bebió en largos sorbos y también comió algo del pan ofrecido.

Su vista se adaptó entretanto a la luz del día y, lleno de espanto, fue mirando en su derredor, descubriendo el desolado paisaje, que le infundía miedo.

No se dió cuenta de lo sucedido, ni donde estaba.

Solamente recordaba los fuertes estruendos y la oscuridad completa en la que quedó abandonado posiblemente, quedó sin conocimiento por largo rato.

—*“Debemos volver cuanto antes al barco,”*  
dijo Vargo.

—*“Milón lleva tú al niño y yo me encargaré del perro, al que ataré con la soga.”*

Al regresar los cuatro, Fusco ya se había despertado de la siesta.

Estaba muy enojado por la ausencia de los esclavos, pero al ver que volvían con un niño y un perro, se olvidó de reprenderlos.

Inquirió sobre lo sucedido y cuando escuchó el nombre del niño, comprobó que pertenecía a una familia conocida y muy distinguida.

Además, felicitó a los dos por su acto de arrojo.

Floro seguía todos los pasos de Milón quien lo había salvado de las sombras de la noche, pero pronto éste lo acostó sobre unas mantas, quedándose profundamente dormido.

Al perro se lo ató sobre cubierta del barco.

Vargo y Milón recibieron órdenes de dejar todo en perfecto orden hasta el regreso de Pomponiano.

Fusco se encaminó hacia la villa, para tratar de salvar todo lo posible entre escombros y paredes derruidas.

Cerca del atardecer, un mensajero anunció la próxima llegada de Pomponiano.

Vargo le dió la noticia a Fusco y éste con sus ayudantes volvieron al barco con lo poco que pudieron recoger en la residencia.

Fue un arribo cansado y triste el de Pomponiano y los suyos, cuando se acercaron al barco.

Parecían figuras agobiadas por el miedo, el desconsuelo y el agotamiento.

Sus ojos miraban enajenados en derredor.

Recién cuando Pomponiano subió al barco y vió las comodidades que se habían preparado como vivienda para él y su familia su semblante cambió de aspecto.

Extenuados, se dejaron caer sobre unos sillones improvisados.

Pomponiano se deshacía en elogios de la manera como Fusco había organizado todo aquello.

En la parte delantera del barco, con las pequeñas escotillas como ventanas, se había reservado un lugar para la familia.

Atrás, debajo de la cubierta, que antaño era el depósito para la mercadería, se hizo espacio para los sirvientes y sus niños.

Más tarde, durante una ronda de inspección por el barco, Fusco llevó a su patrón al encuentro con el niño Floro y su perro inseparable.

Estaban durmiendo en un rincón de la cubierta trasera.

Fusco hizo un relato de su salvación milagrosa.

Al despertar el niño fue llevado ante Pomponiano y éste exclamó:

—*“¿Tú no eres Floro, el hijo de Ático? Si ayer nomás fui huésped en la casa de tu padre, mi viejo amigo.”*

El niño inclinó la cabeza en señal de afirmación y rompió a llorar de emoción, por cuanto también había reconocido al amigo de su padre.

Pomponiano lo alzó en brazos y trató de calmarlo.

De inmediato lo llevó en presencia de su esposa y de sus dos hijas, contándoles la historia de su hallazgo y terminando con éstas palabras:

—“La destrucción de Pompeya me dió, un hijo y a ustedes un hermano.

De ahora en más, se quedara para siempre con nosotros.”

—“Pero también el perro,” agregó Lula, la hija menor.

Y así se hizo. ♣

## 9 el fauno danzante

Un nuevo día comenzó.

Durante la última noche y en largas horas de insomnio, Pomponiano meditó sobre el futuro.

En la tarde anterior había visitado lo que fue su residencia y comprobó su destrucción total.

No quedó nada que podía salvarse y, aún en el supuesto caso que la villa fuera habitable, ni él ni su familia querían volver a ese lugar de espanto.

Tampoco había seguridad alguna de que el Vesubio no volviera a provocar nuevos desastres.

¡Fuera de allí! Y, ¡cuánto antes mejor! Además, era dueño de una villa en Roma, la que en realidad era su residencia principal.

Allí quería mudarse a la mayor brevedad.

Pero antes tenía que hacerse cargo de Plinio, su amigo fallecido y, ante todo, hallar sus restos.

Asimismo, había que informar a sus deudos en Miseno.

En consecuencia, les ordenó a los cuatro acompañantes que trajo el Comandante de buscar a su amo muerto y traer su cadáver.

Fusco estaba ocupado con varios esclavos, desde temprano, en liberar el bote del Comandante, que igualmente se llenó de piedras y ceniza.

Cuando terminaron con esta tarea, Pomponiano, comprobó que estaba en perfectas condiciones y le vino la idea de hacerlo trasladar, costeando el Sarno, hasta el mar, para entonces utilizarlo y viajar con él hasta Miseno.

Desde allí, suponía, habría alguna posibilidad de hallar un barco que lo llevara con su familia y servidumbre a Roma.

El traslado del bote se logró con todo éxito, con la ayuda de todos los esclavos, y antes de partir a Miseno, Pomponiano le dijo a Fusco:

—“Mañana volveré a Estabias con un barco de la flota imperial, cuyo Comandante fue Plinio.

Ya que se tratará de un barco algo mayor, el que llevará a Roma a los restos de Plinio a su última morada, deberá anclar a bastante distancia de la costa.

Un bote pequeño, transportará al muerto al barco anclado, desde luego, una vez que lo hayan encontrado.

De lo contrario, la tripulación del barco imperial tendrá que participar en la búsqueda.

Igualmente, tomaré las provisiones para que con otros botes se efectúe el traslado de mis bienes salvados al barco grande.

Mi servidumbre viajará con nosotros.

Tú te quedarás con tres esclavos aquí en el barco varado y te pediré rescatar entre los restos de la villa todo aquello que nos pudiera servir en Roma.”

Después de estas declaraciones, Pomponiano subió al bote y emprendió el viaje a Miseno, junto con cuatro remeros, entre los que figuraba Tirios.

## el profanador de textos

Este viaje duró un día, puesto que Miseno estaba del lado opuesto de la bahía de Puteoli, llamada por los romanos Sinus Puteolanus.

Hacia la noche volvió uno de los enviados para hallar a Plinio y le informó a Fusco:

—“Después de andar errantes durante buen tiempo, encontramos a Plinio.

Estaba tal como lo dejamos, tapado por mantas y parecía que dormía.

Lo llevamos hasta Estabias y lo depositamos entre unos muros cerca del mar; los otros tres compañeros están velando al difunto, hasta la llegada del barco.”

El mensajero le solicitó a Fusco la provisión de dos lámparas de aceite, para no pasar la noche a oscuras con el muerto.

Asimismo, llevó víveres y bebidas, prometiendo volver el día siguiente, para anunciar la llegada del barco.

Al día siguiente, cerca del mediodía, arribó un gallardo barco de la flota imperial y ancló entre Estabias y Pompeya.

En uno de los botes volvió Pomponiano y bajó a tierra.

Los restos de Plinio fueron trasladados al barco imperial.

Como amigo del Emperador, sin duda, se dispondría un homenaje de gran pompa, seguido del acto de la cremación.

Pomponiano hizo embarcar a su familia y servidumbre, así como además los bienes que pudo salvar.

Antes de partir le recomendó a Fusco:

—“No te olvides de desenterrar la estatua del Fauno, que está al lado del lago de los peces.

Quisiera volver a colocarla en mis jardines en Roma.

Dentro de dos semanas vendrá aquí uno de mis barcos mercantes y cargará el resto de mis pertenencias.

En cambio, el barco del río Sarno ya no será rescatable, salvo que el Emperador resuelva regularizar otra vez su cauce y hacerlo navegable.

Ah, y otra cosa: cuando se hayan retirado de aquí mis bienes, puedes vender los tres esclavos que te dejo y al mejor postor.

Ya no los necesitaré en mi casa en Roma.”

Fusco le prometió resolver todo a satisfacción de su patrón.

Entre los tres ayudante que eligió Fusco se hallaban Milón y Vargo.

Tirios, que había regresado con Pomponiano desde Miseno, se dirigió a Milón diciéndole:

—“He sabido que tú deberás quedarte aquí, por ahora; si tú quieres le puedo preguntar a Pomponiano que te permita que viajes con nosotros a Roma.”

—“Querido Tirios, no tengo apuro en llegar a Roma.

No me importa que sean dos semanas antes o después.

Tampoco quisiera incomodar antes de tiempo a nuestro amo.

Quizás surja algo más importante para molestarlo.”

Y en eso quedaron.

—“Hasta la vista, en Roma,” le dijo Tirios como despedida.

Aquí se separaron sus caminos.

Ambos tampoco sabían lo que decidió Pomponiano con Fusco, sobre la venta de los tres esclavos.

Por unos instantes, Fusco y los tres ayudantes que se quedaban con él contemplaron la partida de los botes.

Milón recordaba cuando Ágaya lo despidió en El Pireo.

Al ver partir a su amigo le sobrevino una honda tristeza, que no supo explicar.

Se sentía abandonado, puesto que también partió el pequeño Floro, al que había tomado mucho cariño.

Siempre recordaba que el niño quería sentarse sobre sus hombros tal como lo trajo aquella primera vez, desde la ciudad muerta.

Cada vez más, los viajeros se perdían de la vista, allá lejos en el gran barco.

Durante el camino de regreso, a orillas del río Sarno, lleno de piedras, Fusco les informó a los tres esclavos cuáles eran los trabajos que les esperaban en las próximas dos semanas; en ese lapso, debían embalar todo aquello aún utilizable hallado entre las ruinas de la residencia, para su traslado a Roma.

En cuanto a lo que iba a ocurrir con ellos en Miseno, no les adelantó palabra alguna.

Milón se mostraba contento por la presencia de Vargo, con el que se entendía muy bien desde la salvación del pequeño Floro.

Los días siguientes transcurrieron monótonos y aburridos.

Recién hubo un cambio cuando los tres esclavos —Milón Vargo y Vesonio, así se llamaba el tercero— desenterraron la estatua del Fauno.

También Fusco tuvo que ayudar para poder trasladar la pesada figura del danzarín burlón.

Cuando la terminaron de fijar, adelante, sobre la cubierta del barco, Milón observó cómo la vista del Fauno se dirigía casualmente hacia Pompeya y el Vesubio.

¿Acaso, no era como si tocara una canción burlesca de las vanas aspiraciones o los intentos de los hombres? Repentinamente, a Milón le sobrevino la inquietante ocurrencia que el Fauno podría presenciar —en los jardines de Roma— el ocaso de la capital imperial romana y tocar con su flauta griega la canción del devenir y expirar, del tránsito y del morir humanos.

Sentía algo más que simpatía —casi una amistad— con este danzarín y vividor, que mantenía su alegría y seguía tocando la flauta, pese a todo lo que ocurría en su derredor. ♣

## 10 nuevos destinos

Pasaron tres semanas hasta que arribó un pequeño barco mercante de Pomponiano y ancló frente a Estabias.

La tripulación colaboró en el traslado de las pertenencias de Pomponiano al barco.

Era menos de lo calculado, puesto que no era mucho lo que pudo salvarse de la villa destruida.

El patrón del barco le recordó a Fusco que debía atracar en el puerto de Miseno, para la venta de los tres esclavos.

Pero de no obtener un buen precio, se los traían de vuelta a Roma.

Durante el viaje y recién a la altura de Sinus Puteolanus, Fusco les comunicó la novedad:

—*Tengo órdenes de venderlos a ustedes en Miseno. El amo no los necesita ya en Roma.*”

Vargo y Vesonio se quedaron impasibles.

En cambio Milón palideció.

¿Nunca más iba a ver a su amigo Tirios? Nunca más lo llevaría al pequeño Floro sobre sus espaldas? Fusco, luego de darles aquella novedad, se alejó de ellos.

Milón sentía que el destino se cumplía inexorablemente.

Desde el mar y sobre las aguas azules, se levantaba majestuoso el Vesubio, con un hermoso penacho de humo blanco.

Milón lo contempló largamente.

Desde allí debía existir un camino de fuego hasta el interior de la tierra.

Sus pensamientos elucubraban:

—*“Los dioses, ¿enviaron el fuego y la destrucción como castigo por los pecados cometidos? Pero, ¿por qué tantos inocentes tuvieron que pagar por los pecados? ¿O es el género humano una sola unidad, sobre la cual se ajustan culpas y pecados?”*

Milón no encontró contestación a sus preguntas. Ya estaban en las cercanías del puerto de Miseno. Todo era actividad en el barco.

Fusco se acercó con una cadena en manos, con la que ató a los tres esclavos.

Como disculpándose, dijo:

—*“Ya sé que ustedes no intentarán fugar y sólo lo hago porque así se acostumbra al hacer la venta.”*

Milón jamás fue encadenado y el hierro frío que ahora apretaba su muñeca lo llamó a la realidad y le hizo ver su condición humana miserable.

No pudo menos que compararse con la mercadería embalada a bordo y alistada para su venta.

El barco, después de entrar a puerto, ancló junto a otras naves romanas, y Fusco, dirigiéndose a los tres, les dijo:

—*“Ustedes se quedarán a bordo, hasta que haya terminado con mis negociaciones.”*

No había transcurrido una hora cuando volvió con un mercader que tenía interés en la compra de los tres jóvenes esclavos.

Luego de examinarlos y observarlos minuciosamente, regateó con Fusco sobre el precio exigido, hasta ponerse de acuerdo.

Antes de abandonar el barco Fusco les dió a Milón y Vargo unas palmaditas sobre el hombro y les dijo:

— *“Bravo muchachos.*

*No tengan temor alguno, pues no irán a las galeras de guerra.*

*Ustedes son demasiado bueno para ello.*

*En cambio, harán un largo viaje por mar hasta Alejandría, en África.*

*Adiós y les deseo un buen viaje.”*

Tuvieron que trasbordar a un bote sin pisar la costa de Miseno y de allí pasaron a un barco más grande, que se llamaba ‘Alejandría.’ En lugar de la cadena en la muñeca, fueron encadenados ahora de los pies y liberados recién cuando el barco se hallaba en alta mar, dado que era frecuente el caso de esclavos que intentaban escapar a nado, estando aún el barco en puerto.

Milón no pudo conciliar el sueño sobre su tarima durante esa primera noche, en parte por la molestia de las cadenas en sus piernas.

Pero además, la humillación y la incertidumbre lo habían llevado a una disposición de ánimo desesperada.

A medianoche, sacó a relucir la moneda de Alquíades de su cinto, la que ya en otras ocasiones le brindó consuelo.

En la oscuridad de la noche la mordió fuertemente para impedir que los ojos se le llenaran de lágrimas y pensaba en Atenas.

Pero cada vez que quería concentrarse en la visión de los templos de la Acrópolis lo inhibía la imagen del Fauno y el humo del Vesubio, que cubrían las columnas luminosas.

Era como si dos mundos distintos luchaban dentro de él.

Se incorporó violentamente y el ruido de las cadenas interrumpió su pesadilla.

El viaje duró varias semanas, con vientos favorables pero leves, hasta que se pudo vislumbrar entre la bruma una elevada torre, que los marinos saludaban como el famoso Faro de Alejandría, guía y señal del camino a Egipto.

Todo el país y las ciudades sobre el río Nilo estaban en aquellos tiempos bajo el dominio de la loba romana, Por eso Milón tampoco se extrañó de ver en el puerto casi exclusivamente barcos y soldados romanos.

Poco después de su arribo, mientras aún era temprano, el mercader les indicó a los tres esclavos de Miseno de lavarse y alistarse para una marcha por la ciudad.

Vargo le dijo a Milón:

— *“Esto significa, para nosotros, la venta en el mercado de esclavos.”*

Al pisar el suelo egipcio Milón no sintió el temor que le había invadido al pisar suelo romano y pensó:

— *“Quizás me acompañe aquí, en Egipto, la buena estrella de Afrodita.” ♣*

## 11 el Tito de oro

El mercader Calpurnio Pisones, a la vez dueño del barco, se dirigió a los tres esclavos y les dijo:

— *“Por ser ustedes muchachos dóciles y diestros, resolví mantenerlos a bordo y no venderlos.*

*En lugar de ustedes, enviaré al mercado a otros tres esclavos de mayor edad y que ya no son tan ágiles como ustedes en trepar los mástiles y otras tareas a bordo.*

*Pronto cargaremos trigo con destino a la hermosa ciudad Leptis Magna.*

*Y ahora, manos a la obra, pues hay que descargar la mercadería que trajimos de Miseno.”*

Poco después, el patrón del barco lo abandonó, en compañía de los tres esclavos mayores, para venderlos en el mercado.

Vargo le comentó a Milón y Vesonio:

— *“La vida a bordo me encanta y lo principal es que podamos quedar juntos.*

*Por lo menos aquí sabemos como pasar la vida.*

*Cuando se es vendido a un nuevo amo, nunca se sabe como le irá a uno.*

## el profanador de textos

*De todos modos, dejadnos quedar unidos en buena camaradería.”*

—“De acuerdo,” le contestó Milón “los esclavos necesitan ser buenos camaradas.

*Por mi parte, estoy conforme en navegar por los mares y conocer al mundo.”*

—“Adelante muchachos,” agregó Vesonio, “paguemos con buena moneda la decisión de nuestro amo al no vendernos.

*Allí están los bultos para descargarlos.”*

Y los tres, se pusieron a trabajar antes que el guardián se lo hubiera indicado.

Cuando Milón llevó a tierra el primer fardo sobre sus hombros, también fue la primera vez que pisaba suelo egipcio.

En un desborde de alegría y desde la pasarela, dió un salto con ambas piernas a la vez, para saludar así al nuevo país.

Pero el peso del fardo que llevaba sobre sus hombros fue demasiado grande: cayó de panza y el fardo por sobre su cabeza.

Detrás de él escuchaba como los demás se reían a carcajadas por su fallida hazaña.

Vargo comentaba:

—“Milón has saludado a Egipto con panza y frente.

*Si yo fuese adivino, no te auguraría nada bueno en este país.”*

Milón se levantó avergonzado.

Aparte de un buen chichón en la frente no ocurrió nada más.

Al fardo caído lo llevó rápido a su lugar y dijo con una sonrisa:

—“La tierra egipcia me atrae; parecería que quisiera retenerme.”

Vargo siguió riéndose y desde entonces, le puso ‘sapo’ de apodo.

Al anochecer, volvió el mercader Calpurnio; estaba sólo y Vargo le dijo a Milón:

—“Parece que pudo vender a los esclavos. Tiene cara de satisfecho y esta cargado hasta la coronilla de vino egipcio.

*Mira, está tambaleándose como bote sobre las olas.”*

Realmente, Calpurnio Pisones tenía grandes dificultades en subir a bordo.

Cuando cruzó la pasarela para hacer pie sobre cubierta, dió un traspié y se cayó sobre un montón de sogas.

Vargo, desde lejos, se reía:

—“Mira Milón allí viene otro sapo que pronto va a croar.”

—“Exacto.”

Calpurnio empezó a echar pestes e insultos de grueso calibre, por las sogas con las que tropezó en el camino y también por el molesto balanceo del barco —¡que apenas se movía!

Al darse cuenta que se le cayeron algunos dinares (monedas de plata), se largó a gritar:

—“El dinero, mi hermoso dinero! ¡Buscad mi dinero!”

Pero, algunas monedas rodaron por la cubierta y cataplún, cayeron al agua, entre los paredones del puerto y el barco.

Los esclavos corrieron rápidamente y recogieron algunas, entregándoselas al guardián, quien se había acercado.

—“¿Han entregado todo?” inquirió severamente el guardián, fijando su vista en cada uno.

Todos así lo afirmaron. Entonces el guardián le devolvió un puñado de monedas a Calpurnio.

—“Esto es todo lo que encontramos. El resto cayó al agua y lo puedes considerar perdido, pues jamás los podrás recuperar del barro.”

—“Oh, mi hermoso dinero,” se lamentaba Calpurnio, “lo voy a contar.”

*Eran todas monedas imperiales de plata y también algunas nuevas de oro, que las llaman los ‘Titos de Oro,’ ¡mis hermosos ‘Titos de Oro!’*

El guardián ordenó:

—“Vargo, Vesonio, acompañad al señor hasta su lecho, y los demás, ¡a sus tareas!”

Enseguida, el guardián siguió al patrón al interior del barco, para ayudarle a contar el dinero y guardarlo.

Mas luego, cuando Milón estaba ocupado en ordenar las sogas, escuchó un ruido metálico: ¡era una moneda de oro! La recogió y su vista se fijó en la efigie de la misma.

De acuerdo a la inscripción se trataba de Tito, el Emperador coronado ese año, con su conocida cabeza ancha.

De él habían hablado Pomponiano y Plinio como de un amigo.

Milón miró a su alrededor y nadie lo había visto.

Guardó el Tito de oro en su cinto, junto a la moneda ateniense.

Y se preguntó:

—“¿Debo quedarme con esta moneda?”

Posteriormente, en el albergue nocturno, Vargo informó:

—“*Calpurnio estaba tan borracho que no fue capaz ni de contar el dinero no de decirle al guardián la suma obtenida por la venta de los tres esclavos.*”

El día siguiente fue una jornada de intenso trabajo para los tres esclavos.

Hubo que cargar cientos de bolsas de trigo y trasladarlas al interior del barco.

Después de terminada esta tarea, Vesonio dijo:

—“*Cuando era niño, me divertía buceando en las costas del mar, en busca de caracolas. Intentaré hallar las monedas perdidas.*”

Estuvo buceando largo rato pero al final, no encontró nada.

Milón tenía serias dudas de cómo proceder con el Tito de oro encontrado.

Si consideraba el trabajo que debía realizar sin pago alguno, le parecía que bien se podía quedar con la moneda.

*Y, quien sabe, si en algún momento de apremio esta moneda no le podía significar una ayuda valiosa. ♣*

## 12 viajes a Leptis Magna y Portus Claudius

El ‘Alejandría’ zarpó con un importante cargamento de trigo en dirección oeste, siempre bordeando las costas de África del norte.

*Los puertos donde atracaron para tomar agua fresca, frutas y comestibles estaban todos en manos de los romanos.*

*El viaje duró varias semanas hasta llegar arribar a la hermosa ciudad de Leptis Magna.*

*El ‘Alejandría’ era un velero de marcha lenta, de modo que hubo a bordo muchos días de inactividad y ocio.*

*desde luego muy agradables para la tripulación.*

*Solamente los días de carga y descarga en los puertos eran de mucho trabajo.*

*Milón se informó que Calpurnio era, esencialmente, un mercader traficante de trigo y sólo en los viajes de regreso a Egipto transportaba mercadería general y, ocasionalmente, algunos pasajeros.*

*Pese a que Milón hubiese querido conocer las ciudades visitadas no se le permitía a los esclavos bajar a tierra, salvo para las tareas de carga.*

*En cada viaje de vuelta a Alejandría se repetían las mismas tareas.*

*En definitiva, era una vida monótona de tierra y en el mar, mes tras mes y año tras año.*

*En cierta ocasión en la que el ‘Alejandría’ se hallaba en el puerto del mismo nombre, Calpurnio recibió la información de que en adelante debía efectuar transportes a Roma, por su puerto denominado Portus Claudius.*

*El guardián declaró:*

—“*Nuestro amo, el señor Calpurnio, de ahora en más, quiere quedarse residiendo en Alejandría, de manera que en adelante yo seré vuestro amo.*”

—“*Debe ser lo suficientemente rico Calpurnio,*” murmuró Vargo a Milón *“también, con las miles de bolsas que cargamos para él.”*

*El guardián continuó:*

—“*Fue nombrado un administrador, que en el futuro viajará con nosotros y que compartirá el mando conmigo.*”

*Haremos viajes regulares a Portus Claudius, que así se llama el puerto que corresponde a Roma.*

*La ciudad se halla tierra adentro y se llega a ella por un largo camino que une a las dos ciudades.”*

*Milón se emocionó visiblemente al conocer esta noticia respecto a Roma.*

*Vargo, lo observó de inmediato:*

—“*¿Estas pensando de verlo quizás a Tirios? ¡El pequeño Floro, entretanto, debe ser un muchacho grande!*”

## el profanador de textos

Pero, ¿cómo encontrarlo en la ciudad más grande del mundo?, pensó Milón y el corazón le palpitaba de emoción.

Por fin aparecía una esperanza en su monótona vida de esclavo y quizás se aproximaban días más venturosos que los presente.

Algunas semanas después, el barco 'Alejandría' descargaba bolsas de trigo en el puerto de Roma, llamado Portus Claudius, situado a cuatro leguas de la capital.

Desde los depósitos del puerto, el transporte se hacía luego mediante carros.

El trabajo de los esclavos fue cada vez más lento al final de la jornada.

Era casi de noche cuando estibaron las últimas bolsas en el depósito.

Rendidos de cansancio, se dejaban caer sobre la cubierta y se refrescaban algo, tomando cerveza amarga.

El guardián se acercó a ellos y les dijo:

—“¡Mañana será día de descanso! Pueden aprovecharlo para tomar nuevas fuerzas.

Pasado mañana cargaremos diversas mercaderías con destino a Alejandría.

Nuestro barco permanecerá anclado aquí y ningún esclavo puede abandonarlo.”

Vargo, al escuchar esto, miró a Milón y observó su desengaño, pues era su ilusión la de volver a ver a Tirios y Floro.

Se acercó y le dijo:

—“Milón estoy casi seguro que el guardián se irá a Roma a divertirse esta noche y también estará ausente mañana.

”Yo te ayudaré para que tú puedas hacer una visita sigilosa a la ciudad.”

—“Ello no va a ser posible.

¿Cómo te imaginas que podría salir de aquí? En ausencia del guardián, el administrador se quedará a bordo.”

—“Es cierto, pero alguno de nosotros tendrá que hacer, sin duda, los mandados.

Recién escuché que había que llenar los toneles de agua.

Vesonio y yo nos ofreceremos para ello y si preguntan por ti les diré que nos estas ayudando en el aljibe.

Entretanto, tú viajas a Roma, en uno de los carros que continuamente se dirigen a Roma y para la noche ya estarás de regreso.”

Luego Vargo fue a verlo al guardián y se ofreció, junto con los otros dos, a llenar los toneles de agua fresca:

—“Señor, somos los más jóvenes a bordo y además, nos place sobremanera remar en el bote, como pasatiempo.”

—“De acuerdo; no será difícil localizar un pozo de agua.

Llenad todos los toneles.

Aquí hay mejor agua que en Alejandría.”

Tal como lo había anticipado Vargo, poco después el guardián se hizo trasladar a tierra en el bote.

Era el mismo con el que al otro día debían aprovisionarse de agua.

Al día siguiente, temprano en la mañana, los tres remaron con el bote a la costa y Vargo le dijo a Milón:

—“¡Ve enseguida a la calle principal, la Via Portuense! Allí, sin duda, vas a encontrar algún carruaje que te pueda llevar a Roma.

Por la noche, te aguardaré aquí junto al aljibe.

En Roma, te quedará tiempo suficiente para averiguar acerca de Tirios y Floro.”

Milón le contestó:

—“¡Voy a arriesgarme! Estoy seguro de hallar el domicilio del rico y famoso Pomponiano.

Si encuentro al señor, también lo hallaré al sirviente.

Sin embargo, Milón no se sentía demasiado cómodo en esta situación un tanto endeble, a pesar de la esperanza de un encuentro con Tirios y Floro, y acotó:

—“¡Vargo, Vesonio! Ustedes son mis buenos amigos, pero, ¿qué sucede si en el viaje de regreso tengo mala suerte y el guardián vuelve antes que yo?”

—“Entonces, tú te has retrasado cargando agua y de cansancio te quedaste dormido.

Esto en realidad sin más lo podrías hacer, si te hallaras muy atrasado.

Pero, ahora, vete a Roma.”

Milón tuvo suerte.

Justo pasaba un carro cargado con pescado y a cuyos caballos había que darles agua a beber.



Milón se ofreció al carrero para esta tarea y en compensación lo llevó a Roma.

Al poco tiempo emprendieron el viaje por la Via Portuense en dirección a la capital.

El carro mantenía una velocidad bastante aceptable, puesto que la mercadería debía llegar fresca aún al mercado. ♣

### 13 reencuentro en Roma

Durante el viaje en las horas frescas de la mañana y por el camino adoquinado, llamado Via Portuense, los caballos se comportaron muy bien y adelantaron a buen ritmo.

Milón se sorprendió por la anchura del camino y por el intenso tránsito que presentaba en horas tan tempranas de la mañana.

—“¿Qué buscas en Roma?” le preguntó el carrero, que estaba sentado en el banco a su lado.

—“Voy a visitar a un amigo, quien es sirviente del noble Pomponiano.”

—“¿Pomponiano? ¿El dueño de muchos barcos mercantes que salen desde Portus Claudius? ¿Es un hombre muy rico!”

—“¿Es él! Y ¿puedes decirme carrero cómo podría hacer para encontrar su casa en esta ciudad inmensa? ¿Yo nunca estuve en Roma!”

—“Si tú me acompañas hasta la plaza del mercado, te puedo mostrar la Conina Capitolina.”

*Al pie de ese cerro se halla su villa.*

*Allí te puede orientar cualquier barrendero.”*

Al promediar la mañana ingresaron a la ciudad con sus cerros edificadas, sus templos y palacios.

Milón se quedó maravillado por ello y por su extensión, así como por el hervidero de gente que se observaba por doquier.

El griterío, alboroto, los ruidos y el rechinar de las ruedas sobre el pavimento, era mucho mayor de lo que recordaba de Atenas.

En la plaza del mercado se despidió del carrero, que le señaló el camino:

—“Allí, sobre aquel cerro, está el Capitolio, es un castillo de numerosos templos.

*Camina en esa dirección y deja que te indiquen la villa de Pomponiano.”*

Milón no tuvo que indagar mucho y se encontró frente a un portón abierto que era la entrada a un parque.

Sobre una gran piedra labrada decía ‘Pomponiano.’ Milón se quedó parado, vacilante.

Desde el interior se oían pasos.

Se apartó algo del camino.

Apareció un joven, alto y vestido elegantemente, acompañado por un esclavo.

—“Este podría ser Floro,” pensó Milón; pero no se atrevió cruzarle el camino.

Repentinamente, todo le pareció tan extraño. ¿Qué es lo que busco aquí? Y ya estaba decidido a retirarse cuando vio acercarse desde la calle a un frutero con su canasto y con la intención de penetrar al parque.

Milón lo encaró:

## el profanador de textos

—“Hay aquí en la casa de Pomponiano, un sirviente de nombre Tirios?”

—“Por cierto, es un buen cliente mío.

No se le puede definir como esclavo; desde hace poco, el joven, es el administrador de su patrón y es quien les ordena a los esclavos.

También hace todas las compras de la casa y aquí le traigo la fruta.

Es un muchacho muy competente y a esta hora esta en casa.

¡Ven conmigo si quieres hablarle!”

Después de esta aclaración, el frutero acompañado de Milón pasó al interior de la villa.

Llegaron hasta una pequeña puerta lateral de la residencia, que tenía todo el aspecto de un palacio; el frutero golpeó la puerta y Milón se hizo a un costado.

Apareció Tirios, muy bien vestido y enseguida examinó la fruta:

—“Esta bien, dejala en la cocina.”

El frutero luego señaló a Milón al que Tirios no había visto aún.

—“Milón ¿ere tú?” Y se estrecharon en un gran abrazo.

—“Por Júpiter, ¿de dónde vienes? ¿Cómo te va? ¿Hace mucho que estas en Roma? ¡Ven a contarme! Nos sentamos junto al lago de los peces.

Tú lo conoces, el Fauno danzarín, todavía toca la flauta.

¡Lástima, sólo, que vino sin tí!”

Los dos viejos amigos se sentaron sobre la escalinata del lago, a los pies del Fauno.

Cuán miserable se sintió Milón en presencia de un espléndido Tirios, quien lo observaba con alguna compasión.

Milón se sentía inhibido y tenía dificultades para hablar:

—“Tirios, hace apenas una hora que estoy en Roma y no puedo quedarme por mucho tiempo. Sigilosamente, he venido desde Portus Claudius, para verte y saludarte.

Para la noche tengo que estar de vuelta en el barco, a cuyo dueño fui vendido después de la destrucción de Pompeya.

Todos estos años fui tripulante de un barco que transporta trigo a muchos puertos del Imperio Romano.”

—“¿Así que es la primera vez que estas en Roma? Es una ciudad maravillosa, con juegos de circo, carreras de carruajes y fiestas muy divertidas.

Nuestro Floro, pese a su juventud, es un conocido conductor de carros.

Recién salió de aquí para mover sus caballos.

Dentro de un par de días habrá una carrera muy interesante.

¡La tendrías que ver! Milón eso no es vida para tí, ¡cargar bolsas durante años y años! Como puedes ver he hecho buena carrera y soy el responsable de la administración de la casa.

¿No quisieras volver con nosotros?”

Milón entretanto.

observaba el juego de los peces dorados en el lago:

—“Tirios, tu te podrás mofar de mí, pero el navegar por los mares del mundo y compartir la vida con mis compañeros, en las buenas y en las malas, en días de duro trabajo, me aflige menos que la aglomeración de la gente, como la he pasado recién.

¡Quizás haremos alguna vez un viaje a Grecia y podré volver a Atenas!”

—“¿Sigues pensando en los dioses, en tus sueños? Yo, por mi parte, he aprendido en Roma que solamente vale la realidad terrenal y la capacidad del hombre en abrirse camino.

He logrado ahorrar una fuerte suma de dinero.

Pomponiano ya es viejo.

El día que se muera, obtendré mi libertad de sus herederos, pagando el precio que me pidan o quizás, lo logre antes aún.

Uno debe perseverar en ciertos objetivos.

Por lo menos, logré algo ya: ¡soy indispensable para mis patronos y les administro su casa y sirvientes!”

Tirios, mientras hablaba, tomó una pose orgullosa, apoyándose en la rodilla del Fauno.

Milón impresionado, admiraba ese aplomo de su amigo pero, no obstante, reconocía que era completamente distinto a él y tampoco lo envidiaba.

Y, menos, aún por su vistosa vestimenta en la que no faltaban elegantes hilados de oro.

—“Ven,” le dijo Tirios, “estas invitado a almorzar.

Los patronos están ausentes y entretanto dispongo yo aquí.”

Se incorporó y como jugando, le acarició el lomo al Fauno.

Luego, ambos pasaron al interior de la residencia.

Sin embargo, previo al almuerzo, lo llevó a su habitación, ofreciéndole ropa adecuada para la reunión.

Milón se quedó admirado cuando Tirios lo acompañó al salón comedor y lo invitó a reclinarse sobre cómodos asientos acolchados para almorzar.

Un criado y una esclava les sirvieron seguidamente algunas exquisiteces, como si fueran los dueños de la casa.

—*“Yo siempre como con los patrones y si estoy sólo, me hago servir aquí.”*

*Hay que mantener la distancia con la servidumbre, si se la quiere mandar.*

*Esto me lo enseñó Pomponiano,” acotó riéndose Tirios, mientras le ofrecía una copa de vino tinto seleccionado.*

—*“¡Brindemos por venturosos días en Roma! Mañana iré con Floro a Portus Claudius, a comprarte para Pomponiano.*

*Podrías trabajar aquí como esclavo encargado de la caballeriza de Floro.”*

Milón hizo como si no se percatara del ofrecimiento y dijo:

—*“Es un vino fuerte el que toman los romanos; de tomarme dos copas, no encuentro el camino de regreso.”*

Tirios, se reía:

—*“¡Sos un loco! No te vas a ir a pie hasta el mar.*

*La ropa te la regalo, está algo usada ya, pero con ella puedes rentar tranquilamente uno de los coches que usan los romanos y que circulan regularmente al mar.*

*¿Tienes dinero para el pasaje o quieres que te de algo?”*

—*“Gracias, tengo dinero,” contestó Milón que de ninguna manera quería aceptar dinero de su amigo.*

Además, todavía conservaba el Tito de oro en su cinto.

Pero, aparte, le sobrevenía cada vez más un gran desengaño en el reencuentro con Tirios.

Era casi como si se hubiesen borrado aquellos sentimientos amistosos de los años juveniles.

Tirios era ahora un sagaz y frío calculador romano, mientras que él se sentía todavía interiormente un ateniense. ♣

## 14 el regreso

En las últimas horas de aquella tarde, Milón se acercaba entre el gentío a la puerta de la ciudad que daba a la Via Portuense, en dirección al mar. Observó algunos coches tirados por caballos, que aguardaban pasajeros.

A pie, de ninguna forma hubiera podido llegar a la hora convenida a Portus Claudius.

Con la vestimenta regalada por Tirios tenía un aspecto magnífico.

Se acercó a un coche y dijo:

—*“Cochero, ¿me llevas a Portus Claudius?”*

—*“Si, noble caballero, puedes subir al coche.”*

Milón no sabía lo que le pasaba, le había dicho ‘noble caballero.’ Por un momento, miró desconcertado al cochero.

—*“¿El señor quiere saber el precio? Mi tarifa hasta allí es de medio Tito.”*

En realidad, el cochero esperaba que su cliente le solicitaba una rebaja en la tarifa, pero nada semejante ocurrió.

Con un salto, Milón se ubicó sobre el banco y le dijo:

## el profanador de textos

—“Adelante, cochero.”

—“La almohada, la almohada, señor,” gritaba el cochero y le alcanzó a Milón una almohada de cuero acolchada.

Llevaba bajo el brazo izquierdo su andrajosa ropa de esclavo y con la derecha se sostenía en el banco.

—“¿El señor desea un viaje rápido o más bien lento?”

—“Un viaje rápido,” ordenó lacónicamente Milón.

Antes de abandonar la ciudad, Milón dió un último vistazo y la contempló por unos instantes, en todo su esplendor y edificada sobre las siete colinas.

De pronto, dió un rápido manotón a su cinto: ¿Aún estaba el Tito de Oro? Sí, allí estaba; y palpaba sus contornos redondos!

Las ruedas retumbaban sobre el adoquinado y de las herraduras de los caballos saltaban chispas.

Desde el mar, soplaban un viento fresco reconfortante sobre el viajero.

Milón se sentía como el príncipe de los cuentos de hadas.

Y tuvo que reírse, mientras que el cochero se volvía sonriente también.

Que linda es la vida y la libertad, si uno poseía fortuna, pensó.

Desde otro coche que se les cruzó, dos bellas romanas hacían señas con las manos y al contestarles de igual manera, agitaban alegremente un pañuelo en el viento.

—“*Portus Claudius*,” exclamó el cochero, al arribar al puerto después del largo viaje desde Roma.

Milón bajó del coche y le alcanzó el Tito de oro.

—“Tendré que ir a cambiar,” dijo el cochero, “en instantes estoy de vuelta.”

—“No es necesario,” contestó Milón “te lo puedes guardar.”

El cochero, sorprendido y estupefacto —nunca había visto semejante propina— lo miró y no sabía si hacía una broma.

Cuando Milón levantó la mano para saludar, el cochero hizo una grave reverencia y balbuceó:

—“Noble y distinguido señor...”

Pero Milón ya se había alejado en dirección de los depósitos de trigo donde, junto al aljibe, lo iba a esperar Vargo.

Lo encontró sentado en un banco de piedra, contemplando el movimiento multicolor del puerto y el ir y venir de la tripulación de los barcos.

Sin ser visto, Milón se acercó de atrás y le dió un empujón en la espalda.

Vargo, se levantó asustado cuando vió a un señor tan elegantemente ataviado y quiso cederle el asiento, como correspondía hacerlo por su condición de esclavo.

Milón dijo:

—“¿No me reconoces ya? ¡El vestido hace al hombre, Vargo!”

Y se reía ante el semblante perplejo de su amigo, quien evidentemente tenía dificultad en aunar el

rostro de Milón con la distinguida vestimenta que lucía.

—“Que aspecto tan cambiado que tienes, Milón! ¡Un verdadero y noble caballero! ¿Qué es lo que te ha sucedido, eres libre? ¿Ya no vuelves a nuestro barco?”

—“No, Vargo, mirá aquí bajo el brazo traigo al otro, al andrajoso Milón.

Ahora nomás, me transformaré en lo que fui. Pero sabes, era tan lindo ser caballero por un par de horas., viajar en coche y saludar a las hermosas romanas.”

Enseguida, le refirió a Vargo las aventuras del día.

Antes de bajar al bote, Milón cambió de indumentaria y el ‘noble caballero’ desapareció en el mismo bulto, atado con una cuerda de cuero, donde antes estaba guardado el andrajoso esclavo.

Poco después, estaban de regreso en el barco.

Durante el día siguiente hubo intensa actividad a bordo, pues se completó la carga.

En pequeños botes se realizaba el traslado, desde tierra, de los bultos, fardos y toneles.

Milón era uno de los remeros.

Cada vez que tocaba tierra, observaba los alrededores; pero, ni Tirios ni Floro aparecieron allí.

Después del último cargamento, Milón se convenció que su destino era nuevamente el viajar a África. ♣

## 15 la tempestad

Había transcurrido una semana ya y el ‘Alejandría,’ se encontraba navegando rumbo a Egipto.

Repentinamente se levantó un fuerte viento y hubo que arriar todo el velamen.

Vesonio y Vargo estaban ocupados en enrollar las velas cuando el primero gritó:

—“*¡Agarrate de la soga, sino las olas te van a arrastrar al mar!*”

Apenas pronunció Esa advertencia, una inmensa ola sobrepasó la cubierta y por poco arrastra a Vargo, dejándolo tendido en el suelo.

A la vez, el barco se inclinó peligrosamente a un lado.

En ese momento, Milón subía a la cubierta y vio a Vargo aferrado al borde del barco y casi desmayado por el golpe que se dió.

—“*¡Aguantá, Vargo! ¡Voy en tu auxilio!*”

A pesar de las muchas olas que barrían la cubierta, Milón y Vesonio lograron sujetar a Vargo, liberarlo de su peligrosa situación y llevarlo al interior del barco, en estado semi-inconsciente.

Milón aún tuvo que subir al mástil para arriar la última vela.

Desde el tope del mástil, que se bamboleaba peligrosamente, pudo contemplar al mar agitado, con sus encrespadas y rugientes olas estrellarse contra la frágil embarcación.

La intensa lluvia que caía lo dejó empapado.

La tormenta estaba en su apogeo, los relámpagos y los truenos se sucedían sin cesar.

Vesonio se quedó atónito al ver a Milón recogiendo el velamen.

La lluvia había mojado los nudos y era muy difícil desatarlos.

De rabia, se mordía los dientes.

Cuando ya tenía el velamen bajo el brazo y sólo le quedaba por desatar un nudo, una fuertísima ráfaga de viento se lo arrancó de las manos.

En un santiamén desapareció en el océano, que parecía un hervidero de aguas agitadas.

Con las manos vacías, Milón se acercó a Vesonio quien dijo:

—“*Un barco que pierde el velamen, naufraga, dice la gente de mar.*”

En la penumbra del interior del barco, su tripulación se hallaba acurrucada en brevísimo espacio, aguardando, llena de temor que la tormenta amainara.

El barco crujía por todos sus costados.

Nadie decía palabra alguna.

Allí estaban el guardián, el administrador y los esclavos, todos en un montón, unidos a vida y muerte.

De pronto, un grito:

—“*¡El barco hace agua!*”

Todos salieron corriendo.

—“*¡En la bodega inferior el agua está a la altura de las rodillas!*”

—“*¡Busquen los baldes y formen una cadena para desagotar!*”

Luego de la confusión inicial, los baldes de cuero, llenos de agua circulaban aceleradamente de abajo hacía arriba y una vez vaciados, volvían a la bodega inundada.

El guardián y el administrador fueron a inspeccionar la grieta por la que entraba el agua, en tanto los esclavos trabajaban febrilmente, tratando de desagotarlo.

A la débil luz de un farol, vieron que en la bodega el nivel del agua ya cubría la mercadería.

Era imposible encontrar la grieta por donde entraba el agua.

Pese al sobrehumano esfuerzo de los esclavos para desagotar el barco, el nivel del agua no disminuía y permanecía estable hasta la altura de las rodillas.

Afuera, incesantemente, bramaban las olas en la tempestad.

Durante horas los incansables marinos, empapados, se esforzaban en salvar a su barco.

Hacia el anochecer, la tormenta cedió algo y amainó el viento.

No obstante, el oleaje zamarreaba a la nave sin contemplación, cuál si fuera una cáscara de nuez.

En la bodega, entretanto, el agua subía más y más, pese a todos los esfuerzos que se realizaban.

Todos estaban convencidos de que la entrada de agua se había agrandado.

El guardián, ordenó que se cumplieran dos turnos de desagote.

## el profanador de textos

Milón y Vargo eran del primer grupo, que rendidos de fatiga, podían descansar dos horas, tomar agua y comer algo de pan seco.

—“Nos encontramos a tres días de viaje de Alejandría, tiempo suficiente para irnos a pique,” comentó Milón.

—“Podríamos aguantar tres días a flote, con suerte, con este sistema loco de desagote, siempre y cuando este viejo cascajo no se parta en dos,” agregó Vargo.

Cuando a las dos horas, ambos volvieron a su turno, observaron que el agua había subido nuevamente.

Sus compañeros, totalmente exhaustos, se abalanzaban sobre las jarras de agua, para humedecer sus bocas reseca y luego tirarse, como muertos, sobre la cubierta.

El nuevo turno, fresco, trabajando a casi el doble velocidad que el anterior, pudo frenar por un tiempo la entrada de agua.

Sin embargo, este ritmo no podía mantenerse por largo rato y, al reducirse, el nivel de agua subía incesantemente.

Tales altibajos se prolongaron durante toda la noche.

Con el amanecer del nuevo día, el viento aflojó casi por completo, de manera, que pudo colocarse otra vez el velamen.

También el mar se fue calmando.

En el interior del barco, el agua había llegado ya a la bodega intermedia, que era a la vez el lugar de estar y dormitorio de la tripulación.

Pese a que el barco llevaba relativamente poca carga, estaba profundamente hundido en el agua, siendo por lo tanto ínfima su velocidad de marcha.

Las tareas de desagote continuaban a ritmo creciente, porque era una carrera de vida o muerte, ante el peligro inminente de un naufragio.

El único bote salvavidas tenía capacidad para dos personas más dos remeros y fuera de duda, en un supuesto caso, lo ocuparían el guardián y el administrador.

Por otro lado, no se sabía si ello les significaría alguna garantía de salvación.

El administrador había ordenado observar el horizonte en busca de algún barco que por casualidad se cruzara en la ruta y de dar señales de auxilio mediante paños.

Los esclavos sufrían por la falta de agua para beber, pues las reservas que aún quedaban eran mínimas y hubo que racionarlas.

Milón, que era buen trepador, había subido en sus horas de descanso al mástil en busca de algún barco sobre la inmensa extensión del mar.

—“Vesonio,” gritó repentinamente, loco de contento, “¡me parece ver un velero a la distancia!”

De inmediato éste también trepó al mástil al lado de Milón.

Un pequeño punto blanco, cuál destello en el horizonte, fue confirmado por Vesonio:

—“¡Es cierto, es un barco! Lleva casi idéntico rumbo que nosotros, y si cambiamos el nuestro un tanto hacia el este, pienso que no tardaremos en acercarnos.”

Milón le dijo:

—“Baja y dile al timonel que yo le indicará el curso que debemos tomar.

Aún está muy atrás nuestro pero, aparentemente lleva igual itinerario hacia Alejandría.”

Esta noticia originó gran alboroto a bordo.

Al grito ‘barco a la vista,’ todo el mundo con o sin baldes, corrió para ver al salvador prodigioso, buscándolo en la dirección indicada por Milón.

A todo esto, el guardián pegó un grito: “¿Quieren ahogarse todos? ¡Vayan de inmediato a desagotar el agua! ¡Con mirar el horizonte nadie se salvará!”

Con nuevos bríos y esta vez llenos de esperanza, todos volvieron precipitadamente a las tareas de desagote.

También era muy necesario, pues en el ínterin, el agua ya había llegado en la bodega superior a la altura de las rodillas.

Ya no quedaba lugar alguno en el interior del barco como para acostarse.

El timonel calculó un curso adelantado para un eventual encuentro con el velero, el cuál, desde luego, navegaba a mayor velocidad.

Milón se había quedado en la punta del mástil a manera de práctico y Vesonio hacía de mensajero entre ambos.

—“El rumbo que llevamos es bueno,” exclamó al rato, “ya puedo diferenciar algunas velas.”

Entretanto, el guardián y Vesonio ataron una bandera a un palo largo, que agitaban en semicírcu-

lo, lo cuál indicaba que el barco estaba en peligro de zozobrar.

El administrador les permitió a los sedientos esclavos, en su agotadora tarea, tomar de las últimas reservas de agua que aún quedaban.

A bordo se escuchaban gritos de alegría contenida, puesto que también desde allí, era visible el velero.

—*“¿Cuánto apego a la vida tiene el hombre y hasta el más miserable esclavo la ama!”* pensó Milón desde su elevado puesto de observación.

—*“Milón,”* se escuchó de pronto a la voz de Vargo.

—*“Aquí, un último trago de agua para tí; ya no queda una sola gota en jarras o toneles.”*

Frente a ese ofrecimiento, bajó rápidamente del mástil, porque también a él le atormentaba una sed terrible.

En cortos sorbos bebió de la jarra ofrecida.

—*“Gracias, Vargo, casi me caigo de mi puesto de observación por el cansancio y el mareo. Vuelvo a mi trabajo de desagote, pero a este velero ya no lo perderemos.”*

*Pienso que en media hora más nos encontraremos, pese a que nuestro cascajo apenas si adelanta.”*

—*“Alto allí, Milón,”* gritó el guardián, *“ven aquí con Vesonio, para agitar la bandera.”*

Poco después, ambos pensaron:

—*“¡Éstos contestan! Señal que nos entendieron.”*

Claramente se percibía que a bordo del velero también agitaban paños para dar señales.

Al escuchar esta noticia, todos los esclavos dejaron sus tareas, para ver con sus propios ojos lo que sucedía.

Entonces, el guardián, les ordenó en tono severo, volver al trabajo.

Cuando el velero ya se halló tan cerca que se distinguían las personas a bordo, era evidente que se habían percatado de la situación peligrosa del ‘Alejandría.’ Por algunos gritos intercambiados con la tripulación del velero se podía inferir que tratarían de arrimar un barco al barco.

Todo el velamen del ‘Alejandría,’ fue recogido, de manera que se encontraba casi inmóvil en el mar.

El guardián ordenó subir a cubierta todo lo que aún se podía salvar y las tareas de desagote fueron suspendidas.

Se amontonaron velas, sogas, toneles y los últimos aprovisionamientos.

Realmente, era una suerte que no había oleaje alguno, pues la cubierta intermedia estaba casi cubierta por el agua.

Seguidamente, fueron fijados los garfios de abordaje del barco salvados al ‘Alejandría’ y la tripulación estalló en aplausos y gritos de júbilo.

El guardián y el administrador fueron los primeros que se trasladaron al ‘Neptunia’ —tal el nombre del velero— y saludaron a su patrón romano.

Se colocaron tablones entre las dos embarcaciones y todo lo amontonado se pasó al otro lado.

Al término de estas tareas y tras salvar también el pequeño bote, se recogieron las tablonas y se aflojaron los garfios de abordaje.

El ‘Alejandría,’ ahora sin conducción, estaba condenado a un hundimiento lento, pero inexorable.

Milón y Vargo se encontraron en la cubierta trasera del ‘Neptunia’:

—*“No lo hubiéramos podido mantener a flote más de medio día.”*

—*“Para nosotros tres, yo prepararé un salvataje. ¿Ves aquel tonel vacío con la red de pesca enrollada? Lo prepararé para que en caso de naufragio nos pudiéramos sujetar con los cintos.”*

—*“Tu invento, Vargo, es bueno; pero ese tonel probablemente hubiera alargado nuestros sufrimientos, de no ser descubiertos enseguida. ¿Quién se percata de un tonel en el océano?”*

—*“Tienes razón, y sin embargo, ¡todo aquel que se esta ahogando, se prende aunque sea de una tabla! ¿Qué sería de nuestra vida sin la esperanza?”*

—*“Un esclavo vive de la esperanza, de que un día entre cien, le traiga algún alivio.”*

*Hasta Alejandría, Vargo, ¡tendremos tres días de ocio!”*

Efectivamente, les tocó un corto período de descanso.

Tres días sin trabajo, ni emociones, en un espléndido mar calmo y con suficiente bebida y alimentos.

Al divisar la costa africana, el guardián llamó a los esclavos y les comunicó:

—“Antes de bajar a tierra, ustedes deben saber, que para nuestro patrón Calpurnio, el hundimiento del ‘Alejandría,’ significó una importante pérdida.

*Es muy probable que no compre otro barco.*

*He conversado con el patrón del ‘Neptunia,’ quien nos dará hospedaje por algunos días.*

*En este interin, nuestro administrador tratará con Calpurnio lo que se hará con ustedes.*

*Ahora hay que descargar las mercaderías y yo me quedaré aquí hasta que haya una decisión.”*

Después de esas palabras, el guardián dejó solos a los esclavos y Vargo le comentó a Milón:

—“Estoy seguro que Calpurnio no comprará un barco nuevo y a nosotros nos venderá.

*Para ello no hay mejor mercado que el de Alejandría.”*

La suposición de Vargo fue correcta y a los dos días, toda la tripulación del ‘Alejandría,’ fue llevada al mercado de esclavos. ♣

## 16 un nuevo amo

Aún cuando Milón ya paso por mano de varios amos, hasta ahora nunca fue expuesto públicamente en un mercado de esclavos.

Vargo le aconsejó ponerse la vestimenta romana, regalada oportunamente por Tirios y que pudo salvar del naufragio del ‘Alejandría.’

—“Con esa vestimenta tienes un aspecto magnífico y casi seguro que te comprarán para una casa distinguida.

*¡Así te salvas de convertirte en esclavo de galera!”*

—“Tienes razón, estoy un tanto cansado de navegar por los mares.

*Preferiría alguna tarea en tierra.”*

Los esclavos del ‘Alejandría’ estaban en exposición en el mercado, con otros cientos más.

Milón deseaba quedarse junto con Vargo, pues le resultó ser un buen amigo, que compartió con él buenos y malos ratos.

—“¿Cómo podríamos hacer, Vargo, para que no nos separen? Tú siempre tienes alguna buena idea.”

—“Si, pero aquí terminó mi buena inventiva.”

Con voz insegura y triste fueron dichas éstas palabras por Vargo.

El patrón anterior, Calpurnio, también acudió al mercado, para fijar los precios de sus esclavos y lograr, desde luego, los más elevados para poder desquitarse, aunque sólo parcialmente, de la pérdida que le significó el hundimiento de su barco.

Los compradores iban y venían.

Una mujer egipcia, ya algo mayor, vestida en forma llamativa y evidentemente adinerada, en compañía de su administrador, dieron comienzo a una inspección más detallada de los esclavos del ‘Alejandría.’

—“¿Cuánto cuesta éste?,” señalando a Milón.

Calpurnio Pisones mencionó una cifra y la mujer dió un grito de sorpresa:

—“¡Por ese dinero, me compro a otro más! También de este griego delgado, el precio bajará hacia la noche. Volveremos entonces.”

Burlándose, Vargo dijo:

—“Ojalá no te compre esa cabra, porque entonces estarás condenado a berrear con ella.”

—“¡Es cierto, en tal caso preferiría volver al mar o a cuidar cabras verdaderas!”

El patrón de un barco, conocido de Calpurnio, tuvo un prolongado trato con él y finalmente, compró a Vargo, Vesonio y otros dos, para su nave.

Milón, juntó todo su coraje y le preguntó a Calpurnio:



## el profanador de textos

—“¿No podría ser posible que yo me quedara junto con Vargo y Vesonio?”

Calpurnio lo miró extrañado:

—“Tú eres demasiado caro para el servicio marítimo.

A tí te venderé a precio de esclavo de categoría!”

Con cuántas ganas Milón hubiera desgarrado su vestimenta, pues creyó que sólo ella era la causa de la separación de sus compañeros.

Maldijo su idea de convertirse algún día en sirviente distinguido.

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se despidió de su amigo Vargo, con el que en una ocasión, en Pompeya, salvaron a un niño, hecho por el que se granjearon muy poco agradecimiento.

—“¡Adiós Vargo.  
No nos olvidaremos!”

Vargo inclinó la cabeza sin encontrar palabras de despedida.

Los cuatro prontamente se perdieron entre el gentío del mercado.

¡Cerca del medio día, se presentó un romano de aspecto severo, acompañado por un esclavo y lo inspeccionó detenidamente.

—“¿Ya fuistes sirviente en casa distinguida?”

—“En dos, señor.”

—“¿Dónde fue?”

—“Una vez en Grecia, en casa de Midias, en Atenas.”

—“¿Y la otra vez?”

—“En Estabias, en casa de Pomponiano.”

—“¿Cómo, en casa del rico Pomponiano, el dueño de una flota de barcos mercantes? ¿Por qué no se quedó contigo?”

—“Señor, después de la destrucción de Pompeya, sólo quedaron ruinas de su residencia y resolvió entonces volver a Roma.”

—“De manera que estuvistes allí en aquellos días trágicos.”

—“Si, señor, yo he presenciado la destrucción de esa bella ciudad.”

El romano se volvió nuevamente a Calpurnio y convinieron el precio.

Poco después, Milón y otro esclavo de nombre Lesco, se ubicaron en un coche.

El romano que los había comprado se sentó al lado del conductor.

Al comienzo, tomaron dirección al sur, mas luego doblaron hacia el oeste y así siguieron por un par de horas en el calor del mediodía.

El viaje se efectuó a buena velocidad, con cortos intervalos para dar de beber a los caballos.

Milón se mantenía mudo y ensimismado.

El otro esclavo intentó varias veces iniciar una conversación:

—“El que nos compró no es el amo que tendremos.

Es su administrador.

Lo escuché cuando me compró a mí.

Ojalá nos toquen tareas limpias.

Yo vengo de una casa distinguida de Alejandría, pero a los patrones no les fue bien económicamente.

Tú, ¿de dónde vienes?”

—“De un barco, donde cargaba bolsas.”

—“¿Y cómo tienes vestimenta tan linda? ¿O sólo te la pusieron para la venta?”

—“¡Así es!”

—“Me lo imaginaba; es una vestimenta muy buena.”

Milón no tenía interés en contarle más detalles de su vida al curioso interrogador y seguía contemplando aburrido al paisaje que cruzaban.

Cerca del anochecer, el coche arribó a una finca construida al estilo romano.

En su interior, había un amplísimo patio adoquinado, rodeado de edificios.

A Milón le llamó la atención la magnífica casa y el hermoso parque.

Era la residencia de Andario, un viejo jefe militar romano y de su esposa Pirra.

Después de una agitada vida de guerrero en las campañas orientales, al servicio del Emperador, pasaba aquí sus años de retiro.

No se preocupaba mayormente por la finca, pues ello estaba en manos de un administrador, que a su

## el profanador de textos

vez, mantenía rígida disciplina de los numerosos sirvientes y peones esclavos.

Su riqueza era proverbial y sus depósitos de granos y de lana, aumentaban de año en año.

El coche fue recibido por un peón encargado de las caballerizas, quien enseguida los desenganchó.

El administrador se dirigió a los dos novatos y les dijo:

—“Allí enfrente está el pozo del agua; ved y lavaos.

Pronto los buscaré para que el amo los conozca.”

Luego se encaminó hacia la residencia, subiendo una escalinata que llevaba a la terraza, en la que Andario solía estar a ésta hora.

Efectivamente, allí estaba con su esposa, escuchando la cantinela monótona de una esclava al son de una lira.

El administrador saludó a la pareja y les anunció:

—“Si a los señores no les incomoda, puedo presentarles a los dos esclavos que compré hoy en el mercado de Alejandría.

Uno de ellos está previsto como sirviente en la casa y el segundo, como pastor de ovejas en el campo.

Les agradeceré a los señores seleccionar personalmente, cuál de los dos servirá en la casa.”

miró a su mujer Pirra y le dijo:

—“¿Estas conforme que sea esta noche o lo dejamos hasta mañana?”

—“Traélos acá, que los vamos a examinar enseguida.”

Cuando el administrador volvió al patio del aljibe, los dos esclavos terminaban de higienizarse y estaban ocupados en ordenar su vestimenta.

—“*¡El taparrabos es suficiente! En los esclavos valen los músculos, no el traje.*”

Al llegar a la escalinata que daba a la terraza ambos esclavos se quedaron parados y se inclinaron sumisos ante la vista de los amos.

Sus frentes tocaron la escalinata.

El administrador los acompañó y los presentó:

—“*Este es Lesco, el moreno de constitución fuerte, que bien podría haber sido destinado a remero en las galeras.*

*Estuvo en el servicio doméstico en Alejandría.*

*Este otro es Milón, el griego, antes en el servicio marítimo, pero también en el doméstico en Pompeya.*”

Por unos instantes, Andario examinó a ambos con vista penetrante:

—“*¡Buscad flores en el jardín y traedlas aquí!*”

Lesco, el moreno, se encaminó rápidamente hacia el jardín, mientras que Milón, titubeando, lo seguía.

Al rato volvió Lesco con un abundante ramo de flores.

Buscó un florero, lo llenó de agua y ordenó servicialmente las flores, para colocarlas finalmente sobre la mesa de piedra.

Poco después llegó Milón con un ramillete de rosas amarillas.

Al ver que Lesco ya había utilizado el único florero disponible, se dirigió algo vacilante a su ama y con un.

gesto amable se las ofreció.

El señor, al ver esto, rompió en una carcajada sonora, ¡pues nunca había visto que un esclavo le haya ofrecido flores a una patricia romana!

—“*Pirra, tú has encontrado un nuevo admirador! ¡Este sí que se presenta de color rosa! Siempre tendrá preferencias para tí y a mí me dejaría morir de hambre.*

*Pienso, que nos quedaremos con el moreno Lesco.*”

Dirigiéndose a éste, le dijo:

—“*La decisión recayó en tí por haber observado enseguida el florero y su uso.*”

Al retirarse, Lesco escuchó como Pirra le comentó a Andario que, no obstante su timidez, hubiera preferido a Milón para el servicio doméstico.

Esto le desagradó sobremanera.

Pirra, en cambio, sabía perfectamente que si Andario había tomado una decisión, no le agradaba revocarla.

Por indicación del administrador, Milón tuvo que entregarle su vestimenta a Lesco y ponerse a su vez, su andrajoso saco, pues servía mejor para cuidar ovejas.

En la finca trabajaban numerosos esclavos; la mayoría estaba ocupada en las tareas del campo, otros actuaban en las caballerizas y unos pocos en la casa y cocina.

Para todos, había un dormitorio común encima de los establos y allí, sobre bolsas de paja, pasaban la noche.

Solamente el casero —un esclavo viejo y meritorio— tenía un cuarto separado, al lado del administrador y dentro de la casa principal.

Durante la noche, grandes perros mastines cuidaban la finca y ante cualquier intento de fuga de algún esclavo, lo hubieran hecho pedazos.

Los dos esclavos novatos fueron ubicados en el último rincón del vasto dormitorio.

Esa primera noche y cuando ya se habían acostado sobre sus bolsas, Lesco le dijo a Milón:

—*“¡Estoy contento de haber sido elegido para el servicio de la casa! Los amos son amables y me encuentro satisfecho.*

*¡Hoy comí ganso asado! A tí, ¿cómo te fue, Milón?”*

—*“Estuve cuidando las ovejas en el campo.*

El administrador me facilitó un palo grande, pues suele ocurrir que perros salvajes atacan a los rebaños.

Mi comida se compone de pan y frutas.

Me tomé un buen descanso a mediodía, a la sombra de un olivo, porque el sol quemaba fuerte.

El campo se halla rodeado de matorrales, desde los cuales pueden irrumpir los perros salvajes para atacar las ovejas pero, por suerte, tengo un perro ovejero, que es buen guardián y da aviso ante cualquier anormalidad.

Al relatar todo esto Milón, Lesco pensó para sí: ¡Que trabajo miserable! Yo tuve mejor suerte.

¡Ojalá todo quede como está! ¡Con tal que la ama no lo quiera cambiar por mí!

¡Lesco no se olvidaba que ella lo hubiera preferido a Milón! ♣

## 17 un encuentro extraño

Esto ocurrió durante un día muy caluroso, afuera, en el campo.

Milón se hallaba descansando en la sombra de unos árboles y comía su almuerzo frugal.

Las ovejas también buscaban el fresco en los alrededores de su pastor.

Algunas pocas pastaban un tanto más alejadas.

Milón quería dormir un rato, pues estaba muy cansado, cuando, repentinamente, las ovejas más dispersas comenzaron a huir y pasaron en loca carrera a su lado, incluso atropellando a las que estaba recostadas.

En un instante, toda la manada salió disparando y balando desesperadamente.

El perro ovejero trató infructuosamente de atajarlas, pero fue inútil, porque la huida era general.

Milón saltó asustado y palo en mano trató de indagar la causa de esta fuga.

Miré en la dirección que tomó la manada pero solamente se veía la nube de polvo que levantaron los animales en su carrera.

¿Qué hacer? ¿Quedarse allí? ¿Dejar que el perro las volviera al lugar donde habían estado? Entonces, y por mera casualidad, dirigió su mirada hacia los matorrales de donde provenía el alboroto.

Sus ojos se agrandaron y un tremendo susto lo embargó: ¡allí estaba parado majestuosamente un león, mirándolo fijamente!

Milón pensó: ¿Cómo puedo ponerme a salvo?, huir era imposible, puesto que el león lo hubiera alcanzado de todas maneras.

Había una sola escapada y era treparse al primer árbol.

Así lo hizo y desde la altura vió como el león se acercaba lentamente al árbol.

No obstante, se sentía muy seguro, pues sabía que los leones no trepaban los árboles.

Pero, ¡qué andar curioso tenía el animal! Cada vez que apoyaba la pata izquierda delantera la misma se doblaba.

Milón lo observó detenidamente y se dió cuenta que cada movimiento le ocasionaba gran dolor.

De improviso, se quedó parado y con mirada desesperada, como si pidiera auxilio, levantó la pata y se puso a lamerla.

Se veía claramente que pedía ayuda, pues no dejó de mirar a Milón lanzando un grito de dolor.

Así lo interpretó éste, viendo como el león se sentó al pie del árbol y levantaba la pata dolorida.

Por un instante le cruzó por la mente que, quizás, podría ser una treta para que bajara del árbol y luego abalanzarse sobre él.

Pero de inmediato desechó tal idea, porque al león le hubiera sido fácil buscarse alguna presa en la manada de ovejas.

¡Nunca en su vida Milón había visto tan de cerca a un león! Era un ejemplar macho de fuerte textura y abundante melena.

En realidad, su comportamiento no coincidía demasiado con su porte majestuoso y de esa gargan-

ta se esperaban otros sonidos que esos lastimosos gemidos.

Un sentimiento de compasión embargó a Milón al ver sufrir al majestuoso animal.

Debía estar herido.

Con toda precaución bajó algo del árbol.

El león contestó con la elevación de la cabeza y con un corto gemido, levantando nuevamente su pata.

Milón observó entonces que la pata izquierda estaba hinchada y era de mayor tamaño que la derecha.

Evidentemente estaba inflamada.

Entendía perfectamente que el león pedía auxilio; pero ¿un león es un león! ¿Podría atreverse y acercarse al animal? ¿No podría despertar su vieja agresividad? Bajó unos metros más del árbol lo que fue recibido de parte del león con unos llorisqueos de satisfacción.

Milón decidió ir en auxilio del pobre y sufriente animal.

¡Qué contradicción: la estampa majestuosa y la solicitud de auxilio! A Milón lo impulsó una inquietud aventurera de acercarse al temible animal.

El león se había acostado y se lamía la pata enferma.

¿Se habría clavado una astilla o una piedra filosa que no podía sacar?

Lentamente, Milón bajó del árbol, pero siempre mirando fijamente al león.

Finalmente, con todo coraje, se animó a pisar el suelo, pero dispuesto a trepar rápidamente al árbol.

El león parecía no querer asustar al pastor y se recostó sobre un lado, con la pata en alto.

Curiosamente, ¡todo temor había abandonado a Milón! Su problema era ahora cómo ayudar al león y constatar lo que le ocurría.

Estaba a pocos metros del animal y chasqueó suavemente con la lengua, como había aprendido a hacerlo con las ovejas, cuando se atascaban en el matorral espinoso y no podían salir por esfuerzo propio.

Avanzó aún más y el león le alzó la pata enferma.

Entonces, Milón le habló cariñosamente:

—*“¡Muéstrame tu pata! A ver, así...”*

Milón tomó la pata y la sujetó algo más arriba, donde la sensibilidad era menor.

A simple vista observó entonces una gran espina de cacto, clavada en la pulpa de un dedo.

Ahora era cuestión de sujetarla firmemente y extraerla, con un movimiento rápido.

Por suerte, el absceso purulento que se formó ablandó, en cierta forma, la zona afectada y Milón pudo eliminarla suavemente.

La espina tenía un tamaño considerable y estaba profundamente incrustada, lo cual sin duda le producía gran dolor al animal, y ello a su vez lo indujo a buscar la cercanía del hombre en procura de ayuda.

Una vez extraída la espina, salió abundante pus y sangre de la herida, que le produjo cierto alivio inmediato al león.

Milón le acarició con la mano la melena y el león contestó con evidente placer, lamiéndole los pies.

El animal herido, debió estar muy agotado y sus sufrimientos databan de algunos días, lo que a su vez había impedido que se alimentara y descansara adecuadamente.

De pronto, recostado sobre un lado, se durmió plácidamente, colocando la pata enferma sobre la sana.

Por unos instantes, a Milón se le cruzó por la mente la idea de partirle al león el cráneo con una piedra pesada, hecho que a todas luces lo hubiese prestigiado en el concepto de Andario.

También a Pirra le hubiera gustado la hermosa piel como adorno o como alfombra.

Sin embargo, de inmediato descartó semejante proceder.

Nuevamente lo acarició como diciendo:

—*“Ahora, tú eres mi amigo y nada malo te ha de ocurrir.”*

Recién entonces, volvió a su recuerdo el rebaño de ovejas a su cuidado, del cual no se divisaba animal alguno.

¿Se habrán refugiado en los establos de la finca, junto con el perro? ¡Eso es lo que debe haber ocurrido! Sigilosamente, Milón se alejó del león dormido y recogiendo su palo, pensó: Debiera tenerse un acompañante tan fuerte, amigo y protector, cuando era maltratado como esclavo despreciable.

De buenas ganas lo hubiera despertado y montándolo, hubiera gritado:

—*“Dejadnos cabalgar juntos hacia un mundo mejor y más libre, sin guardianes ni perros negreros, y sin miedo!”*

Ah, Milón sabía que esto sólo eran sueños y fantasías, pero ¡era tan lindo soñar con esas ilusiones!

Ahora, sin embargo, debía abandonar al león.

Pronto vendrían de la finca a buscarlo, al comprobar que el rebaño de ovejas había vuelto sin él.

Vacilante, dejó el escenario: la sombra de los árboles, al león y a sus sueños de libertad.

Cuando ya había iniciado un regreso acelerado, detuvo sus pasos.

Pensó que su amo romano bien podría organizar una partida de caza al enterarse de lo ocurrido y matar a 'su león.' ¿Volvería mañana el león a visitarlo? Los animales son, en ocasiones, más agradecidos que los humanos.

Quizás lo podría domar, aquí en la soledad.

Total, ya había hecho amistad con él.

Los olivares se perdían cada vez más en la lejanía.

—“*No, no diré nada del león, porque sino lo tratarán de cazar!*”

El sitio donde había quedado el león, a la sombra de los árboles, apenas se veía ya; la distancia se agrandaba y la atmósfera caliente del mediodía borraba la visión. ♣

## 18 el regreso

Cuando Milón se acercaba a la finca vio que un grupo de personas iba a su encuentro; entre ellos estaba el guardián.

Llevaba atados a sendas sogas a los dos perros mastines.

De pronto, lo vieron; el guardián debió suponer que había intentado fugarse al ver que el rebaño de ovejas volvió sólo.

¿Lo querían perseguir con los mastines? Al encontrarse, vio la cara furiosa del guardián, la que no presagiaba nada bueno para él.

Con el mango del látigo se golpeaba el costado.

Daba la impresión que lo iba a azotar en cualquier momento y le gritó:

—“*¿Qué te pasa? Por que no cuidas a los animales? ¡Maldito bribón, te voy a enseñar ahora, a dejar sola a la manada!*”

He hizo ademán para azotarlo cuando Milón le contestó:

—“*Señor, el león, el león!*”

El guardián bajó la mano y replicó:

—“*¿Qué león? ¿Tú has visto un león?*”

—“*¡Sí, señor! ¡Por ello huyeron las ovejas!*”

—“*¡Cuéntame!*” ordenó el guardián, con gran curiosidad.

—“*Señor, a mediodía, cuando descansamos a la sombra de los olivos, se armó de pronto un alboroto entre los animales y todos huyeron con gran estrépito, junto con el perro ovejero.*”

Al querer averiguar el motivo de todo esto, se me acercó un león desde los matorrales, de manera que tuve que escapar, trepándome a un árbol.

Allí, aguardé, hasta... hasta... que ya se fue porque no pudo atacarme.

A Milón se le atragantó la frase en la garganta.

Pero al indagar el guardián sobre el tamaño y la edad aproximada del animal, pudo evitar de contarle el resto de lo sucedido...

—“*Esto lo debo informar de inmediato al señor,*” opinó el guardián, “*por que aquí en la zona de Alejandría hace muchos años que no se ha visto ningún león.*”

Durante la marcha de regreso, Milón tuvo que caminar al lado del guardián y llevar los perros.

Debió relatar otra vez lo ocurrido y, nuevamente, Milón dejó de mencionar la parte principal de lo acontecido.

¡Esto lo consideraba como 'su secreto'!

Al regresar a la finca vieron que las ovejas descansaban plácidamente en los establos y no se les notaba para nada el pánico vivido.

El guardián se dirigió enseguida, en compañía de Milón, al encuentro de Andario.

Éste se hallaba en la terraza con su mujer, la que escuchaba los cánticos monótonos de la esclava egipcia.

Lesco les anunció a los señores que el guardián traía un informa importante.

Andario ordenó que pasara enseguida, puesto que era siempre bien recibido cualquier hecho que interrumpiera el tedio diario.

—“*Que me informen de la novedad!*”

Poco después, el guardián y Milón subieron la escalinata que daba a la terraza donde, anteriormente, le había entregado las rosas a Pirra.

Con semblante importante y aires de suficiencia, el guardián relató la aparición de un león en la finca.

También Milón tuvo que dar su información y otra vez, se cuidó bien en no mencionar el final del episodio.

Mientras ambos hacían sus relatos, Lesco los escuchaba de cerca.

También Pirra observaba a Milón haciendo una comparación entre los dos esclavos y llegando a la conclusión, de que éste era más agradable para el servicio doméstico.

El viejo jefe militar escuchó con gran interés lo referido por el guardián y Milón.

A medida que avanzaba el relato, se fue incorporando más y más en su lecho.

Sus ojos brillaban como en años juveniles, cuando se aprestaba a entrar en una batalla.

Además, frecuentemente y con entusiasmo, participó en partidas de caza de animales salvajes; también le atraía la caza de animales vivos mediante trampas y redes.

Más de una vez, llevó a Roma, después de sus campañas militares victoriosas, no sólo a esclavos sino, además, animales salvajes de todo tipo.

Lo que Milón temió, ocurrió: Andario, ordenó que prepararan un coche con el cual decidió visitar al dueño de una finca vecina y proponerle realizar en conjunto una cacería del león.

De esa forma era posible cazar, o bien apresar, al león.

Milón se dirigió, entretanto, a las empalizadas de las ovejas, para efectuar allí un arreglo.

Fue entonces que observó a Pirra conversando animadamente con Andario y por los gestos que hacía, se dió cuenta que el señor estaba conforme con lo que le proponía.

Primero pensó, que quizás le aconsejaba de no participar de la cacería del león, pero, luego lo descartó.

Al partir el coche, Pirra, hizo algunas señales amistosas de despedida, de manera, que no podía ser que le hubiera pedido desistir de la partida.

Pronto Milón se enteraría de lo tratado. ♣

## 19 un servicio distinto

Poco después de ésta escena de despedida, apareció el guardián en el corral y llamó a Milón.

¿Qué es lo que pasa ahora? En forma lacónica, el guardián ordenó:

—“*¡Vete con Lesco al dormitorio y cambien de vestimenta! Desde hoy a la noche, tú te encargarás del servicio doméstico de la casa. Lesco será pastor y cuidará las ovejas. Hasta que no se haya aclarado la cuestión del león, el rebaño no se alejará de la finca.*”

Milón se sorprendió tanto por estas palabras que no atinó a contestar.

En realidad, le había gustado cuidar las ovejas, pero así no podría volver a ver al león, allí en el monte de los olivos.

—“*¿Y hasta cuando...?*” lo increpó en tono imperioso el guardián.

—“*Sí, señor, ya voy. ¿Dónde esta Lesco?*”

—“*Ya lo mandé arriba; te está esperando para explicarte tus nuevas tareas.*”

## el profanador de textos

*Esta noche te podrá ayudar al servir.”*

Con estas palabras el guardián’ lo despidió y Milón se dirigió al dormitorio.

Allí encontró a Lesco sentado sobre su bolsa de dormir, con la cara pálida y cargado de agresividad. Enseguida le gritó furioso:

—“*¡Sos un desgraciado! ¡Te hicistes el simpático con la ama, que ahora me echó y te tomó a tí! ¡Perro sarnoso!*”

—“*Lesco,*” le contestó Milón, “*nunca fue mi deseo entrar en el servicio doméstico de la casa.*

*Adoro las ovejas, la tranquilidad del campo y la sombra de los árboles.*

*Pero no puedo cambiar de ninguna forma la voluntad de la ama.*

*Bien sabes que somos esclavos: seres humanos que se compran o se venden como si fueran animales.*

*¡Y al mejor postor!”*

Sin embargo, estas palabras no lograron apaciguar a Lesco:

—“*Tú te haces el inocente; sos un vil adulator.*

*El cuento del león lo inventastes para hacerte el importante.*

*¡Es realmente ridículo pensar en un león en Alejandría! ¡Sos un mentiroso, un embustero!”*

Milón no sabía que contestarle.

Cuando una persona se halla obcecada así, no acepta la verdad y da una interpretación equivocada a las palabras.

Después de un rato en silencio, Milón trató de justificarse nuevamente:

—“*Lesco, tu desilusión te ha cegado.*

*Vuelvo a asegurarte que es la pura verdad, que me enfrente hoy con un león en el monte de los olivos y te diré aún más: tenía una astilla metida en la pata y yo se la extraje.*

*¡Después me lamió las manos y pies!”*

Mientras Milón contaba eso, Lesco, se sonreía incrédulamente:

—“*¡Escuchen a éste embustero! ¡Un león le lamió los pies! ¡Por qué no le contastes eso a Andario? Entonces seguro que no hubiera organizado una partida de caza.*

*Si no encuentran al león, te va a salir cara esta historia.*

*¡Yo me encargaré de contar estas fantasías tuyas y luego volveré a reír!”*

Con risa maliciosa, Lesco, se arrancó su vestimenta del cuerpo, tirándola a los pies de Milón.

Éste, a su vez, le devolvió sus harapos de pastor.

De acuerdo a lo ordenado por el guardián, Lesco le informó someramente y de mala gana, de las tareas de servicio que debía cumplir.

Andario no había regresado para la hora de la cena y Pirra comió sola.

Bajo la supervisión del bedel, Milón sirvió los distintos platos, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

Temía por la vida y la libertad del león.

Ya muy tarde en la noche, volvió el coche con el señor y una luna brillante le iluminó el camino.

A su mujer, le contó:

—“*En la casa de mi amigo estuvo de huésped un capitán del ejército romano que, entre otras cosas contó, que en la actualidad sus soldados no tenían ocupación mayor, puesto que estaban esperando nuevas órdenes desde Roma.*

*Con mucho placer pondría a nuestra disposición un contingente de ellos para organizar la batida del león.*

*Ahora sí, con la condición que el león capturado debía presentarse en la Arena de Alejandría, en el próximo otoño y destinarlo a la lucha entre fieras.*

*Igualmente era del conocimiento del capitán que en las intermediaciones había aparecido un león, que produjo pánico entre los campesinos.*

*Posiblemente, se trataba del mismo animal visto por Milón en mi campo.”*

Pirra se puso contenta al saber que su marido sólo quería ocuparse de la organización de la cacería, sin intervenir en su parte activa.

Finalmente, le agradeció por haber autorizado el cambio en el servicio doméstico.

En el dormitorio de los esclavos, el único tema de la noche era Milón y el león.

Sólo Lesco no participaba del mismo y estaba tendido sobre su bolsa de dormir, meditando amargado en su venganza.

Tampoco mencionó el episodio de la eliminación de la astilla, que Milón no había comunicado a los demás.

Temía que si ello fuera cierto se le brindaran aún más atenciones y honores.

En su interior ardía de rabia y odiaba por haber sido desplazado del agradable servicio doméstico.

## el profanador de textos

En cambio, ahora debía sufrir los calores en el campo, el polvo que levantaba el viento, alimentarse a pan seco y ni qué decir de la soledad y el tedio.

Sus pensamientos estaban en constante actividad: ¿cómo podía hacer para desplazarlo otra vez de la casa y del servicio doméstico? Estaba firmemente convencido que Milón le había escamoteado su puesto en la finca.

Por de pronto, ya se propuso algo: para el caso que no se cazara al león o, simplemente, no fuera visto, podría desenmascarar a Milón como embustero, que inventó toda la historia, para hacerse el importante y, con esa treta, volver al servicio en la casa.

Entonces, se descargaría la furia de Andario sobre Milón al haberlo engañado e inducido a efectuar una cacería del león en base a una mentira del esclavo.

¡Quizás sería azotado a muerte! Lesco estaba seguro que volvería al servicio doméstico.

Por ahora, no quería que se le notara nada y esperaría hasta el día de la venganza.

Milón tuvo esa noche un servicio prolongado, por la llegada tardía del señor.

Fue el último que llegó al dormitorio de los esclavos.

Enseguida fue rodeado por los demás, que inquirieron curiosos sobre mayores detalles de su aventura.

Estas preguntas cargosas le molestaban y les pidió:

—*“Déjenme en paz por favor, estoy cansado y quisiera dormir!”*

Al lado suyo estaba tendido Lesco y aparentaba estar dormido.

Al oír los pasos del guardián sobre la escalera, todos corrieron a sus lugares de descanso, haciendo como si ya durmieran.

El guardián entró con un pequeño farol de aceite.

Controló si todos estaban en sus bolsos de dormir y cuando llegó al sitio donde se encontraba Milón le dijo amigablemente:

—*“¡Escucha, Milón, pronto le tocará el turno a tu león.*

*Mañana se hará la gran batida y si quieres, puedes acompañar al patrón en la cacería!”*

—*“Señor, haré lo que ustedes ordenen, pero si puedo elegir, preferiría quedarme en la casa.*

*La patrona me pidió servicios especiales.”*

El guardián tuvo que reírse benévola y replicó:

—*“Entonces, ¡quédate en la casa! Yo iré a la cacería, pues es un acontecimiento que se ve muy poco en éste país.”*

Luego se dirigió a Lesco y le sacudió la espalda, preguntándole irónicamente:

—*“Y a tí, ¿te gustan las ovejas y el pan tostado?”*

A lo que éste respondió:

—*“Señor, yo siempre cumplo con mi deber, para tu mayor satisfacción!”*

—*“Ten cuidado,” observó sarcásticamente el guardián, “porque podría ser que el león te devore antes que logremos cazarlo con la red. Entonces, como castigo, te haré azotar.”*

Tuvo que reírse por su broma pesada y los demás esclavos también festejaron la ocurrencia del guardián.

Pronto abandono el dormitorio y allí volvió el silencio, en una atmósfera pesada y sofocante.

El cansancio vencía a los fatigados esclavos, con excepción de Lesco, quien no pudo conciliar el sueño.

Además, la risa maliciosa de los compañeros le llenó el alma de amargura. ♣



## 20 el día de la caza del león

En la madrugada del día siguiente estaban en plena marcha los preparativos para la batida del león en el monte de los olivos y palmeras.

Milón vio salir el coche con Andario, acompañado por el guardián, un peón y otros dos criados, los cuales fueron todos muy útiles durante la cacería.

Los siguió un tiempo con la mirada y pensaba:

—*¡Ojalá el león haya abandonado los matorrales.*

*Su pata aún debe estar herida y no está en condiciones de desplazarse con rapidez.*”

¡La idea de que podría caer vivo o muerto en manos de los romanos lo atormentaba! También se sentía como si fuera casi un traidor.

Las horas transcurrían y cada vez que ladraba un perro, Milón corría a la terraza, desde donde se podía ver la llegada de los cazadores.

—*“Después del mediodía arribó uno de los mensajeros enviado por Andario, con una misiva para Pirra: ‘El león fue cazado! El señor ruega preparar para la noche una cena festiva para diez comensales.’*

Esto significaba mucho trabajo para el personal de la cocina y, a la vez, para Milón.

Pudo indagar sólo brevemente al mensajero y éste comentó:

—*“Una gran cantidad de batidores, con amplias redes, cercaron al león, después que los perros lo hubieran localizado en los matorrales.*

*No fueron necesarias ni las lanzas ni otras armas, porque el animal no era demasiado salvaje.*

*Fue cercado desde tres frentes y con las redes pronto se lo pudo inmovilizar.*

*Ahora ya lo transportan en un carro a Alejandría, donde lo mostraran en los juegos de otoño.”*

Milón escuchó este informe con febril atención y tranquilidad, porque era evidente que al haberse encontrado al león, no se le podía acusar por engaño.

Lamentaba solamente que el noble animal no pudo evadirse a la libertad de la estepa.

Pero, ahora, no había tiempo para nuevas preguntas, pues cocineros y ayudantes de cocina estaban demasiado ocupados en la preparación del banquete nocturno en honor a los cazadores del león.

Al anochecer arribaron varios coches y en uno de ellos estaba Andario.

Hubo un gran recibimiento de parte de Pirra y el bedel.

Andario le obsequió orgulloso, a su esposa, un mechón de la melena del león.

Su alegría y su sonrisa daban al severo militar un aspecto singularmente juvenil.

Algo más alejado de la casa y cerca de los establos de las ovejas se hallaba Lesco, observando el movimiento de la gente.

Cuando vio que Andario presentó a Milón al capitán romano, festejándolo como héroe del día y descubridor del león, lleno de ira cerró los puños.

Se percató, igualmente, que Andario le entregó algo en mano al esclavo, por lo que éste le dió efusivas gracias.

En la mesa también se ubicó el capitán romano, junto a un grupo de oficiales.

A Milón le favoreció su natural habilidad y rapidez al servir la comida y ofrecer el vino.

Escuchó atento los detalles de la conversación que, inicialmente, se relacionaba con la cacería, que el león no era muy salvaje y que sólo cuando se halló atrapado en la red, atinó a defenderse, arrancándole a uno de los ayudantes de caza un músculo de la pantorrilla.

En el curso de la reunión se comentaron diversos acontecimientos guerreros recientes y algunas conquistas romanas de relieve.

Milón seguía con atención estas informaciones y tuvo especial cuidado que los vasos siempre estuvieran llenas de vino.

Repentinamente, la conversación se centró sobre ideas extrañas que hicieron irrupción en Roma y que impresionaron desfavorablemente en los círculos allegados al Emperador.

—*“Pero, ¿de que ideas y gente se trata?,” preguntó Pirra.*

El capitán romano, explicó entonces:

—*“Se denominan cristianos y creen en un sólo dios, el que bajo el reinado de Tiberio, fue crucificado en Jerusalén.”*

## el profanador de textos

—“¿Cuál es la razón por la que el Emperador es contrario a ellos? ¿Acaso los romanos no veneran a numerosos dioses y hasta le han dado cabida en sus templos a dioses extraños?”

El capitán prosiguió:

—“El dios de los cristianos es distinto a los dioses que se conocieron hasta ahora.

Parece que vivió como hombre en la tierra y al morir resucitó como dios.

Lo llaman el dios del amor y por ello los cristianos no quieren ser soldados, ni tampoco quieren matar.

¡Pero, Roma y el Emperador necesitan soldados! En caso que ese dios se imponga en los dominios romanos, se derrumbaría todo el imperio.

Eso lo sabe el Emperador y por consiguiente los oprime y persigue.”

Andario agregó:

—“En el último ejército que yo conduje había un grupo de soldados egipcios que se titulaban cristianos.

Eran muy obedientes, pero no participaban de los ritos sagrados de los dioses.

Yo los dejé actuar.

Uno de ellos me dijo, que actuaban conforme al principio: ‘¡Dad al César lo que es del César y a dios lo que es de dios!’ Ello me pareció lógico y los dejé tranquilos.

He oído que existen ermitaños que viven en cuevas solitarias, hacen ayuno voluntario, dedican su existencia a dios y desprecian al mundo.

Si esta nueva religión se expande, nuestro pueblo estará condenado a extinguirse.

Por eso digo: ¡Qué vivan nuestros dioses romanos, Marte, Venus y Júpiter, y que perdure la potencia y la riqueza de Roma!”

Aquí Andario se levantó y tomando su copa brindó por el Imperio.

Los demás comensales le dieron su total apoyo.

Luego, la conversación volvió otra vez a cauces normales y se discutieron relatos de caza y demás.

Milón pensó: ‘Los romanos tienen sus dioses, que los hicieron ricos y poderosos.

Para nosotros, tos pobres esclavos, no hay dioses y los de Grecia están muy lejos.

Nunca tuve padre ni madre que me hubieran podido contar de un dios de los esclavos.

De mis compañeros no conozco a ninguno que adore a los dioses romanos.’

Repentinamente, le sobrevino una gran tristeza, cuando descansó un rato en la galería, apoyado sobre un jarrón de vino.

A los bebedores romanos se los veía en la luminosidad flameante de las lámpara de aceite.

Los insectos nocturnos, atraídos por el resplandor, se precipitaban y quemaban en las llamas.

Los romanos son como las orgullosas llamas; nosotros, los esclavos, somos los torpes insectos, meditaba Milón.

Pero, al dirigir su vista al cielo estrellado, recordaba aquellas noches serenas en Delfos, cuando de muachacho cuidaba ovejas y no conocía otro libro que el de las estrellas.

En aquellos tiempos se imaginaba la existencia de un dios más allá de las estrellas que, sin embargo,

estaba tan lejos, que no se animaba a rezarle, ni a hablar con él.

De pronto, Milón recibió un empujón en el costado.

Era el casero, que le chilló:

—“¡Estas soñando! ¡Rápido, da la vuelta, las copas ya están casi vacías!”

Milón se incorporó al instante y casi se le cae la jarra de vino.

Con redoblado cuidado dedicó su atención a las tareas encomendadas, dejando de lado, por el resto de la noche, los sueños de estrellas y de dioses.

Pasada la medianoche, se despidieron los alegres huéspedes.

Milón tuvo que ayudar a enganchar a los caballos y poco después salían los coches, tronando sobre el adoquín, en la noche oscura.

Al caminar hacia el dormitorio, sacó la moneda de plata que Andario le había regalado hoy.

A la luz de la luna observó la efigie del Emperador de Roma, del que se decía que se parecía a los dioses inmortales.

¿También esta moneda le traería la suerte inesperada, como en su tiempo el Tito de oro? ¿Dónde debía guardarla? En su condición de esclavo no tenía armario, ni cajoneras.

Finalmente, le pareció como lugar más seguro, su bolsa de dormir.

Así, podía descansar sobre la moneda imperial y de día la guardaría en el cinto, pudiendo contemplarla y alegrarse de ella. ♣p

## 21 engañado y golpeado

Los días transcurrían uno tras otro.

A Lesco le resultaban cada vez más inaguantables sus tareas monótonas de pastor, expuesto a las contingencias del tiempo, generalmente muy caluroso.

Tampoco se podía avenir a su régimen alimenticio, que consistía invariablemente de pan seco y algunas frutas que llevaba consigo en un bolsón de cuero.

Meditando profundamente durante varias semanas, elucubró un plan de cómo sacar a Milón de las tareas domésticas y volver a ocupar él ese puesto.

Recordaba que durante su actividad anterior, había observado en varias ocasiones que en el lavabo de la casa, temprano en la mañana, se hallaban un anillo y pulsera de oro de la ama, los que se ponía recién terminada su higiene personal.

Quería aguardar algún momento oportuno para ingresar sigilosamente en la casa, sin ser visto, y apropiarse de esas joyas.

Por esa desaparición, sin duda, lo harían responsable a Milón acusándole de ladrón.

La oportunidad llegó.

Una mañana, en la cuál Lesco rondaba alrededor de la casa, observó con ojo de lince que el bedel ha-

bía reunido a todo el personal doméstico para darles las instrucciones del día.

Como un gato, Lesco, desapareció detrás de la casa y utilizando una puerta lateral ingresó al sector de las habitaciones privadas.

Los amos aún no se habían levantado.

Frente al lavabo aguardó un instante y escuchó.

Nada se oía.

Separó entonces la cortina y entró.

Sobre una bandeja de plata estaban las joyas de la patrona.

Al extender su mano para apropiarse del anillo de oro con rubíes, temblaba de miedo y de alegría a la vez.

Con la mayor premura emprendió el camino de regreso y tal era su excitación que tuvo que secarse el sudor de la frente.

Nadie se dió cuenta de este robo.

El anillo de oro le quemaba la mano como si fuera de fuego.

Volvió a la terraza, donde el personal seguía reunido con el bedel.

De allí se dirigió al dormitorio de los esclavos.

Con premeditación había omitido llevar el pan seco en su bolso, para tener un motivo plausible, para volver por el mismo.

Fue entonces en procura de la bolsa de dormir de Milón y colocó el anillo dentro de la misma.

Con gran sorpresa, vió la moneda de plata y pensó para sí: 'Aquí estarás en buena compañía.' Además, reflexionó, sería doblemente sospechoso hallar las dos cosas juntas.

Nadie se percató de esta acción de Lesco, quién se presentó luego en la cocina solicitando su pan y frutas.

Seguidamente, se apuró para salir con sus ovejas al campo.

En días anteriores había dejado a cargo del perro la tarea de conducir las ovejas al monte de los olivos, pero hoy lo hizo él mismo, arrojándoles piedras para que aceleraran el paso.

Cuando Pirra se levantó le ayudó su esclava Baarla, como lo hacía habitualmente, que también le alcanzó la bandeja con las joyas.

Pero allí advirtió que faltaba el anillo de oro:

—*“¿Dónde está el anillo, patrona? ¿Lo habrá dejado en el dormitorio?”*

—*“No,” contestó Pirra, “siempre ha sido mi costumbre dejarlo por la noche sobre la bandeja. ¿Acaso faltó alguna vez allí?”*

—*“Es cierto patrona. ¿Siempre estuvo en su lugar! Pero, ¿se habrá caído al suelo?” Con un plumero, Baarla, recorrió toda la habitación, sin ningún resultado.*

Llena de agitación, Pirra lo buscó en el dormitorio, aún cuando sabía perfectamente que en la noche anterior lo había dejado en el lavabo.

La joya no apareció por ninguna parte.

Pirra estalló en lágrimas; el anillo fue el regalo máspreciado que Andario le había obsequiado después de su última campaña militar victoriosa.

Asustada, Baarla, llamó al bedel, el cuál a su vez, ayudó, en vano, a buscar la joya en todo lugar posible.

Con rostro severo, éste dejó traslucir la sorpresa cada vez mayor, de que el valioso anillo fuera robado.

## el profanador de textos

Al recibir la noticia de este suceso, Andario, ordenó reunir a todos los esclavos de la casa.

El guardián, con el rebenque en mano, revisó la vestimenta de cada uno.

Nadie sabía de la desaparición del anillo y tampoco apareció en ninguna parte.

Entonces el bedel, dirigiéndose a Pirra y Andario, les dijo:

—*“Hay que darle oportunidad al ladrón de devolver la joya en un lugar determinado.*

*Igualmente, habrá que anunciar el más severo castigo, en caso de descubrirse al ladrón.*

*Los esclavos de la casa están ya todos avisados y los que se encuentran en el campo, serán interrogados por la noche.*

*Permitidme azotar al culpable y venderlo luego como esclavo de galeras.”*

—*“Haz lo que quieras. Pero el anillo debe volver,” le contestó en forma cortante Andario.*

El guardián reunió otra vez a todos los esclavos y los instó a renovadas búsquedas en la casa y jardín.

Al atardecer, cuando volvieron los esclavos del campo, se les ordenó a todos bajar sus bolsas de dormir al patio y allí fueron revisadas, puesto que en otras ocasiones se encontraron en ellas objetos hurtados.

Mientras se hallaban ocupados en ésta tarea, desde el dormitorio se escuchó un grito:

—*“¿Dejad las bolsas, aquí está el anillo!”*

Arriba estaba el guardián, al lado de la bolsa de Milón, en la que se encontró junto a la moneda de plata, el anillo de oro.

Al instante se buscó a Milón en la casa.

El anillo fue revisado, comprobándose que estaba intacto y se lo puso otra vez al lado de la moneda de plata.

El guardián, con el rebenque en ambas manos, esperaba al delincuente.

Milón se presentó con cara pálida, porque el esclavo que lo fue a buscar ya le adelantó lo ocurrido.

Señalándole la moneda y el anillo, el guardián le gritó:

—*“¿Canalla miserable! ¡Infame desgraciado!  
¿Confiesa que sos el ladrón...!”*

Milón estaba como fulminado por un rayo y miraba absorto el chispear rojizo del rubí, balbuceando:

—*“Señor, yo no se...”*

En ese instante y como silbido, un rebencazo le partió la cara en dos.

Con un puntapié lo tiró al suelo y sin compasión alguna se sucedían los azotes sobre el infeliz, que se retorció de dolor en el piso, hasta que las estrías de sangre y tierra lo tiñeron todo de rojo.

Luego, después de aplicarle algunas patadas, ordenó a los esclavos presentes arrojarlo a la cárcel casera.

Cuatro de ellos levantaron ese montón informe humano y lo trasladaron a un recinto oscuro, al lado del chiquero, que servía de cárcel para los esclavos haraganes o de mal comportamiento.

Allí lo encerraron.

Poco después volvió Lesco del campo con su rebaño de ovejas, habiéndose demorado a propósito.

Un peón de las caballerizas le refirió lo sucedido: el esclavo azotado se encontraba en el calabozo y con toda seguridad sería vendido como esclavo de galeras.

Lesco, escuchó todo con parsimonia artificial, más luego, lo embargó una sensación de triunfo y con íntima satisfacción pensó: ‘Lo he logrado y me he vengado.’ Después de dejar a las ovejas en los establos, se dirigió muy tranquilo e indiferente a la casa de los esclavos.

En la cocina se dejó referir de nuevo todo lo acontecido.

Ciertamente, todo se desarrolló tal como lo había planeado.

De pronto, el bedel, llamó a Lesco y le dijo:

—*“¿Andá y lávate bien! Aquí tienes nueva vestimenta para el servicio doméstico.*

*En adelante, estarás otra vez en el servicio de la casa.*

*El viejo Libo, será el pastor de las ovejas.*

*Vé y dale tu bolso.”*

Interiormente y con júbilo, Lesco pensó: ‘Cuán rápido cambia el destino, si uno lo sabe manejar.’ Al bedel le contestó:

—*“Señor, me voy a apurar y me alegro de poder volver al servicio doméstico, a tu entera satisfacción.”*

Poco después, Lesco, limpio, resplandeciente y con vestimenta nueva, se encontraba en la terraza, sirviendo en el fresco atardecer a los patrones, con una agradable sonrisa a flor de labios, como si nunca hubiera sido pastor de ovejas.

Pirra estaba extrañamente quieta.

De tanto en tanto, miraba su anillo, cuyo rubí resplandecía a la luz de las lámparas de aceite.

Sin cesar, volvía a su mente el cuadro que había visto hoy, cuando los cuatro esclavos llevaron al maltrecho y sangrante Milón al calabozo y recorda-

## el profanador de textos

ba lo atento y bueno que había sido en el servicio doméstico.

¿Habrá sido que el fuego vivo de esa piedra sedujo al pobre esclavo y en la confusión no pudo resistir a la tentación de poseerla? El anillo no podía darle contestación por más vueltas que le daba.

En cualquier forma, Milón no era un ladrón común, pues de lo contrario, sus ojos tan a menudo tristes, la hubieron engañado.

En cambio, desconfiaba más de Lesco, con sus miradas de reojo, tan ladinas.

Pero, el ser humano es una naturaleza enigmática y frecuentemente tiene un doble rostro, difícil de rostro, difícil de explicar.

Así pensaba Pirra.

Como si interpretara sus pensamientos, Andario acotó de improviso:

—“¡Qué lástima! Parecía ser un muchacho tan leal.

*Yo iba a felicitarte por tu elección y ahora estamos contentos de tenerlo otra vez al anterior.”*

Con esto se terminó para los señores el tema acerca de Milón.

Para la hora de retirarse la ama a su dormitorio, su esclava Baarla, que la acompañaba, le preguntó:

—“¿Señora, permitirías que le lavara las heridas a Milón allá en el calabozo?”

—“¿Por qué quieres hacerlo?”

—“Mi madre me enseñó que debía ayudar a enfermos y desgraciados.

*Ella fue cristiana y siempre dijo que todos éramos hermanos.*

*Yo tenía en ese tiempo diez años, cuando ella falleció, pero, esas palabras me quedaron grabadas.”*

—“Es una teoría extraña,” opinó Pirra “pero andá y llévale agua a Milón.

*Más de un romano célebre, se enriqueció con propiedades ajenas y salió exento de castigo.*

*Lo que yo no entiendo, es una cosa: ¡él debía de imaginarse que la desaparición del anillo debía afectarme! Y ¿qué se proponía hacer con la joya? Algo curioso hay en todo esto; pero, andá nomás y ayuda al pobre muchacho.”*

Baarla se dirigió al chiquero que servía de calabozo, dando previamente aviso al bedel, con una jarra de agua, frutas, una palangana y munida de una lámpara de aceite.

Un perro ladró enfurecido al abrir la puerta detrás de la que estaba tirado Milón.

Con la débil luz de la lámpara, Baarla iluminó el establo maloliente.

Sobre el piso sucio encontró a Milón inmóvil y respirando pesadamente.

Baarla se asustó cuando vio la cara desfigurada, hinchada e inyectada de sangre.

—“Agua,” gimió Milón al ver a la joven.

Baarla le ayudó a levantar la cabeza y arrimar la jarra de agua a sus labios.

Ávido, bebió a grandes tragos.

En un rincón, Baarla vio un montón de paja que le colocó debajo de la cabeza y con un paño húmedo le lavó la sangre de la cara.

Otra vez le dió de beber y humedeció su camisa en los lugares donde se había pegado con la sangre al cuerpo.

Como a un niño, le dió de comer.

Luego un racimo de uvas.

Por fin, Milón volvió a hablar y le preguntó a Baarla, apenas perceptiblemente, quien le había enviado allí.

—“Obedezco los mandamientos de Cristo, tal como me lo enseñó mi madre.”

Milón miraba abstraído con grandes ojos la luz de la lámpara.

—“¿Cristo es un dios de los esclavos?”

—“Es un dios de todos los hombres y también de los esclavos.

*Mi madre me enseñó que había muerto para todos los hombres, para que la verdad y el amor reinen sobre la tierra.”*

Milón dejó caer la cabeza sobre la almohada de paja y evidentemente buscaba palabras:

—“Si Cristo murió para la verdad, entonces él sabe que soy inocente.

*Jamás he tocado el anillo de Pirra, jamás...”*

Agotado y exhausto cerró los ojos.

Baarla estaba consternada ante esta confesión, máxime habiendo escuchado las comprobaciones sobre el robo.

¿Mentía él tan brutalmente golpeado en su estado de debilidad o fue víctima de un error? Con un trozo de lienzo le secó las lágrimas de sangre sudor que le brotaban de los ojos y murmuró:

—*Ahora duerme.*

*Los dolores se van a calmar.*

*Yo te cuidaré y tú te vas a curar!”*

Se levantó despacio y se retiró con la lámpara.

Luego, al cerrar la puerta, a Milón le pareció que había quedado una luz a su lado, que lo iluminaba en la oscuridad.

También se desvanecía lentamente la amargura que sentía por Lesco, quien lo engañó tan miserablemente, como bien se lo imaginaba.

Los ojos dulces de Baarla los veía como un reflejo en la lámpara.

Poco a poco desaparecían sus penas y las injusticias, en un sueño profundo y reparador. ♣

## **22 en el mercado de esclavos de Alejandría**

Algunos días después, el guardián de los esclavos ordenó alistar un coche para viajar a Alejandría junto con el Administrador, quién debía hacer las compras habituales de la casa y, a la vez, vender al esclavo ladrón Milón.

Baarla, al tener noticias de este viaje, se apresuró para llevarle agua y pan a Milón.

Pero, cual no sería su sorpresa: el chiquero estaba vacío.

Milón ya se encontraba lavado y con vestimenta limpia, en un rincón de la cocina de los esclavos y comía papilla de mijo recalentada, como alimento para el día.

Nadie le dirigía la palabra y hasta el cocinero, que antes lo estimaba, no lo miraba y le servía la comida con desprecio.

Baarla volvió a la casa profundamente preocupada.

Por la noche se había despertado varias veces y siempre le perseguía la afirmación de Milón sobre su inocencia en el robo del anillo.

¿Era realmente inocente? Había estado lúcido cuando dijo:

—*“¡Jamás he tocado el anillo de Pirra!”*

¡No, Milón no le mintió! Debía hablar con Pirra de este asunto.

Pero, entonces, ¿quién era el culpable? Pirra aún no la llamó para el aseo matutino y tampoco podía despertarla para hablarle del asunto.

Desde el patio, se escuchaba la llegada del coche y Baarla corrió a su encuentro.

Ahí se hallaba el Administrador y un peón que cargaba los canastos vacíos.

En ese momento Milón subía con las manos atadas.

Otro esclavo lo ató al coche con sogas, para evitar toda posibilidad de huida.

Baarla hubiera querido gritar:

—*“¡Dejen a Milón otro día aquí.*

*La investigación debe continuar; él es inocente!”*

Pero al fin, con semejantes palabras sólo hubiera cosechado burlas y mofa.

De pronto, desde el coche, se cayó uno de los cestos vacíos.

Baarla se acercó rápidamente para levantarlo y mientras tanto le susurró al prisionero:

—*“¿Milón, sabes tú quien robó el anillo de Pirra?”*

—*“¡Lesco!”*

Aún pudo decirle:

—*“Hasta siempre.*

*Yo sé que eres inocente.*

*Voy a rezar por tí.”*

## el profanador de textos

El coche arrancó y dos pares de ojos se perdían. Al volver Baarla a la casa, observó a Lesco en la terraza.

Miraba fascinado hacía el portón de salida, donde desaparecía el coche con Milón.

En su rostro serio, se insinuaba una sonrisa, que Baarla interpretó como una mezcla de triunfo y satisfacción.

—“*¡Sí, es él!*,” gimió Baarla, pero ya no pudo parar el coche, que seguía su camino hacia Alejandría.

El mercado de esclavos de esa gran ciudad era una institución muy importante debido al ingente comercio que desarrollaba ese puerto.

En el lugar donde estaba situado se veían varios sectores: uno reservado para esclavos jóvenes y más inteligentes, destinados a los servicios domésticos; otro, para artesanos, peones de campo y changarines.

Finalmente, un grupo más limitado, que eran el de los esclavos rebeldes, ladrones y delincuentes, que se ofrecían a precios muy bajos.

Estaban destinados como remeros a las galeras o para llevar a remolque a los barcos de carga en el río Nilo.

A este grupo fue llevado Milón, cuya cara y cuerpo aún mostraba las señales de los azotes.

Observó a los demás esclavos y a los mercaderes, que trataban con el Administrador sobre los detalles de su venta.

Luego vio que el trato se había realizado cuando el Administrador recibía una cantidad de monedas de plata por la operación; sin despedirse, desapareció del lugar.

El mercader que lo había comprado se le acercó, como nuevo dueño.

Ya anteriormente lo había examinado y ahora, con sus manos torpes, le apretó sus heridas recién curadas, diciéndole:

—“*¡Pronto estarán curadas!*”

Después lo desató de la estaca a la que se hallaba atado y lo llevó al lugar donde se encontraban otros dos esclavos que había comprado con anterioridad.

Ató a los tres a una cadena.

—“*¡Adelante, en dirección al puerto!*,” fue la orden que les dió y junto con ellos emprendieron la marcha.

Uno de los esclavos conocía el camino al puerto, pues ya antes había servido en Alejandría.

Se llamaba Rano.

El mercader los hizo caminar adelante y él los seguía de cerca.

Rano les hablaba en voz baja a sus compañeros:

—“*¡Ojalá no nos toque una galera, por que en ese caso seremos encadenados a un banco y tendremos que remar por el resto de nuestros días!*”

Cuando llegaron al puerto, el mercader los dirigió hasta un barco que se llamaba ‘Roma.’

—“*¡Es un velero y no una galera!*,” dijo con alegría Rano.

—“*¡Entonces, trabajaremos como marineros!*,” agregó Finaro, el tercer esclavo.

En el barco se los desató de la cadena y las esposas.

La salida del barco estaba prevista para el día siguiente, de manera que tuvieron que trabajar duro

durante todo el día, en la carga de la mercadería, su ubicación y amarre.

Rano, quien se hallaba cerca de Milón, le preguntó:

—“*Las estrías que se ven en tu cuerpo señalan que fuistes azotado recientemente. ¿Intentastes huir?*”

—“*¡No, me azotaron por un robo, siendo inocente!*”

Rano acotó con amargura:

—“*¿Todavía no aprendistes que nosotros los esclavos, siempre somos los culpables y nunca tenemos razón?*”

Milón permaneció callado y para sí pensó: ‘Una persona, por lo menos, conoce la verdad.’ Este pensamiento lo mantuvo sereno y a la espera de lo que debía de ocurrir.

Desde aquel momento, en el que Baarla lo cuidó en el establo, algo raro le pasó en su interior, cambiándole totalmente.

Todos estos años pasados vivió con el temor de todo lo malo que aún le esperaba en su condición de esclavo.

Este miedo desapareció.

Baarla le había dado algo de la fuerza de aquel dios oculto, que también murió para los esclavos.

¿Acaso no le susurró en la despedida: ‘Yo sé que eres inocente!’?

La certeza que alguien conocía su verdad lo hacía feliz aún ahora, cuando un futuro incierto se abría ante él.

Pese al trabajo que debían realizar, logró saber que Rano intentó huir en procura de la libertad y

regresar a Rodas, donde de niño fue secuestrado por piratas, junto con sus padres y hermanos.

Nunca más tuvo noticias de ellos.

Con él, Milón podía conversar en su amada lengua griega.

Las sombras de la noche cubrían la ciudad y el mar.

Los esclavos fueron encerrados en la bodega del barco para evitar que alguno pudiera huir durante la noche.

Entre los fardos de mercadería, Milón se tendió a descansar.

Su cuerpo cansado, aún se sacudía por dolores punzantes en los músculos y huesos.

Mientras meditaba en la oscuridad, siendo el único esclavo despierto, se le ocurrió la idea de que, en definitiva, la moneda imperial no le trajo la suerte anhelada.

Igualmente perdió la medalla ateniense, al habersele quitado el cinturón.

El barco estaba destinado a un puerto en las cercanías de Roma.

Quizás volvería a la ciudad donde residía el emperador, sobre cuya efigie había dormido.

¿Tendría oportunidad de verlo? ♣

## 23 Llegada a Roma

Milón y sus dos compañeros de Alejandría pronto se dieron cuenta de que el resto de la tripulación era personal estable y que ellos, como novatos, eran considerados extraños en el barco.

Los tres fueron los únicos llevados por el mercader desde el sector de los esclavos delincuentes del mercado de Alejandría.

Desconocían en absoluto su próximo destino.

Durante la travesía debían realizar los 0000 trabajos más bajos, ¡como esclavos de esclavos! Después de algunos días de viaje con tiempo calmo, repentinamente se levantó una tormenta, por lo que hubo que arrear todo el velamen.

Grandes olas barrían la cubierta.

En un instante triste y sombrío Milón, desesperado, quiso dejarse arrastrar por la fuerza del mar.

No obstante, en último momento, alcanzó sostenerse de una soga, cuando ya había perdido pie en la masa de agua.

Al cabo de algunas horas de zozobra, la tormenta amainó, tan rápido como apareció.

A pleno sol fueron desplegadas nuevamente todas las velas.

Al contemplar estos cuadros cambiantes de la naturaleza, Milón pensó: ‘¿Acaso la vida huma-

na, en cierta forma, no era comparable con éstos fenómenos?’

Después del transcurso de algunas semanas, el barco arribó a Portus Claudius.

Aquí ya había estado Milón en otra ocasión, con elegante vestimenta y gran presencia, luego de un viaje en coche que ¡abonó con una moneda de oro! Una vez en su vida había sido por pocas horas un gran señor y gozó del privilegio de la estima y la libertad.

Posteriormente al arribo, los tres esclavos fueron amarrados a una sola y pesada cadena.

Les llamó la atención que no debieron ayudar en la descarga de la mercadería.

El mercader y patrón del barco bajó a tierra y volvió a bordo el día siguiente con un comerciante romano.

Se hizo mostrar a los tres esclavos egipcios y al parecer eran de su agrado en cuanto a presencia y edad.

Luego de finalizada la operación de compra, los hizo bajar a tierra, pero sin liberarlos de la pesada cadena.

Este comerciante, compraba esclavos para la ciudad de Roma, destinados a propósitos especiales.

Esta vez buscaba elementos apropiados para los grandes espectáculos en la Arena de la ciudad, donde se realizaban las emocionantes luchas de hombres y animales salvajes.

Se requerían para ello esclavos rápidos y fuertes, puesto que no tenía importancia si se los sacrificaba, y se los seleccionaba preferentemente entre los esclavos delincuentes, porque estos eran, en general, temerarios y astutos y, mostraban esa fiera tan apreciada por el público de esos juegos.



A Milón y sus dos compañeros se los trasladó a un calabozo en las cercanías del circo, donde permanecieron encerrados por espacio de una semana, hasta el comienzo de los grandes juegos.

Aún no sabían lo que iba a sucederles.

El lugar era bastante espacioso, con una salida a un patio, donde ya se encontraban varios prisioneros tomando sol.

La alimentación era buena y abundante, todo lo contrario de lo que se acostumbraba recibir en las prisiones.

Se hacía con el fin de fortalecer a los prisioneros, para que pudieran hacer un buen papel durante los juegos.

A Milón y sus dos compañeros les fueron quitadas la cadena y las esposas, al igual que a los demás.

Frente al portón de entrada, hecho de roble macizo, había guardianes de día y noche.

Uno de los prisioneros se le acercó a Milón y le dijo:

—“¿Haz asesinado a alguien, ya que estas en esta cueva de la muerte?”

Milón se asustó y preguntó:

—“¿Cueva de la muerte? ¿Qué significa eso?”

—“¿Allá atrás, ves aquella puerta con rejas? Desde allí sale un pasaje largo que termina directamente en la Arena y en ella pasaremos todos a degüello la próxima semana, para diversión de los romanos.

¡El que se salva, quizás sea liberado!”

Milón enmudeció y miró en su alrededor.

En todos los semblantes se notaba el terror que sentían, en algunos la voluntad obstinada de luchar

hasta el final; otros, en cambio, mostraban apatía e indiferencia, como resignados con su destino.

Casi todos eran hombres jóvenes de contextura fuerte, tal como se los seleccionaba para la lucha en la Arena.

Milón sintió como si algo le atravesaba la garganta al pensar que así terminaría su miserable vida de esclavo, con tan horroroso fin.

¿No había justicia en la tierra? Entonces, no era guiada solamente por dioses bondadosos.

O tal vez, sería cierto lo que le dijo en una ocasión un viejo esclavo egipcio:

—“Los dioses abandonaron la Tierra y se fueron a las estrellas; sobre la Tierra quedaron los demonios.

Y, envuelta en tinieblas, sucumbirá!”

Milón se apartó algo y se sentó sobre un muro, apoyándose contra una pared.

Cerró los ojos y sus pensamientos alterados no le permitieron concentrarse en la peligrosa situación en la que se hallaba.

De pronto escuchó voces y murmullos monótonos, que provenían de un rincón oscuro del recinto en que se encontraba y al que solamente penetraba algo de luz natural, a través de la abertura de la puerta que llevaba al patio.

Era un grupo de cinco personas, entre ellos una mujer.

Un hombre anciano con cabello y barba blanca era el que hablaba constantemente; los demás tenían sus manos cruzadas sobre el pecho.

Milón sintió curiosidad por esa gente y al acercarse discretamente, escuchó unas palabras finales:

—“In nomine Christi, ¡amén!”

Enseguida pensó: ‘¿Serán cristianos los que se hallan aquí?’ Al observarlo tan cerca, optaron por retirarse hacia el patio, salvo el anciano que se quedó en el rincón.

‘Pareciera que se trata de una familia,’ pensó Milón, ‘el abuelo, los padres y sus dos hijos.’ De acuerdo a su vestimenta, no debían ser esclavos. El anciano, que permaneció en su lugar, se sentó sobre un catre de madera.

Milón no se atrevió a acercársele, puesto que estaba en profunda meditación y con los ojos cerrados.

En cambio, se dirigió a los demás, que entretanto tomaban sol en el patio, con el propósito de hablarles, diciéndoles:

—“Salve in nomine Christi —Os saludo en nombre de Cristo.” Sorprendidos miraron al desconocido.

El padre de la familia se incorporó rápidamente y tomando las manos de Milón preguntó:

—“¿Sos nuestro hermano en Cristo?”

—“¡Quisiera serlo!,” le contestó mientras pensaba en Baarla.

Lo invitaron a que se sentara con ellos y les contara los motivos por los que estaba aquí.

No le fue difícil a Milón hacer un relato sucinto de su vida, máxime al encontrar pleno apoyo en sus desgracias y también en sus alegrías y pensamientos, como nunca le había ocurrido hasta ahora.

Los hechos más importantes ocurridos en los últimos días, semanas y meses, encontraron el franco

apoyo de este puñado de gente, que el destino reunió en esa cárcel.

Luego de referirse a lo acontecido con Andario se hizo un silencio.

Los nuevos amigos de Milón se hallaban muy impresionados por lo ocurrido en su vida de esclavo.

Entonces Milón se atrevió a preguntarles cómo siendo ellos romanos, se encontraban en la cárcel.

El padre le contó:

— *“Mi nombre es Mario y mi mujer se llama Dina, mis hijos Felipe y Bartolomé.*

Somos una familia dedicada a la construcción y nuestro apellido es Vera.

Mi padre, quién se encuentra allí adentro, ha construido numerosas casas y villas sobre las colinas de Roma.

También colaboró en el proyecto de grandes obras públicas en la ciudad.

Una tarde, durante sus actividades en la construcción del templo de Júpiter, cuando ya todos los obreros se habían retirado, fue en procura de un instrumento de medición que había perdido anteriormente.

Al dirigirse hacía un depósito de bloques de mármol, vió allí a un grupo de personas que se habían reunido clandestinamente.

Uno de ellos les hablaba a los demás de manera fogosa, como mi padre jamás había visto.

Lo llamaban Apóstol Pablo.

De mala gana quiso ahuyentar a los intrusos de aquel lugar del templo, pero a poco de escucharlo, quedó fascinado por su prédica, que enseguida echó raíces en su corazón.

Sin ser visto, se sentó sobre una piedra y siguió aquel mensaje de Cristo, el hijo de Dios, quién se

le había aparecido a Pablo cerca de la ciudad de Damasco.

Mi padre, a quién hacía rato ya no le convencían los viejos dioses romanos, se quedó allí hasta altas horas de la noche.

Desde entonces, acudía a las citas de los cristianos, las que se realizaban todos los días en lugares distintos, puesto que temían las persecuciones de sus enemigos.

— *“Mi padre ingresó en la comunidad de los cristianos e hizo una profunda amistad con el Apóstol.*

*En nuestra casa, se eliminaron las efigies y reliquias de los antiguos dioses y nosotros, los niños, nos formamos con el nuevo credo.*

*Vinieron luego los años en los que se sembró el odio contra nosotros los cristianos.*

*Por la noche y clandestinamente, se reunía una vez por semana la congregación cristiana en nuestra casa, que se hallaba dentro de un gran parque y tenía varias entradas.*

*Las persecuciones fueron aún más severas bajo el actual Emperador y, por temporadas, peligrosaban nuestras vidas.*

*Varios hermanos y hermanas sufrieron la muerte como mártires.*

*Entonces, nos reuníamos preferentemente en las cavernas subterráneas, llamadas catacumbas.”*

Aquí Mario interrumpió su relato, fascinado, como si un cuadro se le hubiera fijado en la memoria.

Milón le preguntó:

— *“¿Cómo era eso de las catacumbas? ¿No eran los sepulcros de los romanos?”*

— *“Sí, en realidad las catacumbas, eran los cementerios bajo tierra; una especie de largas galerías, horadadas en el suelo rocoso, con sepulturas en forma de nichos a ambos lados, donde se depositaban los muertos.*

*Puesto que los romanos le temen a los muertos, tampoco concurren a las catacumbas, salvo durante el acto del sepelio y mucho menos de noche.*

*En cambio nosotros, los cristianos, no conocemos el temor a la muerte.*

*Los cuerpos pertenecen a la tierra y las almas siguen otro camino.*

*A ellas, el Resucitado, ¡les dió de su luz, en el reino de las sombras! Elegimos una catacumba abandonada, cuyos nichos ya fueron clausurados y amurados.*

*En la última galería, ampliamos un lugar, que servía de capilla y lugar de reuniones.*

*Mi padre pintó un cuadro sobre el muro, que mostraba a Jesús y sus doce discípulos durante la última cena.*

*Sin ser molestados, pudimos realizar por largas temporadas, nuestros cultos religiosos en el silencio y a la luz de las velas, en la profundidad de los sepulcros y lejos de los ruidos de la ciudad.*

*Sin embargo, en un día fatal, llegó la desgracia.*

*A un senador de la ciudad le llegó la noticia de que mi padre pertenecía a la grey cristiana.*

*Hace tiempo que codiciaba poseer nuestra casa y su hermoso parque.*

*Por medio de un guardián tuvo conocimiento de que en cierto día se reunía la comunidad cristiana en nuestra casa, hecho poco frecuente,*

## el profanador de textos

pero que se hacía habitualmente para las festividades.

Para cuando consiguió un grupo de soldados para sorprendernos ya se habían retirado los visitantes.

Dos esbirros revisaron la casa y encontraron pruebas de la reunión y de la cena sagrada y nos arrojaron a todos a la cárcel, por cristianos odiados, tal como se les había ordenado.

Lo que va a pasar con nosotros aún no lo sabemos.

Nuestros parientes están haciendo trámites para liberarnos, pero todavía no tenemos noticias.”

Mario guardó silencio.

A Milón le pareció de lo más extraño que un distinguido ciudadano romano, que anteriormente era libre, le confiara sin más a un esclavo la historia de su vida.

Mario, se dirigió a uno de sus hijos y le dijo:

—“Felipe, ve y busca al abuelo, para que se alegre con nosotros y con Milón.”

Poco después, el anciano Vera saludó amigablemente a Milón, que en adelante fue parte integrante de aquella familia, a la que se confiaba plenamente.

En esos días de prisión le pareció que recién ahora se transformaba plenamente en un ser humano.

Igualmente recibió enseñanza y respuesta sobre muchas preguntas.

En primer lugar, quería saber de Vera, que es lo que debía pensar sobre los antiguos dioses y sus templos, si alguna vez vivieron y en caso afirmativo, donde se encontraban ahora.

Vera, le contestó:

—“Tus preguntas son acertadas, Milón. Intentaré explicarte con palabras sencillas algo sobre ellos.”

Todos tomaron asiento sobre los bloques de piedra y Vera, comenzó:

—“Todos los pueblos antiguos, tienen sus ideas religiosas y sus templos.

A cada pueblo, Dios le reveló parte de su sabiduría inmensa, a persas, egipcios, griegos y judíos.

Pero es una ley exorable que en el andar del tiempo y de los pueblos la verdad va tomando aspectos distintos.

Tales hechos cambiantes son, en definitiva, las religiones de los pueblos.

Los persas adoraban al supremo creador como la ‘luz del Universo’ en el astro sol, y le hacía ofrendas de fuego en sus altares.

Los egipcios lo llamaban Osiris y tenían la esperanza de ingresar en su reino después de la muerte.

Los griegos sabían de él a través del mensajero de Dios, llamado Apolo, y lo que ellos llamaban dioses nosotros los cristianos denominamos ángeles.

Todas éstas antiguas religiones eran precursoras de Cristo, quien ya se acercaba a la humanidad.

Él se reveló en el bautismo del río Jordán, como el hombre Jesús y vivió sobre la tierra, entre los demás seres humanos.

Al bajar del cielo el creador del mundo e hijo de Dios fue un milagro único y tan grande que

habrá de perdurar por mucho tiempo para la comprensión de la humanidad entera.

También el Apóstol Pablo no quería creerlo inicialmente, cuando aún era el pagano Saulo y donde pudo persiguió a los cristianos.

Pero como llevaba consigo el sentido de la verdad, Cristo se le reveló en la resurrección, mucho después de su muerte terrenal.

En la ciudad de Damasco se le reveló como rayo del cielo, de cara a cara.

Y luego le habló: ‘Saulo, ¿por qué me persigues?’ Este testimonio lo recibí del Saúl transformado y que llegó a Roma como el Apóstol Pablo.

Asimismo, no había hombre, por más insignificante que fuera, al que no le refería este milagro.”

Vera calló y se hizo el silencio para todos, que meditaban sobre sus palabras en la cárcel de la Arena.

Milón empezó a enterever, por las palabras del anciano, lo grandioso que había ocurrido en nombre de Cristo en Palestina, para que se levantara sobre la Tierra un nuevo reinado del amor.

Y a diario sentía como se arraigaba este amor fraternal entre sus amigos cristianos.

Cuando por la noche ya todos los prisioneros descansaban sobre sus catres y bolsas de paja, y a una señal convenida, los amigos cristianos se volvían a encontrar en el patio.

Todos se daban la mano, parados en un círculo y rezaban juntos, lo que el anciano les decía, para que los demás lo repitieran.

Milón, pensó: ‘¡Qué lástima que Baarla no puede estar con nosotros, pues de todo alma hubiera de-

seado hallarse entre cristianos, como lo fue su finada madre.

Pero, Egipto está lejos y cerca sólo está la muerte en la Arena.

El anciano dió por terminada su plegaria con las palabras de siempre:

—“*Dejádnos morir en Cristo y viviremos en la luz.  
Cristo está con nosotros.*”

Todos volvieron luego a la oscuridad de su lúgubre cárcel.

Allí se escuchaban los suspiros de los demás condenados, que eran pesadillas de angustia y miedo.

Durante largo rato Milón no pudo conciliar el sueño.

De tiempo en tiempo oía el retumbar lejano de carros rodando, que luego desaparecía.

Pero, ¿qué era aquello? Parecía el sordo rugir de animales salvajes en la lejanía.

Al escuchar con mayor atención, se dió cuenta que estos sonidos inquietantes provenían de una galería que empalmaba con la Arena.

El rugir se sentía muy amortiguado por las gruesas paredes que lo separaban.

No le fue posible detectar de qué animales se trataba.

De un compañero de infortunio había oído que con anticipación de algunos días a los grandes juegos, se encerraban a diversos animales salvajes —panteras y leopardos— dejándolos muy escasos de alimentos, para que se lanzaran con mayor saña a la lucha en la Arena.

Dentro de tres días se iban a realizar los grandes juegos.

Milón escuchaba en la oscuridad.

Por un momento tembló de pánico, pero luego una torrente cálida fluía de sus manos al corazón, como había ocurrido anteriormente en el patio con los demás amigos, y las palabras del anciano le vinieron a la memoria:

—“*Dejádnos morir en Cristo y viviremos en la luz.*”

Los sordos ruidos de carros andando se confundían con los suspiros del sueño de los prisioneros. ♣

## 24 los grandes juegos

A los prisioneros les parecía que los días siguientes se alargaban, ya que la incertidumbre de los acontecimientos próximos dilataban el tiempo.

A través de las paredes penetraba el ruido de mayor ajetreo y alboroto.

El día de los grandes juegos, cuando el guardián trajo la comida, casi no fue tocada y todos permanecían indiferentes y resignados sobre sus catres.

De pronto, se abrió el portón.

El guardián entró junto con el director de los juegos circenses, acompañado por un grupo de soldados.

Primero, los prisioneros fueron examinados, a fin de hacer una selección de ellos.

El director tomó una tabla de cera y señalando a Finar, Rano, Milón y Felipe acotó:

—“*¡Estos cuatro son jóvenes y fuertes, llevadlos a la jaula allí atrás.*”

—“*Disculpe,*” director,” replicó el guardián, “*a este, de nombre Felipe Vera, no lo puedo entregar aún; pertenece a una distinguida familia romana, sobre la cuál aún no hay fallo definitivo.*”

## el profanador de textos

—“¡Está bien,” dijo el director, “para la jaula alcanzan los tres!”

Al ver Milón que debía separarse de sus amigos, se despidió de ellos.

Mientras le susurraban palabras de aliento, el anciano se lamentaba:

—“¡Oh, Milón, si yo pudiera morir en tu lugar, lo haría con placer!”

Poco después los soldados acompañaron a Milón y sus dos compañeros a través de una larga y oscura galería, a la cual sólo penetraba un poco de luz por algunas aberturas en la pared.

Los llevaron a un recinto amplio, que era un baño y aquí se los preparó para el espectáculo próximo.

Después de bañarse, se los afeitó y seguidamente sus cuerpos fueron untados con aceite.

Las cinturas les fueron cubiertas con nuevas telas de lienzo en lugar de los harapos que llevaban puestos.

A Milón le extrañó sobremanera tales preparativos, hechos casi con solemnidad y todo para sufrir luego una muerte cruel y atroz.

Afuera se escuchaba el bullicio de la muchedumbre, que desde horas tempranas fue llenando la Arena.

En la antesala del baño, los tres debieron sentarse en un banco de piedra y se los encadenó a una cadena de hierro, cuyas argollas se fijaron a las articulaciones del pie.

Un guardián les trajo una jarra de vino y pan cortado, diciéndoles:

—“¡Tomad el vino, así tendréis valor y fuerza, y vuestras piernas se agilizarán al correr por vuestras vidas!”

La jarra de vino pasó de mano en mano. Finaro opinó:

—“¡Parece que nos van a utilizar como corredores pedestres y quizás no sea can bravo lo que nos espera!”

—“O tal vez nos necesitan como peones de caballería para los carros en la carrera, ya que nos han puesto tan elegantes,” completó Rano.

Entretanto se observaba intensa actividad en los recintos vecinos al cuarto de baño.

Espadachines esbeltos y luchadores musculosos entraron al lugar; saltarines acróbatas mostraban sus piruetas.

Los pugilistas, ensayando, simulaban luchar, dando golpes ficticios al aire.

Después de un rato, al volver el guardián, trayendo una nueva jarra de vino, Finaro le preguntó:  
.

—“¿Cuál será nuestra tarea en el circo?”

El interrogado contestó con una sonrisa irónica:

—“¡Tendrán que correr y lo tendrán que hacer muy rápido!”

Los tres se quedaron desconcertados por esta contestación y no supieron a que atenerse.

A Milón le extrañó que eran ellos tres, los únicos encadenados.

Los espadachines, luchadores y pugilistas eran considerados artistas destacados, si se les permitía presentarse ante el Emperador en la Arena.

Milón, por su parte, estaba firmemente decidido a luchar por su vida, antes de morir.

En la Arena aumentaba, entretanto, el fragor y estruendo y, repentinamente, se escucharon toques de corneta y saludos entusiastas y ensordecedores:

—“¡Es la entrada del Emperador,” exclamó el guardián mientras observaba atentamente a los tres prisioneros.

De ahora en más, la muchedumbre hervía de entusiasmo y exaltación, a la espera de los acontecimientos.

El guardián subió sobre el banco de piedra y desde allí pudo ver por una abertura en la pared parte de lo que ocurría afuera.

Así transcurrió cerca de una hora hasta que se abrió la puerta y entró un mensajero del director del circo, ordenando la aparición inmediata de los prisioneros.

Rápidamente se los liberó de sus cadenas.

El mensajero encabezó el grupo, detrás de él iban los tres esclavos y, finalmente, el guardián.

De esa forma llegaron hasta un portón que daba a la Arena y que se abrió al instante.

El director del circo, con el rebenque en la mano, ordenaba y gritaba a voz en cuello, para que una exhibición siguiera a la anterior, sin interrupciones.

Cuando vio a los tres, les gritó:

—“¡Ustedes fueron elegidos para luchar con los animales salvajes! Si los pueden enfrentar con astucia y rapidez y, tal vez, degollar alguno, pueden, con suerte, rescatar su libertad.”

## el profanador de textos

Con el rebenque golpeó contra el portón mientras las bisagras crujían.

El director gritaba excitado:

—“*Rápido, a la Arena, salud al Emperador y al pueblo romano con las manos en alto, para que les sean benévolos.*”

Tal como se les ordenó, los tres corrieron en dirección al palco del Emperador y levantando las manos, se inclinaron ante él.

Milón observó la impresionante muchedumbre, que no contestó el saludo de los esclavos.

En ese momento se sentía tan pequeño y perdido como grano de arena en la estepa.

Cerró los ojos y repitió las palabras que le había enseñado el anciano Vera.

Sus dos compañeros se separaron de él y cada cuál miraba atentamente a los portones por donde debían salir las bestias salvajes.

De pronto escuchó un griterío ensordecedor.

Abrió los ojos y vio como de un portón salían dos leones que, cegados por la luz, miraban en su alrededor.

También vio como Rano y Finaro corrían a toda velocidad hacía el otro extremo de la Arena y como los leones azuzados, perseguían a sus víctimas.

La muchedumbre gritaba salvajemente a medida que las bestias se les acercaban cada vez más.

Con horror Milón vio como Finaro fue alcanzado por las garras de uno de los leones y tirado violentamente al suelo; ensangrentado, se incorporó de nuevo, corriendo en dirección opuesta.

Milón se había quedado inmóvil y perdió de vista a Finaro, ya que en ése instante se acercaba a toda carrera Rano zigzagueando hábilmente, para zafarse de su perseguidor.

¿Buscaba ayuda a su lado? Milón decidió enfrentar al león, e intentar de saltarlo sobre el lomo y quizás estrangularlo desde arriba.

Lo embargaba un arroyo mortal y se le adelantó, como si fuera en auxilio de Rano.

En ese instante, el león se preparaba para dar el salto mortal, pues ya lo tocaba casi con el hocico.

Cuando advirtió a Milón, frenó su carrera, lo observó atentamente.

También Milón aminoró sus pasos, acercándose y mirándolo fijamente en los ojos.

Entretanto, del otro extremo de la Arena, se escuchaban fuertes alaridos de la muchedumbre: en ese momento, el segundo león desgarraba al pobre Finaro.

Al enfrentar Milón con arroyo mortal al león hizo que este se acurrucara; la muchedumbre enmudeció y una gran tensión y nerviosidad cubrían la Arena.

De pronto, Milón le habló al león, tal como lo había hecho en otra ocasión en el monte de los olivos.

En ese instante el león, que estaba próximo a dar el salto final, levantó su majestuosa cabeza, olfateó el aire, se incorporó y dejó oír un extraño alarido.

Súbitamente y ante la sorpresa de todos: ¡oh, milagro!, el león mostró una total mansedumbre y empezó a menear alegremente la cola.

Acto seguido, realizó algunos gestos de salutación.

Milón se quedó perplejo y pensó:

—“*¡Diablos, este es mi león, al que una vez le quité la espina!*”

Abrió las manos y abrazó con su viejo amigo, acariciándole la melena y el cuello, mientras vertía

lágrimas de emoción por este inesperado reencuentro, que humedecían la piel del león.

Ante este asombroso cuadro, los romanos se quedaron absortos y aterrados a la vez.

¡Jamás se había visto semejante escena en Roma, desde que existía la Arena! Se sucedieron aplausos, como estallidos de trueno.

Hubo gran griterío y un entusiasmo sin límites.

Y cuando al acostarse el león, Milón se agachó y acercó su cabeza a la de la fiera, los aplausos de la muchedumbre se convirtieron en una gran exigencia:

—“*¡Que viva, que viva! ¡Que siga viviendo, que siga viviendo!*”

Todas las miradas se centraban en el Emperador y este levantó la mano derecha, señalando con el dedo pulgar hacía arriba.

¡Esto significaba perdón y libertad!

De inmediato se le tiró una soga para que pudiera preparar a la libertad.

Pero en ése momento ocurrió algo inaudito: desde la parte opuesta de la Arena se acercaba a grandes saltos el segundo león, todo ensangrentado y sediento de sangre.

Se dirigió directamente a Milón y este pensó en ponerse a salvo, trepando por la soga que se le habían tendido.

Fue cuando el león amigo de Milón lo vio y pegando un aullido ensordecedor, se interpuso en el camino del otro león, para proteger a su amigo.

Nuevamente, la muchedumbre en la Arena hirvió de entusiasmo.

Esto era increíble: ¡un león defendiendo a un hombre! Muchos exclamaban:

## el profanador de textos

—“*¡Este esclavo debe ser un poderoso mago, si maneja así a las fieras!*”

El Emperador ordenó que lo trajeran de inmediato ante él, a éste extraordinario domador de fieras salvajes.

El león de Milón rechazó a la otra fiera, la que se retiró de malas ganas y gruñendo.

Desde la entrada principal, el director del circo, lo llamó a Milón:

—“*¡Acércate aquí y abandona la Arena!*”

Milón estaba de acuerdo con ello; pero, quiso llevar consigo a su león.

En eso vio a Rano apoyado en la pared y pasando angustias mortales.

Milón le hizo una seña, diciéndole:

—“*¡Ven y acompáñame!*”

Se encaminó hacia el portón, llevando con una mano al león de su melena y con la otra saludando al pueblo romano.

Bajo el aplauso de la muchedumbre atravesó el portón abierto, siguiéndole Rano sin dificultades.

Hubo entonces un pequeño entredicho, dado que las autoridades del circo preferían que el león se quedara en la Arena.

Milón envalentonado por el apoyo de las masas, solicitó enérgicamente una cadena, en un tono que a él mismo le sorprendió y que nunca había usado anteriormente.

Enseguida le alcanzaron una cadena y el bozal que el león tenía puesto antes de entrar en la Arena.

El maestro de ceremonias del circo se le acercó diciéndole que por orden del Emperador, debía comparecer ante Su Majestad.

Milón pidió entonces que el león lo acompañara. Con la mejor disposición le fue autorizado eso, en vista del notable éxito del héroe del día.

Rápidamente, cubrieron a Milón con ropa nueva y adecuada para presentarse ante el Emperador.

También Rano debió acompañarlo y guiados por el maestro de ceremonias del circo, se abrían paso entre la muchedumbre.

Entretanto, la función había sido interrumpida con el aviso de una pausa mayor.

Milón fue llevado a través de un pasillo especial, junto con el león, hasta el palco del Emperador, acompañado por los guardianes que, a su vez, tenían las espadas en mano y observaban muy de cerca al león.

Con sorpresa comprobaron que seguía al esclavo como un perro fiel.

Cuando este extraño grupo llegó al palco del Emperador, el maestro de ceremonias anunció a Milón.

De inmediato, el Emperador lo llamó:

—“*¡Acércate a mí!*” ordenó.

La corte imperial miró con curiosidad —y algunas damas, con cierto temor— a los recién llegados.

Milón, al arribar a las primeras escalinatas de mármol del palco, se echó al suelo, ante el César, mientras tenía fuertemente sujeto de la cadena al león.

El Emperador, le dijo:

—“*¿Dónde has aprendido a domar animales salvajes? ¿Lo haces con tu mirada o con palabras mágicas?*”

Milón se incorporó y le contestó con toda franqueza:

—“*Majestad, yo nunca aprendí a domar animales salvajes.*

*Este león es mi amigo y lo conocí cuando fui pastor de ovejas en Egipto.*”

A continuación le relató de manera sucinta lo ocurrido en el monte de los olivos, cuando le extrajo la espina al león.

El Emperador y su corte escucharon atentos lo ocurrido y cuando concluyó, le preguntó:

—“*¿Por qué has estado en la Arena? ¿Qué delito cometiste?*”

Milón le refirió lo acontecido en casa de Andario y al terminar, el Emperador, le preguntó:

—“*¿Estuviste en casa de Andario, mi compañero de armas de años pasados? ¿Es cierto: los caminos de los dioses son frecuentemente curiosos y maravillosos a la vez.*

*También suele ocurrir que eligen a sus preferidos entre los esclavos!*”

Por breves momentos, la mirada del Emperador se fijó en Milón y el león acostado a su lado.

Una benevolente emoción cruzó su alma dura y preguntó:

—“*Si tienes algún deseo, dímelo. ¿Los dioses te confieren la gracia del momento!*”

Milón temblaba de alegría:

—“*Majestad, ¿podría volver como hombre libre a Egipto y llevarme al león para darle allí la libertad?*”

El Emperador sonrió:

—“*Tu deseo es bien modesto y te lo concedo. ¿Esto es todo?*”

Milón pensó: ‘Pedí la libertad del león y mis mejores amigos están presos en la cárcel.’ Y a continuación balbuceó:

—“*¿Señor, tu gracia me confunde! ¿Podrían acompañarme mis amigos romanos, la familia del constructor Vera que estuvieron conmigo en la cárcel y mi compañero Rano?*”

El Emperador, cambió algunas palabras con uno de sus consejeros y le contestó:

—“*Así sea! ¿Pueden acompañarte a Egipto! Y aquí, entregarás este anillo a mi amigo Andario como prueba de mi afecto y también de tu suerte.*”

Con éstas palabras el Emperador se quitó un anillo de oro y se lo dió a Milón.

Toda la corte aplaudió a Milón cuando este se despidió y el grupo con el león se retiró del palco imperial.

A continuación, el maestro de ceremonias le dió algunas instrucciones a los guardianes respecto de la familia Vera y seguidamente, el toque de las cornetas indicó la continuación de los juegos. ♣

## 25 en la libertad

En el curso de esa misma tarde y antes de la finalización de los grandes juegos pudo contemplarse al extraño grupo abandonando la Arena: eran Milón y sus amigos.

Rano llevaba al león sujeto de la cadena.

El maestro de ceremonias se lo entregó a Milón de buena gana.

El grupo se puso en marcha encabezado por Milón y el león; detrás de él caminaban sus amigos romanos, que recién ahora estaban seguros de su liberación, al moverse sin impedimentos por las calles de Roma.

El anciano Vera había aconsejado:

—“*Dejadnos ir a la casa de un amigo en las afueras de Roma, desde donde podremos planear con tranquilidad la continuación de nuestro viaje.*” Milón ya tenía en su poder un escrito imperial firmado y sellado autorizando el libre viaje a Egipto en un barco romano.

Además, recibió una apreciable suma de dinero para los gastos de viaje.

Faltaba poco para la felicidad completa de los emigrantes, máxime sabiendo el anciano Vera que en

Egipto había muchos cristianos que, por añadidura, gozaban de mayor libertad que los romanos.

El anillo del César, lo guardó Milón en el cinturón de su vestimenta.

Era sorprendente con que naturalidad les acompañaba el león.

Milón había pedido en la Arena que le dieran de comer. Por todo lugar, este grupo con el león al frente llamaba poderosamente la atención y los seguían, a prudente distancia, niños y gente del pueblo.

Cuando llegaron al Arco de Triunfo del Emperador Augusto, que atraviesa la calle en tres arcadas, parecía que un Jefe de Ejército triunfante lo cruzaba con su séquito.

Recién en las cercanías de los portones de la ciudad se dispersó la muchedumbre.

En las últimas horas de la tarde el grupo llegó a la casa del amigo de Vera quién también pertenecía a la congregación cristiana clandestina de Roma.

Fue un reencuentro jubiloso, dado que habían temido por la vida de Vera y los suyos.

La reunión duró hasta muy avanzada la noche y fue gracias a la divina providencia, que guió los destinos de todos.

Los ex-prisioneros de la Arena disfrutaron a continuación de provechosos días de descanso y confort en las afueras de Roma.

Una noche, los dos hermanos Bartolomé y Felipe, a solicitud de su padre volvieron a Roma, a fin de rescatar de la villa paterna un tesoro escondido.

En efecto, cerca de la fuente de agua, había oculta una urna conteniendo valores, destinados a tiempos difíciles o de guerra.

Vera les explicó detalladamente la baldosa que debían levantar y debajo de la que se hallaba el importante tesoro compuesto por monedas de oro y plata.



## el profanador de textos

Pero, como las puertas de Roma se cerraban al anochecer, tenían que pernoctar en casa de amigos.

Una luna serena favoreció su proyecto.

Los dos jóvenes montaron en cólera ante la sola idea que debían saltar de noche la tapia del jardín paterno, como si fueran ladrones.

Desde la villa se escuchaban alegres cantos y diversiones, señal de que el senador que se apoderó de la casa estaba en pleno festín.

Sin hacer ruido alguno, los hermanos pusieron manos a la obra.

Con un espadín levantaron cuidadosamente la baldosa señalada y allí estaba la urna buscada.

Luego, guardaron el pesado recipiente en una bolsa y emprendieron la retirada.

Antes de trepar nuevamente la pared, Felipe le dijo a Bartolomé:

—*“Si fuéramos solamente romanos iríamos al encuentro del senador y lo matamos con nuestras dagas! Sin embargo, como cristianos, nos está prohibido la venganza.”*

Con gran alegría recibió Vera a sus dos valientes nietos, que le salvaron una parte importante de su fortuna y que ahora sería de gran utilidad para su familia en Egipto.

Por otra parte, había decidido dejar definitivamente a Roma, estimando que su nuevo destino era Alejandría.

En consecuencia, tomaron las previsiones del caso para emprender este largo viaje y se despidieron de parientes y amigos.

Tiempo después y luego de un movido periplo, divisaron la costa de África.

Milón y sus amigos estaban en la cubierta del barco, mirando ansiosos el horizonte donde se des-

tacaban el intenso azul del océano y la claridad de la tierra.

Un nuevo destino desconocido los esperaba.

¿Qué les traería? Otras incógnitas le preocupaban a Milón:

—*“¿El anillo del Emperador, me abrirá el camino en casa de Andario? ¿Se impondrá la verdad? ¿Cómo enfrentaré a Lesco? ¿Baarla estará tan contenta como yo de éste reencuentro? ¿Seguirá trabajando en casa de Andario como sirviente libre? ¿El león, se acostumbrará nuevamente a la libertad, después de tanto cautiverio? ¿O será preferible quedarme con él y domarlo?”*

Al ver como se acercaban cada vez más a la costa, se le ocurrió una idea: ¿No sería factible que Vera construyera en Alejandría un templo cristiano, así como lo había hecho en Roma para el dios Júpiter?

La casualidad quiso que Vera meditara en igual sentido y espontáneamente comentó:

—*“En el nuevo país quisiera dedicarme a la construcción y mis hijos me apoyan. ¿También sos de la partida?”*

Con alguna vacilación, Milón le contestó:

—*“Lo que haré en Egipto aún no lo veo muy claro.*

*Pero me hace feliz que tú y tus hijos quieran dedicarse a la construcción.*

*Tal vez podrías consultar a Andario o acaso, por su intermedio, al Gobernador y a otros ciudadanos romanos prominentes de Alejandría.*

*Por mi parte, colaboraré con el mayor gusto en la construcción de un templo, en el que se*

*pueda reunir la congregación cristiana de esa ciudad.”*

Sorprendido, Vera retrocedió un paso :

—*“¿Tú has interpretado mis pensamientos y deseos más caros! Desde que nos metieron en la cárcel me ha preocupado el problema de la construcción de un templo cristiano: ¿qué características debería poseer? En mis noches de insomnio en la cárcel soñaba cómo lo edificaría.*

*Desde luego, un templo cristiano no debiera tener columnas resplandecientes, ni hacer alarde de lujos y ostentaciones.*

*Debería conducir a los seres humanos al silencio, a la introspección, donde la ceremonia sagrada y la oración los acercaran a Cristo.*

*Lo que en las catacumbas nos significaba el pequeño recinto de consagración debiera elevarse sobre la tierra y construirse como tal.*

*¿El altar del sacrificios será, en el futuro, la mesa del Señor!”*

Vera calló.

Sus ojos resplandecientes miraban llenos de esperanza y fe hacía la costa de Egipto que se divisaba en la lejanía.

Cada vez que un barco de cierta importancia arribaba a Alejandría, era infaltable una multitud de curiosos que acudía a presenciar las tareas de desembarque.

Entre los pasajeros que asombraron ésta vez al bajar a tierra estaba Milón y el león. ♣

## 26 reencuentro en casa de Andario

Milón, al llegar ante el portal de la finca de Andario no se bajó del coche, sino que se hizo anunciar por su sirviente Rano.

Un perro, atado de una cadena, ladró furioso.

El bedel abrió el portón para saber quién había llegado.

Rano se inclinó y dijo:

—“*En el antepatio se encuentra una visita de Roma, que le quiere transmitir un mensaje al general Andario de parte del Emperador.*”

La sorpresa del bedel fue grande al escuchar esas palabras y su mirada examinadora se dirigió hacia el coche, pero sin reconocer al viajero.

Rápidamente desapareció en el interior de la casa, para dar la novedad a su patrón.

Este se hallaba con su mujer en la terraza a la sombra de las palmeras.

Al oír el mensaje, opinó escéptico

—“*¿Un mensaje del Emperador de Roma? ¿Debe ser un error!*”

No obstante se levantó para dirigirse personalmente al antepatio y encarar al mensajero.

Pirra, lo siguió curiosa —en contra de las costumbres del país— para no perder detalle alguno de este importante acontecimiento.

Entretanto, el coche se acercó algo más al portón.

Cuando Andario llegó a la escalinata exterior, permaneció consternado ante el cuadro que se le presentaba.

¿Qué era aquello? En el coche estaba parado su antiguo esclavo, Milón, vestido con una túnica blanca, adornada con vistosas cintas multicolores y, a su lado, un león al que le acariciaba la melena? Atónito, Andario se quedó clavado sobre la escalinata de mármol.

Con los ojos y la boca abiertos, miró absorto hacia el coche.

¿Era esto una broma de mal gusto? Un grito de Pirra, que recién salía, lo llamó a la realidad, para reconocer que efectivamente allí se hallaba Milón junto al león, que él mismo ayudó a cazar con los soldados romanos.

Pero, ¿cómo combinaba todo esto? Además, ¿qué significaba eso de ‘un mensaje del Emperador’?

Milón, inclinando la cabeza, sonrió:

—“*Noble caballero, vengo a transmitirte un saludo del Emperador de Roma.*”

¿Con estas palabras se esfumó el encantamiento de Andario! Bajó la escalinata de mármol y se encaminó decidido hasta el coche, preguntando:

—“*¿Disculpa mensajero inesperado, si me ves sorprendido! Te ofrezco la hospitalidad de mi casa pero, dime por el amor de los dioses: ¿acaso tu nombre no es Milón?*”

Entretanto llegó Baarla al encuentro junto con algunos sirvientes curiosos.

El mensajero entregó la cadena del león a su acompañante y bajando del coche, contestó:

—“*Así es, noble caballero.*

*Una vez fui tu esclavo Milón.*

*¿Pero el Emperador de Roma me regaló la libertad y ella se la debo a este mi león!*”

Después de estas palabras llamó a Rano quién le volvió a dar la cadena del león.

El corazón de Andario se llenó de júbilo.

Presentía que aquí había ocurrido algo inaudito, jamás visto, que pocas veces los dioses habían mostrado.

Levantó la mano para hacer el saludo romano y señalando la terraza, dijo:

—“*Querido Milón, ¿eres mi huésped! ¿Ven y cuéntanos!*”

Sin más, subió las escalinatas, seguido por Milón, quién ató la cadena del león a una de las palmeras.

Ahora también se acercó Pirra, que anteriormente se había retirado por temor al león.

Saludó efusivamente al espléndido Milón, como si fueran viejos amigos.

La llenaba una gran curiosidad y, solicita, le ofreció un gran sillón como asiento.

A Baarla le ordenó de traer una jarra de vino egipcio y cuando volvió, Milón se levantó para saludarla.

Pero ella, con la vista baja, dejó rápido la jarra y regresó muy recatada al interior de la casa.

Andario comentó sonriente:

—“*Mucho es lo que cambió en el interín.*

## el profanador de textos

*Observa, Milón, patrones y esclavos se encuentran confundidos por tu súbito y extraño regreso.*

*No te demores más y cuéntanos lo sucedido desde tu partida de aquí!”*

Milón comenzó su relato.

Primero, se refirió a su encuentro con el león en el monte de los olivos.

Pero esta vez no omitió de mencionar el episodio de la extracción de la espina, con lo que se conquistó la amistad del león.

También explicó la razón por la cual no había hecho pública esa noticia: tenía temor que lo tomaran por embustero y mentiroso.

Andario igualmente se sorprendió mucho por éste acontecimiento y acotó:

*—“Milón, si tu no me lo hubieras contado hoy, por cierto que no te lo hubiera creído antes.*

*Y es más, hubiera considerado que tu historia del león era puro invento y fantasía.*

*¡Pero, continúa nomás!”*

Entonces Milón se dirigió a Pirra:

*—“Estimada señora, ahora que soy hombre libre, puedo darte una información sorprendente y declarar abiertamente que no fui yo el ladrón de tu anillo, al que una mano malévola escondió en mi bolso de dormir.*

*Lesco no pudo soportar que yo, siendo pastor de ovejas, lo reemplacé en su lugar como sirviente doméstico.*

*Por envidia y para expulsarme de mi posición y, a la vez, para evitar ser enviado nuevamente*

*al campo, se apropió del anillo, a fin de que se sospechara de mi.*

*De esa forma esperaba dejar la odiada actividad de pastor de ovejas y volver a ocupar mi cargo.”*

Pirra lo escuchaba con excitación creciente:

*—“¡De manera que mi sentimiento no me defraudó! ¡Yo jamás pude creer que Milón me hubiera robado! ¡Mi corazón intuía de que no era el culpable! Pero los acontecimientos se sucedieron con tanta rapidez que sólo pude dejar que siguieran su curso.”*

Por unos instantes, Andario bajó la cabeza, al recordar cuán duro castigo le hizo aplicar a Milón como presunto ladrón, al hacerlo azotar y luego vender en el mercado de los esclavos delincuentes.

Sin embargo, le pidió:

*—“Continúa, Milón, ¿cómo llegastes a Roma? ¿Qué ocurrió?”*

Antes de continuar con su relato, Milón aclaró:

*—“En Roma llegué al convencimiento de que en la vida humana interviene, de tanto en tanto, una mano desconocida que guía nuestro destino, cuando desea llevarnos a una meta y lograr un objetivo que no podemos ni sospechar.*

*Semejante mano oculta guió mi destino desde el monte de los olivos, cuando tomé el coraje de extraerle al león la espina de una pata.*

*La misma mano me guió en Alejandría, donde fui comprado y trasladado a la Arena en Roma.*

*Sobre idéntica huella llegó mi león a la capital romana, quién me reconoció en la Arena y después me protegió de la otra bestia.”*

Luego Milón informó ampliamente sobre su encuentro con los cristianos, con los que fraternizó en la cárcel.

Mientras relataba su entrada a la Arena, su obligación de saludar con las manos en alto al público romano y la casi certidumbre de ser desgarrado y devorado por las bestias salvajes, el recuerdo lo emocionó tanto, que su voz temblaba por momentos y finalmente enmudeció del todo.

*—“Cuando los dos leones entraron rugiendo, tratando de lanzarse sobre la primera víctima en su camino, la idea que mi alma se salvaría, aunque tuviera que morir, me dió fuerza y coraje.*

*Luego me enfrenté con este león, al que en un principio no conocía y me propuse luchar con él hasta la muerte.*

*En ése instante, me vino a la memoria un chasquido con la lengua y algunas palabras que le dije en aquella ocasión al león lesionado en el monte de los olivos.*

*El animal quedó confundido, aulló de alegría, me reconoció y yo también a él.*

*Me lamió las manos y los pies, en lugar de atacarme.*

*Además, ¡me protegió más tarde ante la arremetida del segundo león!”*

Los ojos de Pirra se humedecieron y Andario miraba incesantemente al león, que dormitaba en la sombra de las palmeras.

Milón hizo una pausa en su relato.

## el profanador de textos

Sus pensamiento giraban otra vez alrededor de la pregunta:

—“¿Debo dar al león su completa libertad y largarlo al desierto o intentar quedarme con él y domarlo?”

Andario lo sacó de sus reflexiones con la pregunta:

—“¿Cómo reaccionaron los romanos en la Arena, ante aquellos hechos insólitos?”

Milón describió como la muchedumbre estalló en aplausos atronadores, pidiéndole a gritos al César su indulto y libertad; como le fue posible obtener también el perdón para Rano mientras que el tercer compañero yacía desgarrado en su sangre.

Andario objetó:

—“Pero, con el león, tú no podías presentarte ante el Emperador.”

—“Yo impuse mi voluntad.”

Pedí una cadena y un bozal y me los entregaron. Todo era un entrevero tan grande por lo ocurrido que sólo atiné a solicitar y ordenar.

Así, me lo llevé conmigo frente al Emperador, se portó muy bien, de tal forma que éste creyó que yo era un domador de animales salvajes y que tenía un ojo mágico.

Me pidió que les contara —en breves palabras— lo que había pasado con el león y de dónde provenía yo.

*¡Entonces, mencioné Egipto y tu nombre, distinguido caballero! El Emperador manifestó conocerte muy bien de tiempos pasados, se mostró muy indulgente y habló de la sabia conducción*

*de los dioses, que en este caso eligieron para sus milagros, a un esclavo común.*

*Accedió a todos mis deseos, me regaló la libertad, al león y aquí, noble Andario, este anillo de oro para tí, que ahora te entrego, junto con los más expresivos saludos del Emperador.”*

Con esas palabras, Milón sacó de su cinturón el anillo y lo depositó en las manos del estupefacto Andario.

Poco a poco, Andario recuperó el habla, mientras contemplaba admirado la joya y finalmente, se la colocó en un dedo.

A Milón le pareció haber observado un brillo cálido en los duros ojos del viejo militar, cuando dijo:

—“Milón, te agradezco el saludo y este precioso obsequio.

*La lealtad, entre los hombres, es el signo más hermoso de la amistad.*

*Hace muchos años ya, en una campaña contra los enemigos de Roma, nos juramos fraternidad de armas con el que ahora es el Emperador y uno debía defender la vida del otro.*

*Cuando más tarde fue nombrado Emperador, siguió demostrándome su afecto.*

*Durante largos períodos cumplí con mis obligaciones en el lejano este del imperio.*

*Ahora, se hizo el silencio alrededor mío; pero una verdadera amistad es indeleble e inolvidable.*

*¡Este anillo del Emperador va a ser la alegría de mis años de ancianidad!”*

Después de estas palabras Andario se levantó y se acercó a Milón, quién también se había incorporado y seguidamente, el amo abrazó a su antiguo esclavo.

Le dijo entonces, con tono casi solemne:

—“Milón, yo no tengo hijos propios.

*Si estás de acuerdo, serás recibido en mi casa como si fueras mi hijo.*

*Lo que los dioses iniciaron con manos propias, dejad que nosotros los hombres lo terminemos como destino común.*

*¡De ahora en adelante, quiero que seas mi hijo!”*

Milón no sabía que le pasaba.

Tornó las manos de Andario buscando palabras de agradecimiento y de conformidad, pero, no las encontraba.

En ese momento, Pirra se puso a su lado y tomando su derecha, dijo:

—“Querido Milón.

*El anillo que llevo en mi mano fue el motivo de tu desdicha y gran dolor.*

*Por caminos insospechados y maravillosos, el anillo del Emperador unió tu suerte a la de nosotros.*

*Quédate, en adelante, con nosotros y ayúdame a mi marido en la atención de sus bienes.*

*Él necesita de tu ayuda.*

*En toda libertad, permítenos ofrecerte nuestra amistad.*

*Como si fueras nuestro hijo, serás recibido en esta casa.”*

Luego de estas palabras de Pirra, Milón no tuvo duda ya de que la mano del destino había cerrado otro capítulo y contestó:

—“¡Noble Pirra, noble Andario!

*Dispensadme si sólo encuentro palabras torpes para agradecer vuestra bondad.*

## el profanador de textos

De todo corazón acepto vuestro ofrecimiento de quedarme aquí.

¡Quiero mostrarme digno de vuestra confianza y benevolencia!”

Al cabo de un momento de reflexión, continuó:

—“En primer término tengo un problema para cuya solución tú, noble Andario, me puedes dar un consejo: ¿qué debo hacer con el león, que está allí profundamente dormido? Es un animal salvaje, nacido en libertad y pese a la amistad que me profesa, me doy cuenta —desde que pisamos tierra egipcia— que” se encuentra cada vez más inquieto.

¿Debo insistir en domarlo y reprimir sus instintos naturales? O, de lo contrario, ¿debo volver a darle la libertad?”

Andario dirigió su mirada hacía el animal que dormía y contestó:

—“Milón, para un animal salvaje como lo es el león, existe una sola felicidad y es la libertad que le brinda la naturaleza.

El afecto que te profesa es sorprendente y tal vez único.

No obstante, su naturaleza primitiva se habrá de manifestar cuando soplen los vientos del sur y le traigan al olfato los olores de la estepa.

Estoy dispuesto, mañana por la mañana, a realizar contigo un viaje en el coche, en dirección sudoeste, hasta donde comienza el desierto.

¡Allí podrás darle al león la libertad que a tí te regaló el Emperador!”

Ahora Milón tenía la plena certeza de que no le podía dar un mayor regalo que la libertad, pese que ello le significaba a él un gran renunciamiento.

A Andario le contestó:

—“¡Conforme, así lo haré!”

Sonriente, Andario comentó:

—“La vida es a veces como un juego de ruleta.

Nunca pensé que de cazador de leones algún día me volvería liberador de leones.

Bien, mañana temprano partiremos.”

Nadie más que Pirra se sentía tan feliz por esta conversación, dado que temía al león, aún estando durmiendo pacíficamente.

Sin embargo, con ganas hubiera superado estos temores en caso que Milón no hubiera querido separarse de él.

Mientras su mirada satisfecha se dirigía de su esposo al joven Milón, se escuchaba en el patio el arribo de un coche.

—“Es el Administrador en compañía de Lesco,” dijo Pirra, “hicieron compras en Alejandría.”

La cara de Andario se ensombreció.

Había olvidado completamente al delincuente Lesco, frente a las demás noticias y lleno de ira, dijo:

—“¡Ese infame calumniador! Con su fechoría mancilló mi prestigio de militar justiciero. ¡Su castigo será duro!”

Milón se mordió los labios al escuchar lo que ocurría en el patio.

Entonces, Andario se dirigió a él:

—“Dejo en tus manos el castigo a ese canalla. Su vida no me importa, si fuera por mí lo haría azotar a muerte.

Ahora es tuyo.

¡Espero que seas un juez severo y vengador!”

Enseguida bajó Andario las escalinatas de la terraza al patio, para tratar otros asuntos con el Administrador.

Pirra pasó al interior de la casa para organizar con Baarla la cena de huéspedes.

Rano, que estaba al cuidado del león, había solicitado permiso a Milón para llevarlo afuera y darle de comer y beber.

Los perros fueron encerrados para evitar contactos desagradables.

Milón se quedó sólo en la terraza y en su interior hubo una intensa lucha.

Nuevamente, vió la risa sardónica de Lesco cuando aquella vez tuvo que subir maltrecho al carro, para luego terminar en el mercado de esclavos delincuentes en Alejandría.

Recordaba la miseria y el miedo sufrido en la cárcel.

Su sangre hervía.

Más luego, también sentía la voz clemente del anciano Vera que predicaba el amor y el perdón.

No, en este momento no podía enfrentarse con Lesco; estaba demasiado excitado y no sabía si podía controlarse.

Mientras se cruzaban por su mente todas estas inquietudes, escuchó desde el patio un grito desgarrador de un hombre, o era de un animal.

Claramente escuchaba los gritos, entre latigazo y latigazo.

¿Lo castigaban a Lesco sin sus órdenes?

Rápidamente bajó la escalinata al patio.

Allí lo habían atado a Lesco a una columna de piedra y sobre su espalda desnuda el guardián de los esclavos, descargaba un azote tras otro.

En la cercanía estaba Andario y el Administrador, en plena discusión.

Milón se acercó a ellos y luego de saludar al sorprendido Administrador, preguntó:

—“¿No era que yo sólo estaba autorizado a castigarlo?”

—“¿Es cierto!” contestó Andario, “pero el miserable me volvió a mentir cuando le pregunté por el anillo robado! ¡Veinte azotes de mi parte! El resto, se los podrás hacer dar tú!”

Poco después, enmudecieron los azotes y Lesco quedó tendido, bañado en sangre y quejoso al pie de la columna.

El Administrador se dirigió a Milón y extendiéndole la mano, dijo:

—“Milón, te felicito por la gracia y la benevolencia que los dioses te brindaron.

Por las mentiras de este canalla fui inducido y ofuscado, creyendo que tú eres el delincuente y el ladrón.

Perdóname y deja que sea en adelante tu buen sirviente.”

Nuevamente le dió la mano a Milón inclinándose lleno de devoción ante el joven y nuevo amo, que Andario le había recomendado especialmente.

Acto seguido, Andario y el Administrador abandonaron el patio.

El guardián de los esclavos esperaba, rebenque en mano, las próximas órdenes de Milón.

—“¿Suéltalo!” ordenó este.

El guardián estaba convencido que tenía que azotar a muerte a la víctima.

Algo descreído miraba a su nuevo amo.

Pero, éste acompañó con un gesto la orden y, en consecuencia, soltó las ataduras del castigado.

Hasta entonces, Lesco, no había sido informado del regreso de Milón y tampoco pudo entender la razón por la que el amo volvió a inquirir sobre el tema del anillo robado.

Por eso no captó el motivo por el cuál Andario le hizo aplicar los azotes.

Pero ahora que le quitaron las ataduras y sosteniéndose en la columna para no caer, vió como el guardián con el rebenque se retiraba del patio.

Asimismo, vió a Milón parado detrás de él.

Los ojos se le agrandaron y un temblor estremeció su dolorido cuerpo.

Balbuceando, dijo:

—“¿Milón?”

Sus brazos se soltaron de la columna y cayó mudo, desplomándose a los pies de Milón.

Este lo miraba y recordaba su propia desgraciada situación de antaño.

Observó como de una estría manaba sangre, que se mezclaba con el polvo del piso.

Mitad pregunta y mitad advertencia, le dijo:

—“¿Lesco?”

En un brusco arranque, éste se tiró a un costado, abrazó las piernas de Milón y presionó su frente sobre sus pies.

Entonces Milón se agachó y le ayudó a incorporarse.

—“¿Lesco, levántate!”

El herido se levantó laboriosamente, ayudado por Milón y de esa forma lo acompañó hasta el dormitorio de los esclavos.

Ahí Lesco se dejó caer de bruces, quedando con la espalda herida hacía arriba.

Así permaneció mudo y dolorido.

Milón, le dijo:

—“No era mi propósito que te castigaran.

Yo te enviaré a Baarla para que te cuide las heridas.”

Poco después Milón entró en la casa para buscar a Baarla, que había sido informada por Pirra de lo sucedido en Roma y de la nueva situación de Milón en casa de Andario.

Justamente, estaba ocupada en preparar la mesa, en lugar de Lesco.

Al ver a Milón inclinó la cabeza, como correspondía hacerlo a una esclava.

Sin embargo, él le dijo: —

—“Baarla, dame tu mano, yo quiero tener buena amistad contigo, así como nos lo prometimos durante mi desgracia, cuando cuidabas mis heridas.”

Ella lo miró agradecida con sus ojos oscuros y le estrechó la mano, preguntándole:

—“¿En Roma también encontrastes cristianos?”

—“Si, Baarla, de eso tengo mucho que contarte.

Pronto conocerás al anciano Vera.

## el profanador de textos

*Fue perseguido en Roma por ser cristiano y viajó conmigo y su familia a Alejandría.*

*El escuchó personalmente al Apóstol Pablo cuando predicaba y, además, fue bautizado por él.*

*En él se combina la sabiduría y la bondad.*

*Pero, escúchame, lo que ahora quisiera pedirte es otra cosa: en el dormitorio de los esclavos, se encuentra tirado Lesco, malherido por los azotes recibidos.*

*Lo castigaron por el robo del anillo de Pirra.*

*Vé y cuida sus heridas y cálmale los dolores, como me lo hiciste a mí.*

*¡Él será perdonado! Además, ¿no fue acaso el causante involuntario de mi viaje a Roma? Su culpa se transformó en bendición para mí y para otros.”*

*—“Iré enseguida a verlo.*

*La mesa ya está tendida y Mucho, el nuevo sirviente, se puede encargar del resto.”*

Rápidamente volvió Baarla a la cocina.

En el mismo recipiente que utilizó en su tiempo para Milón virtió agua caliente sobre yerbas curativas, tomó una jarra con agua y unos racimos de uvas.

Cuando cruzó el patio para dirigirse al dormitorio, se encontró con el guardián de los esclavos y éste le preguntó:

*—“¿Qué es lo que buscas allí?”*

*—“Tengo que cumplir una orden de Milón,” le dijo.*

De inmediato, el guardián le contestó amablemente:

*—“Está bien,” y la dejó pasar.*

Baarla entró en aquel recinto sombrío y vacío.

Vió a Lesco dormitando sobre su bolsa de paja.

Él no había notado su presencia, gemía y respiraba pesadamente.

Al dejar Baarla la jarra de agua, el ruido le asustó y miró sorprendido a su visitante.

Baarla le habló:

*—“¿Milón me manda aquí, para tratar tus heridas.*

*He traído agua para beber!”*

Completamente desorientado, Lesco le preguntó:

*—“¿Que ocurrió? ¿Por qué está de vuelta Milón? ¿Quién descubrió el robo?”*

Baarla le contestó:

*—“Lesco, para tí el día de hoy es un buen día, aún cuando te trajo muchos dolores.*

*Sin la verdad, tu vida futura estaría cubierta de culpa y vergüenza.*

*Por la verdad, Milón, regresó.*

*En Roma, se convirtió en hombre libre y vivirá en casa de Andario.”*

*—“Entonces, los dioses lo ayudaron y a mí me hunden cada vez más.*

*El volverá a vengarse de mí, así como me hizo azotar hoy.”*

*—“¿No, estás equivocado! No se vengará de tí.*

*Tú fuistes castigado por haberle mentado nuevamente a Andario.*

*¿Acaso Milón no me mandó aquí para que yo te cure? Él te perdona y desea que vuelvas a ser un hombre de bien.”*

Mientras hablaba le lavó las heridas con todo cuidado y las cubrió luego con yerbas curativas.

Cuando Baarla lo dejó solo, Lesco, cayó otra vez en un sueño febril y al despertar, le volvían las palabras de Baarla: ‘Volver a ser un hombre de bien.’

## 27 última salida con el león

El día siguiente, muy temprano por la mañana, hubo un gran revuelo en casa de Andario.

Los sirvientes y esclavos de la finca ya habían comentado hasta altas horas de la noche el regreso de Milón.

También sabían de la liberación del león y nadie quería perderse su salida, de manera que se reunieron todos en el patio central.

El Administrador, a pedido expreso de Milón, acordó permiso a todos para presenciar esta despedida.

El coche estaba alistado y los caballos golpeaban impacientes con las herraduras contra el adoquinado.

En ese instante aparecieron desde la casa principal Andario y Pirra, acompañados por Milón y el león.

Entonces ocurrió algo insólito y jamás visto en la finca: ¡todos estallaron en gritos de júbilo y aplausos, igual que si se encontraran en el circo de Roma! Los patrones estaban rebosantes de alegría.

Milón saludó con una mano en alto a sus antiguos compañeros esclavos, mientras con la otra tenía tieso al león, que zamarreaba visiblemente de su cadena.

Como si se diera cuenta que también para él era un día importante.

El conductor del coche se ubicó en su asiento.

Andario subió y cuando lo siguió Milón, el león de un salto estuvo a su lado.

También los acompañó Rano para ayudar a sujetar al león durante el viaje y en caso que se mostrara revoltoso.

Los caballos pataleaban inquietos.

Al soltar las riendas, el coche arrancó y el ruido áspero de las ruedas sobre el pavimento acompañó a los viajeros hasta la salida del patio.

Las manifestaciones de júbilo se repitieron y los gritos de despedida seguían al coche cuando se alejaba.

Arriba, en el dormitorio de los esclavos, dos ojos negros espían por una abertura en la ventana y veían el espectáculo desde ese escondrijo.

El guardián de los esclavos le había concedido a Lesco el día libre para tratar sus heridas.

Al escuchar el griterío en el patio, se levantó a pesar de los fuertes dolores, para presenciar la partida del león.

Lesco, desde el día anterior, experimentó un cambio extraño.

En efecto, cuando cayó bajo los terribles azotes junto a la columna y se revolcaba con tremendos dolores, Milón se le acercó y le ayudó a levantarse... ¿Y no fue que le dijo en voz baja:

—“Pobre Lesco.”?

¿O es que lo había soñado y todo era una fantasía febril, que Milón le ayudó y lo acompañó hasta aquí? Luego vino Baarla para cuidar sus heridas.

Se acordaba perfectamente que le había dicho:

—“Milón me mandó, te perdona y quiere que vuelvas a ser un hombre de bien.”

Sí, así había hablado Baarla.

Siempre tendría que repetir estas palabras.

Sabía que no las iba a olvidar nunca.

Había en ellas un consuelo que sanaba las heridas de su alma tanto como lo hacía el cuidado de Baarla de sus dolores corporales.

Lesco abandonó el hueco de la ventana y tambaleante cayó sobre su bolsa de paja.

En la semioscuridad miraba absorto las paredes desnudas: ¿Acaso Milón halló en Roma palabras que cambiaban lo malo por lo bueno? ¿Quién se las enseñó? Hasta ahora, él sólo conocía aquello de ¡sangre por sangre, ojo por ojo, diente por diente y venganza por venganza! Debía preguntarle a Baarla.

En ella podía confiarse.

-

A través de caminos arenosos y polvorientos trotaban los caballos tirando del coche con los viajeros y el león, con dirección al sur y guiados por un conductor conocedor de la región.

El sol del mediodía ardía abrasador cuando llegaron al borde de la estepa, donde comenzaba una zona de colinas.

Andario ordenó un alto en el viaje.

La cadena del león crepitó cuando éste saltó junto con Milón del coche.

Bajaron un jarrón de agua y lo vaciaron en una hondonada del terreno, para darle de beber al león.

El coche y los caballos se quedaron a la sombra de unos árboles mientras que Andario y Milón se dirigieron junto con el león hasta una colina cercana.

Le quitaron el bozal y el animal mostraba cierto nerviosismo.



De tanto en tanto, levantaba la cabeza y olfateaba el viento que soplaba desde el sur.

De pronto, un temblor estremeció su cuerpo.

Tironeaba de la cadena.

Andario le hizo una señal a Milón.

Éste se mordió los labios, tomó firmemente el collar que estaba sujeto a la cadena y lo soltó.

Collar y cadena cayeron al suelo.

Como aquella vez en la Arena, Milón acarició la melena de su querido león.

Por última vez su lengua húmeda le lamió la mano.

El león soltó un gemido apenas perceptible.

¿Era un saludo de despedida? ¿O era un saludo de bienvenida a la libertad de la amplia y grandiosa estepa? Poco a poco, Milón apartó sus brazos del león.

Éste cerró los ojos y levantando la cabeza aspiró profunda y largamente el aire del desierto.

Lentamente, entró al pastizal, se adelantó unos pasos, siguió.

Alcanzó la cumbre de la pequeña colina.

Volvió una vez más su majestuosa cabeza, echando un último vistazo a Milón.

Estiró sus patas y con largos saltos se fue ingresando en la estepa.

Milón subió la misma colina y desde allí lo siguió con la mirada.

Su corazón latía de alegría y también de dolor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y lloró como lo había hecho aquella vez durante el reencuentro en la Arena.

Al león se lo veía cada vez más lejos, hasta que desapareció ente unos matorrales.

Milón permaneció inmóvil y cerró los ojos.

Una profunda gratitud le sobrevino, gratitud por su propio destino y que se manifestó ahora, sobre

esta colina, al separarse el león para siempre de su lado.

Cuando después de un rato volvió a abrir los ojos, la luz plena del mediodía lo deslumbró y recién entonces se dió cuenta que se hallaba solo.

Andario había regresado al coche sin hacer ruido.

No quería perturbar la despedida de Milón, pues también a él, como duro y viejo militar, le ablandó el corazón y le fue doloroso ver como el león se alejaba de Milón siguiendo sus instintos primitivos en procura de la libertad.

Pero, por otro lado, se sentía satisfecho y confortado al haber adoptado, como si fuera su propio hijo, al tan atribulado Milón.

Pensó también si por esa decisión su vida no tomaba otro rumbo.

Estos fueron sus pensamientos hasta el regreso de Milón.

Éste, a su vez, no dejó notar para nada la tristeza que pasó.

Con voz clara le pidió a Andario:

—*“Querido padre, permíteme conducir el coche en nuestro viaje de regreso, pues siento gran necesidad de ello!”*

—*“Siempre que me prometas no terminar el viaje junto con los cocodrilos del Nilo, hazlo pues!” replicó en tono sonriente Andario.*

Todos subieron al coche y el conductor le entregó las riendas a Milón, quién en realidad manejaba por primera vez un coche tirado por caballos.

Después de un rato Andario comentó:

—*“Ya veo: quien sabe domar leones no tiene mayores dificultades para dirigir caballos.” ♣*

## 28 encuentro en Alejandría

Después de un largo viaje y ya en las últimas horas de la tarde, llegaron a una bifurcación del camino donde hacía la izquierda se iba en dirección de la finca y hacia la derecha se llegaba a Alejandría.

Milón paró el coche y le preguntó a Andario:

—*“¿No te será demasiado fatigoso, querido padre, si hacemos un pequeño desvío para una corta visita en Alejandría? Quisiera ir hasta la hostería de Neptuno, saludar a mis amigos romanos y presentártelos.”*

Andario, que le gustaba que lo llamaran padre, estuvo de acuerdo y Milón dirigió el coche hacia aquella ciudad.

Poco después, llegaron.

La aglomeración de la gente era cada vez mayor, lo mismo que la congestión de tránsito por los carruajes.

Entonces Milón le entregó la conducción del coche a Rano ya que éste se había desempeñado anteriormente en estas tareas al servicio de un patrón romano y conocía perfectamente las triquiñuelas del manejo en calles de gran tráfico.

La hostería se encontraba cerca del puerto.

## el profanador de textos

Cuando llegaron, Andario dijo que prefería quedarse en el coche:

—“Para un romano distinguido no es recomendable penetrar en una hostería.”

Milón encontró a sus amigos reunidos en el patio.

¡El encuentro fue muy jubiloso! Vera observó de inmediato el cambio que había experimentado Milón.

¿Habría sufrido un desengaño? ¿Habría sido bien recibido en casa de Andario? Sin más Vera le preguntó:

—“¿Qué es de la vida del león?”

Milón primero permaneció mudo. Todos lo miraban ansiosos.

—“Le va muy bien.

Ya está en libertad.

Lo vi correr hacia el sur por las estepas.”

Nadie hizo comentario alguno a estas palabras, puesto que todos sabían lo que le significaba el león a Milón.

Luego, continuó:

—“Vera, casi me olvido: afuera, en su coche, nos aguarda mi antiguo patrón.

Venid conmigo todos, iremos a verlo y se los presentaré.

¡Me recibió como un padre y tiene muchas ganas en conocerlos!”

Andario saludó muy amablemente a los amigos romanos de Milón y observando fijamente a Vera, le dijo:

—“¿Fuistes maestro de construcciones en Roma? ¿Acaso no has sido tú el que hace unos treinta años efectuó las obras de ampliación de las puertas del norte de Roma y las obras de fortificación?”

—“Así es, aquellas obras se hicieron de acuerdo con mis planos.”

—“Entonces, es allí donde nos conocimos por primera vez.

Yo pertenecía en aquel tiempo al Consejo de Defensa de Roma y tuve ingerencia en ese asunto.

Me acuerdo bien de tí, solamente olvidé tu nombre.”

Nuevamente le estrechó las manos a Vera.

Era como si de repente hubiera encontrado a alguien con quien podía conversar de tiempos pasados y de la vieja Roma.

De pronto le dijo a Milón:

—“¿No sería más prudente que tus amigos viajaran con nosotros a nuestra finca, hasta que hayan encontrado una vivienda adecuada en Alejandría? Nuestra casa de huéspedes está desocupada y para comer hay de todo en la casa.”

Este inesperado ofrecimiento motivó la alegría de todos.

Andario acostumbrado a dar órdenes, dijo:

—“Estimados amigos romanos: en nuestro coche no hay en este momento lugar para todos. Mañana los haré buscar como huéspedes míos. Preparad todo para el traslado a mi finca.

Hasta entonces, estará preparada nuestra casa de huéspedes.”

Vera le agradeció profundamente su gentil invitación y comentó:

—“En la vida suele ocurrir así: ‘donde se cierra una puerta en cambio se abre otra.’”

Durante el viaje de regreso, Milón observó que Andario estaba muy pensativo.

Pero también a él se le cruzaban por la mente los acontecimientos del día y prefirió callar.

¡Cuánto era lo que cambió en tan cortos días! Cómo se allanó el camino de sus amigos romanos, a los que en ningún momento pensó que Andario los iba a recibir y, menos aún, como huéspedes.

¡Qué benévolo fue el destino que intervino aquí! Aún cuando era grande el dolor que sentía por el león perdido, se daba cuenta, no obstante, que ahora la vida le exigía enfrentarse con otros problemas, para los cuales debía concentrar todos sus esfuerzos.

Súbitamente despertó de estas elucubraciones, cuando Andario le preguntó:

—“Dime, Milón, ¿qué ocurre con estos cristianos a los que pertenece Vera? ¿Cómo es posible que Vera, siendo un romano distinguido, haya adoptado esa religión nueva y desconocida religión?”

Milón le contestó:

—“Vera me habló ampliamente de este tema en la cárcel de la Arena de Roma y luego durante nuestro largo viaje hasta aquí.

Me contó que estaba construyendo un templo para Júpiter en Roma cuando se dió cuenta

## el profanador de textos

que los antiguos dioses habían desaparecido; sus estatuas de mármol abandonadas; el pueblo supersticioso y las ofrendas sacerdotales eran una falsa devoción.

A veces esperaba que se hiciera un milagro y que un dios ingresara al nuevo templo.

Sin embargo, se terminó de construir el templo en brillante mármol pero ningún dios entró allí para conmovier a los hombres.

La ciudad de Roma sólo ganó un edificio suntuoso.

En aquella época, Vera conoció a numerosa gente que sin poseer templo alguno sentía la presencia de Dios en su interior.

¿Es este el nuevo Dios, todavía oculto, que llegó a la humanidad? De él, Vera te podrá contar muchas cosas ocurridas en Palestina y las que yo tampoco entiendo del todo y no las puedo volcar en palabras.”

Mantuvieron esta conversación pese a los ruidos del coche y los chasquidos del látigo, hallando en Andario un oyente atento, interesado.

—“Este Vera me interesa mucho.

Tiene la dignidad de un romano y la delicadeza de un ateniense.

Me dijo que su padre fue un famoso escultor griego que se trasladó a Roma, adoptando un nombre y las costumbres romanas.

Ahora bien, algo me resulta aún dudoso: ¿como se puede hablar de un nuevo Dios? Es cierto, los antiguos Dioses ya no nos significan nada y se han reducido a simples figuras de mármol.

*Yo personalmente los dejé completamente de lado y en mi casa sólo mi mujer se preocupa en adornar un pequeño altar, donde trata de conjurar los espíritus sobrenaturales.”*

Andario pensó: ‘Al parecer, también Milón es partidario de la nueva religión cristiana, puesto que el comentario que hizo parecía emanado por quien tiene pleno convencimiento de la materia.

Pero, ¿cuál será la razón por la que el Emperador se ve obligado a perseguir a los cristianos? ¿Debe tener sus buenas razones! Y, ¿por qué desterró de Roma a un arquitecto acreditado y meritorio como lo es Vera?’ Todas éstas eran preguntas que conmovían a Andario.

Se propuso conocer mejor a estos cristianos y a profundizar con sus ideas, haciéndoles conocer y aclarar sus errores. ♣

## 29 Alejandría nocturna

Después que Andario y su comitiva abandonaron la hostería Neptuno, los dos jóvenes, Felipe y Bartolomé, se dirigieron a su padre:

—“Hasta ahora permanecemos en casa, siempre a la espera de Milón, pero ya habiendo aclarado con él nuestro traslado a la finca de Andario quisiéramos darnos una vuelta nocturna por la ciudad.

Así podremos conocer el dique de contención, el estadio Hepta y a la isla con el famoso faro, que vimos al entrar al puerto.

Recordamos, querido padre, que nos dijiste que era una de las siete maravillas del mundo, construida por el griego Sostratos.”

Dina, la madre de ambos jóvenes escuchó este deseo y algo miedosa objetó:

—“La ciudad, por serles desconocida, tiene sus peligros, especialmente de noche, y por ser tan extendida es fácil perderse.

¿Si les pasa algo, tendremos nueva desgracia!”

El padre entendió muy bien la inquietud de sus hijos y les dijo:

## el profanador de textos

—“Con el mayor placer los acompañaría, pero lo haré más adelante, junto con Dina y el abuelo, pero con ritmo más calmo.

Quizás venga Milón con nosotros.

Además, ellos son prudentes y hábiles y no se dejarán meter en aventuras arriesgadas.”

Vera intervino en la conversación, diciendo:

—“Demasiado tiempo estuvieron presos y deben ver al mundo.

Aquí tienen unas monedas de plata para cualquier emergencia.”

Los jóvenes, después de tomar el dinero, salieron presurosos de la hostería.

Al llegar a la avenida Dromos,<sup>1</sup> la principal de la ciudad, se quedaron perplejos por su amplitud.

Ni en Roma vieron una calle tan ancha, que daba cabida a casi veinte coches colocados en forma transversal.

Los ciudadanos de Alejandría también la llamaban Plateia,<sup>2</sup> por ser tan ancha.

Después de su prolongada prisión y la estrechez vivida en el barco, los hermanos gozaban de esta excursión entre miles de transeúntes y en una ciudad desconocida.

Admiraron las numerosas casa comerciales que tenían expuestas mercadería de África, Arabia y Asia.

Un encantador de serpientes mostraba su destreza: al son de su flauta, atraía a una serpiente desde un recipiente de barro y con la música, el reptil se movía como danzando para sorpresa de todos.

Cerca de allí, un prestidigitador dejaba al público con la boca abierta con sus artes, haciendo aparecer y desaparecer monedas como por encanto.

Una adivina encontraba mucha clientela, vaticinando el futuro a través de las líneas de la mano derecha.

Una muchedumbre multicolor compuesta por árabes, negros, judíos y romanos, se desplazaba por las calles y plazas.

Además, circulaban gran cantidad de carruajes por las calles en todas direcciones.

Mucho gentío presenciaba el espectáculo que ofrecían los cocheros de los carruajes que se embesaban ocasionalmente y que luego discutían entre sí insultándose en forma soez.

Entretanto, atardecía lentamente y los comerciantes iban empacando poco a poco sus mercaderías.

De pronto, se escuchó un griterío: un mercader cargado con rollos de alfombras, cayó casi a los pies de Felipe y con él su carga.

Los dos hermanos, ayudaron al viejo a levantarse y a juntar su carga.

En ese instante, Felipe observó como un desconocido, en lugar de devolverle una alfombra arrollada, se la colocó sobre sus espaldas y desapareció.

Felipe, lo persiguió de inmediato.

Bartolomé, que no quería quedarse solo en la muchedumbre, corrió detrás de su hermano.

El viejo mercader gritaba:

—“¡Agarren al ladrón! ¡Agarren al ladrón!”

En la confusión, muchos pensaban que Bartolomé, que corría detrás de su hermano, era el ladrón y así se lo señalaron a un soldado corpulento que por allí pasaba.

Éste, sin más, lo sujetó de la ropa, gritándole:

—“¡Detente, canalla infame!”

Bartolomé quiso zafarse del manotón, pero, otros de los presentes se abalanzaron sobre él y lo tiraron al suelo.

Cuando pudo demostrar que no había robado la alfombra, el verdadero ladrón, como también Felipe, habían desaparecido.

El ladrón era sumamente ágil y ligero, cruzando la calle entre los vehículos y el gentío.

Además, era muy conocedor de la zona, pues metió enseguida en una callejuela y de allí en un zaguán oscuro, que daba a un sótano.

Ahí espero detrás de una saliente de un muro y cuando pasó Felipe, que lo seguía de cerca, lo hizo trastrabillar poniéndole un pie.

Felipe cayó por la oscura escalera del sótano y pegó fuertemente con la cabeza contra la puerta del mismo.

Perdió el conocimiento y quedó tendido en la oscuridad.

Entretanto, Bartolomé, estuvo vagando de aquí para allá buscando al hermano desaparecido.

Finalmente, volvió al lugar donde había estado el viejo de las alfombras, quien todavía esperaba que alguien le devolviera lo robado.

Bartolomé pensó: ‘Felipe, con o sin alfombra, tendrá que volver a este lugar.’ Pasó una hora y ya anochecía.

Las calles y plazas, estaban cada vez más solitarias y Felipe no aparecía.

El mercader se hizo dar la dirección de la hostería donde se alojaban los hermanos y se despidió.

Bartolomé esperó un rato más y luego alquiló un portador de antorchas, haciéndose guiar hasta la hostería donde esperaba encontrar a su hermano.

<sup>1</sup> Dromos: Avenida para procesiones. [n. del pr.]

<sup>2</sup> Plateia o platia: Plaza central de una ciudad. [n. del pr.]

## el profanador de textos

Al llegar allí, no se sabía nada de su hermano y una honda preocupación embargó a los parientes.

El padre se hizo reproches por no haber acompañado a los jóvenes.

Vera, en cambio, fue más optimista y dijo:

—*“No se desanimen.*

*Felipe siempre tuvo buen ánimo y mostró valentía.*

*¡Ya volverá!”*

Resignados, optaron por esperar su regreso.

Pero, ¿como le fue a Felipe, frente a la puerta del sótano? No había pasado mucho tiempo y se escucharon pasos en la escalera.

Era el anciano que bajaba con una lámpara en la mano.

De pronto, pensó: ‘¿Qué es esto?’ Había tropezado con algo blando, escapándosele un leve grito de asombro.

Alumbró algo más abajo y advirtió al joven que estaba tirado allí completamente inmóvil.

Al iluminar el rostro ladeado del joven, vio que manaba sangre de su cabeza.

También le pareció que respiraba con dificultad.

¿Qué habrá pasado aquí? ¿Por qué estará aquí este romano? ¿Habrá bebido y se cayó por la escalera? murmuró

Algo agitado subió nuevamente para buscar auxilio.

Cruzó el patio y entró por un portón.

Al rato, volvió acompañado por dos esclavos, que portaban una segunda linterna y una jarra de agua.

El anciano abrió la puerta del sótano y les dijo a sus ayudantes:

—*“Lo acostaremos sobre un banco y así podremos atenderlo mejor.”*

Seguidamente, colocaron una lámpara en la escalera y la segunda en el sótano.

Los dos robustos esclavos levantaron al desmayado y lo trasladaron al recinto del sótano.

Apenas el anciano había volcado agua sobre la frente de Felipe y le lavó la herida, éste se despertó.

Con asombro miró en su derredor, viendo la luz, la bóveda del sótano y a los tres desconocidos.

Lentamente, dejó caer una pierna e hizo un intento para levantarse, pero, el anciano lo impidió:

—*“Quédate tranquilo. Te has caído.*

*¿Qué te pasó? ¿Quién eres?”*

Felipe aún no se había repuesto y preguntó:

—*“¿Dónde está el ladrón? ¿Y yo, dónde estoy?”*

—*“Te encontramos delante de la puerta de nuestro sótano.*

*¿Cómo te llamas?” insistió el anciano.*

—*“Felipe. ¿Mi hermano Bartolomé no está aquí?”*

El rostro del anciano se iluminó y repitió:

—*“¡Felipe, Bartolomé! ¡Estos son nombres de los discípulos del Señor! Tú, romano, ¿acaso eres cristiano?”*

—*“Salve in nomine Christi —Os saludo en nombre de Cristo,” contestó Felipe con voz distendida.*

Este era el saludo de los cristianos en Roma.

La luz en las manos del anciano temblaba cuando le dijo al peón:

—*“Ve rápido y llama a mi mujer.”*

Con alegría tomó las manos de Felipe y le dijo:

—*“Te llamas Felipe. ¿Puedes contarme lo que te sucedió?”*

En pocas palabras le refirió a la persecución del ladrón y al hecho de haber perdido de vista a su hermano.

También aclaró que se hallaba hace muy poco en Alejandría, junto con sus padres, en la hostería Neptuno.

—*“¡Prodigioso, maravilloso!” contestó el anciano.*

—*“¿Sabes joven dónde te encuentras? ¿Has caído frente a una puerta especial! En Alejandría hay tres congregaciones cristianas.*

*En este lugar, nos reunimos los cristianos, de ahí los bancos y los asientos de piedra.*

*Dado que hoy tenemos justamente una reunión, vine para abrir la puerta y prender las luces.*

*Fue cuando te encontré a tí.*

*Pronto estarán los primeros hermanos y hermanos.”*

Felipe miraba de cerca el recinto en que se hallaba y en cuyo centro había una mesada de piedra.

Luego inquirió:

## el profanador de textos

—“¿Hace cuánto tiempo estoy aquí? ¿Es ya muy tarde en la noche? Al atardecer lo perseguí al ladrón de la alfombra.”

—“Debe haber transcurrido escasamente una hora.

Afuera ya es de noche.”

Preocupado, Felipe, preguntó:

—“¿Cómo voy desde aquí a la hostería Neptuno? ¿Mis padres y mi hermano deben estar muy preocupados por mí! ¿Debo regresar cuanto antes!”

Con éstas palabras el herido pretendió levantarse, pero, el anciano se lo impidió:

—“¿Después de semejante caída, no te dejas salir corriendo! Además, tuvistes mucha suerte al no fracturarte ningún miembro y por último, de ninguna manera conviene que te movilles antes de tiempo.”

Felipe reconoció que era prudente seguir los consejos del anciano, máxime al decirle:

—“Enseguida mandaré a uno de mis peones para que vaya a la hostería y le comente a tus padres de lo ocurrido.”

En ese momento entró la mujer del anciano, en compañía de otro peón.

Después de su presentación, la mujer le dijo:

—“Llevallo al banco de madera al lado de la pared.

Allí estará más cómodo, se podrá apoyar. También traje algunos almohadones.

*Pero por ahora que no se mueva.”*

Felipe fue trasladado al banco y acostado confortablemente sobre los almohadones.

Un dolor punzante en la cabeza le preocupaba.

El anciano le dió instrucciones al peón para que avisara a los parientes en la hostería Neptuno.

Le indicó además de acompañar con la antorcha al hermano, por si quería verlo y eventualmente pernoctar en la casa.

Entretanto, un sirviente prendió numerosas luces en el recinto del sótano, pues llegaban los primeros cristianos.

Con sorpresa, Felipe vió como una persona ataviada con un hábito blanco encendía tres velas sobre el altar, colocó una jarra y una bandeja con pan.

Había en el recinto un silencio solemne y sólo se oían los pasos en la escalera.

Poco a poco se fue llenando el local con los miembros de la congregación cristiana, tomando asiento sobre los bancos de piedra.

En espera callada aguardaban allí.

De un recipiente salía humo de incienso, que llenaba el lugar con su perfume característico.

En el ínterin, el mensajero llegó a la hostería, preguntando:

—“¿Conocen aquí a un huésped de nombre Bartolomé?”

Lo hicieron pasar al patio donde, al lado de un fuego, se encontraba la familia de Vera, a la espera angustiada de Felipe.

—“Un mensajero para Bartolomé,” gritó el dueño de la hostería, haciendo pasar al mismo.

De inmediato acudieron los familiares asustados, para conocer las novedades.

—“Traigo noticias de Felipe.

Se encuentra herido en casa de mi patrón, el comerciante Jonas, quien le hace saber que no tengan temor alguno.

El joven está bien cuidado en su casa.”

Asediaron con numerosas preguntas al mensajero. Este tomó asiento y relató todo lo que sabía.

Cuando dijo que encontró ayuda en la congregación cristiana, todos dieron un grito al unísono:

—“¿Buen hombre, llévanos a donde está Felipe.”

Dado que la distancia no era muy grande, toda la comitiva se puso en marcha a través de calles y callejuelas, siempre guiada por el portador de la antorcha.

Al llegar la casa señalada, el mensajero iluminó la escalera al sótano y dijo:

—“El culto religioso ya ha comenzado, pero, pueden asistir igualmente, pues siempre hay algunos rezagados.

Bartolomé bajó junto al portador de la antorcha y los demás lo siguieron.

Abrieron con cuidado la pesada puerta de entrada para evitar así chirridos molestos.

Un recogimiento solemne recibió a los recién llegados, alentados por la voz de un sacerdote.

Hablaba de Cristo como una luz en el mundo, que en el andar del tiempo se acercaba cada vez más a la humanidad, hasta sumergirse en la oscuridad de la Tierra y aparecer como hombre.

## *el profanador de textos*

Después, se refirió a la luz que arde en todo corazón humano y que se enciende a su vez en la luz de Cristo.

Pero que debe ser reavivada constantemente, pues los rudos vientos de la vida cotidiana la apagan.

Entretanto, el mensajero llevó a la familia Vera hasta el banco de piedra donde se hallaba Felipe.

Se saludaron con un mudo ademán.

Dina, la madre, se sentó a su lado y apoyó su brazo en su espalda.

Los demás se alinearon contra la pared, participando atentamente del servicio religioso.

Después de una plegaria, el sacerdote con las manos en alto, se desplazó alrededor del altar, acompañándolo hombres y mujeres e implorando la bendición del pan y del vino que se hallaban sobre el altar, cubiertos por un lienzo blanco.

Al cabo de algunas rondas, el círculo se paró.

El sacerdote levantó enseguida el lienzo y les dió, con la colaboración de un ayudante, a cada uno de los presentes, pan y vino de la mesa del Señor.

Como últimos, Vera y los suyos se acercaron al altar.

Bartolomé y su padre ayudaban a Felipe que a toda costa quería participar de la ceremonia.

Mitad hablado, mitad cantado, se entonó luego un cántico de gracias.

La familia Vera volvió a su lugar en fondo.

Alrededor del altar se movían rítmicamente un conjunto de doncellas portando lámparas encendidas.

Al término de la ceremonia, los asistentes se despidieron mutuamente como hermanos y hermanas.

A los Vera les cupo un homenaje especial, por ser cristianos romanos y más aún cuando se supo que Vera había sido bautizado por el Apóstol Pablo.

Se le pidió que en la próxima reunión, dentro de tres días, haga un relato de su encuentro con el Apóstol, cómo había predicado y actuado en Roma y, cómo sufrió el martirio.

El dueño de casa —que encontró a Felipe en la escalera del sótano— se acercó a los Vera y les dijo:

—*“Mi nombre es Jonas.*

*Con Felipe ya hice amistad esta noche, cuando cayó tan mal por la escalera.*

*Con el mayor placer le ofrecí mi casa para que se reponga del golpe recibido.”*

Los Vera le agradecieron su gentileza y éste agregó:

—*“Si les parece bien los invito a todos ustedes a pasar ahora a mi casa, para dejar en claro que esto no es una cueva de ladrones.”*

Poco después todos se hallaban reunidos en la casa del comerciante Jonas.

Felipe descansaba plácidamente sobre un cómodo diván.

En su conversación con Vera, Jonas, se refirió a sus actividades comerciales:

—*“Media vida me dediqué al comercio de paños y alfombras con Roma y las principales ciudades del Imperio.*

*A medida que me enriquecía con estas actividades sentía, cada vez, un mayor vacío espiritual.*

*Los antiguos dioses y sus templos nada me significaban.*

*Un buen día llegó a Alejandría un mercader de paños de Jerusalén.*

*Era mi huésped.*

*En él observé algo que me sorprendió y que hasta entonces nunca vi: en sus transacciones comerciales era totalmente honesto.*

*Una noche, en esta misma casa, tuvimos una extensa conversación, pero, en lugar de hablar sobre calidades y precios de los paños, el tema derivó hacia los hombres y los misterios en el mundo.”*

—*“Hablabamos de tiempos pasados y futuros como un sabio.*

*Se refirió a un hombre, en el cual tomé posesión el hijo de Dios.*

*Contaba, como su padre se había encontrado con esta maravillosa persona y como lo siguió durante días enteros para escucharlo cuando hablaba del reino de Dios, de épocas pasadas y venideras.*

*Y, a través de él, mi padre tomó contacto con la congregación cristiana de Jerusalén.*

*Al día siguiente, me hizo conocer algunos cristianos de Alejandría y repentinamente, esta gente tuvo para mí más importancia que mis negocios de paños.”*

—*“Recién al cabo de varias semanas el mercader volvió a Jerusalén.*

*Entretanto, yo me convertí al cristianismo.*

*La congregación de Alejandría a la que pertenezco creció rápidamente y yo puse a su disposición el sótano de mi vivienda para el servicio religioso.*

*En la actualidad, ya resulta demasiado reducido, como habrás visto.”*

—*“Tú eres arquitecto, Vera, ¿no podrías construir un templo adecuado para nuestros fines?”*

## el profanador de textos

Ante esta pregunta inesperada, Vera le sonrió a su hijo Mario y contestó:

—“Jonas, aparentemente tú puedes interpretar los pensamientos! Mi hijo puede dar fe: cuando en nuestro viaje desde Roma nos acercamos al puerto de Alejandría, le dije: ‘¡Aquí, en Egipto, quisiera construir otra vez más un templo para el nuevo Dios Jesucristo!’ Y cuando vimos en la entrada al puerto a una de las maravillas del mundo, el gigantesco faro, le dije a Dina, mi mujer: ‘Hay otra maravilla del mundo, que la luz oculta, que ilumina más allá que ésta, en el faro más elevado del mundo y de país en país, de continente a continente.

Su fuego fue encendido por los discípulos del Señor para Pentecostés.

Yo la vi arder en el Apóstol Pablo.

Este fuego es como si fuera un faro de las almas, que buscan rumbos sobre las olas de la vida.

¡A este fuego quiero construirle un altar y un templo!”

Vera calló, casi asustado por el entusiasmo que lo embargaba.

Y Jonas exclamó:

—“Vera, tú eres el hombre que estoy buscando hace años.

Aquí en el centro de Alejandría se encuentra mi sede comercial y mi casa.

He decidido abandonar los negocios que hicieron de mí una persona de fortuna.

Antes que la muerte me llegue de anciano quisiera hacer construir una digna casa de Dios, para la congregación cristiana de Alejandría.

¡Tú, Vera, junto con tus hijos, serán los encargados de realizarla!”

Después de estas palabras, Jonas se acercó al arquitecto romano y le estrechó ambas manos.

Vera, a su vez, le contestó:

—“Noble Jonas, acepto tan elevado encargo. Ahora sé porque estoy en Egipto.

Cuando esta noche vi danzar a las doncellas la rueda sagrada, se iluminó mi mente y tuve una idea: la casa de Dios, llamémosla nuestro templo, deberá tener una forma redonda y en su centro estará el altar.

Allí donde los feligreses harán la ronda, deberán estar las columnas y serán en total doce, como lo fueron los discípulos del Señor.

El templo quedará cerrado en lo alto por un techo arqueado, cuál bóveda del cielo.”

Vera hablaba con tal entusiasmo que parecía tener el templo frente a sus ojos.

Era hora avanzada en la noche y Mario sugirió:

—“Padre, estamos en plena noche.

¡Continúa construyendo cuando sea de día! Felipe ya puede soñar esta noche con su arte del mosaico que aprendió en Roma y las estrellas que dibujará en la cúpula.

Bartolomé, que sabe manejar el cincel, te podrá labrar con el escoplo un altar de granito.

Yo, por mi parte, que estoy acostumbrado a lidiar con los esclavos de la obra, me ocuparé que las piedras labradas sean colocadas en su lugar preciso.

Pero ahora el hostelero del Neptuno no tendrá que esperar más tiempo hasta nuestra llegada.”

En feliz cordialidad, los Vera se despidieron de Jonas.

El abuelo dijo:

—“Con las mayores ganas comenzaría ya mañana con los preparativos de la obra; pero estamos invitados por algún tiempo en una finca de los alrededores.

Entretanto, voy a meditar mucho sobre los futuros planos.”

Jonas respondió:

—“En cuanto con tu gente estés listo para la obra, les daré alojamiento a todos en alguna de mis casas.

Para los trabajos pesados pueden ayudar algunos de mis esclavos, en lugar de trasladar fardos de paños y alfombras.

Además, creo que seguramente muchos de nuestros hermanos y hermanas estarán dispuestos a colaborar en la obra.

¡Ya me alegro pensando que una de mis casas se convierte en solar de la construcción!”

Jonas le encargó a un portador de antorchas y a dos acompañantes armados que guiaran a sus nuevos amigos hasta la hostería.

Durante la marcha por las calles oscuras de Alejandría podían ver la luz intermitente del faro.

Vera pensó: ‘Pronto podré construir una morada a la luz interior de la tierra en Alejandría.’ ♣



## 30 Milón busca a sus invitados

Temprano en la mañana siguiente, Milón le indicó a Rano preparar un coche más amplio, tirado por dos caballos, que debía traer a la familia Vera a la finca de Andario.

Aún no tenía noticias de las emociones que vivieron éstos la noche anterior.

Pirra estaba contenta de poder recibir en su casa de huéspedes a la familia romana.

También se alegraba por los días de amistad y agradable compañía que le esperaban.

Bajo su dirección y la supervisión de Baarla las sirvientas dejaron en perfecto orden la casa de huéspedes y hasta adornaron las habitaciones con flores.

El edificio de huéspedes se hallaba, visto desde la casa principal, en el lado opuesto del jardín.

Una larga galería techada, sostenida por columnas, unía ambos edificios, que Andario hizo construir hacía algunos años por un arquitecto de Alejandría.

Al costado del camino de lajas había un pequeño estanque con flores de loto, que cuidaba un viejo jardinero.

Mientras la servidumbre trabajaba en la casa de huéspedes, el coche de Milón estaba en camino a Alejandría para buscar a los invitados.

Allí hubo un encuentro amistoso.

Enseguida Milón fue informado de los acontecimientos de la noche anterior con Felipe y de la reunión de cristianos en la casa de Jonas.

Cuando Vera contó que le fue encomendada la construcción de un templo cristiano, Milón dijo:

—*“¡Estimados amigos.  
Egipto, no los hubiera podido recibir mejor.  
Pronto no llorarán más a Roma, cuando  
Alejandría sea vuestra nueva patria!”*

Milón sólo se lamentaba que sólo serían sus huéspedes en casa de Andario por pocos días puesto que próximamente tomarían alojamiento en Alejandría, ocupados en el comienzo de las obras del nuevo templo.

El equipaje de los viajeros fue ubicado en el coche y saldada la cuenta del hostelero.

Primero se dirigieron a casa de Jonas para buscar a Felipe.

Entraron al amplio patio de la mansión del rico comerciante.

Luego de ser anunciada su llegada por un criado, se acercaron Felipe y Jonas, para saludar a los Vera.

Al presentarlo a Milón Jonas le dijo:

—*“¡Bien recibido Milón! De tu valentía y hermandad ya me contó Felipe.*

*Nos sentimos felices al contar contigo en la congregación cristiana de Alejandría.*

*Se requiere mucho valor y coraje para salvar al cordero de Cristo de la loba romana.*

*El abuelo Vera debe haberte contado que aquí en este solar le será construido un refugio al Buen Pastor.”*

Vera el mayor, le contestó:

—*“Antes de partir quisiera recorrer nuevamente el solar, a lo largo y a lo ancho, para poder ocuparme en la finca de Andario en la confección de los planos.*

*Cada día me es valioso para poder coronar el trabajo de mi vida.”*

Luego midió con pasos seguros las longitudes deseadas.

Jonas trajo una tabla de cera en la que inscribió las medidas obtenidas.

Entretanto Felipe y Bartolomé acompañaron a Milón al sótano, para mostrarle el lugar actual de los servicios religiosos.

Al llegar a la puerta de roble Felipe, señalando su herida en la frente, dijo:

—*“Este roble es casi tan duro como mi cabeza!”*

Milón se dejó explicar las características del lugar y se mostró ansioso de poder participar en una de las próximas reuniones.

También se propuso traerla a Baarla.

Cuando volvieron al patio, Vera había concluido con la medición, guardando la tabla de cera con los datos obtenidos como si fuera una joya.

Con todo cuidado la colocó en su vestimenta, cerca del corazón.

Ya en el coche, su hijo Mario le dijo en broma:

—*“Ten cuidado padre, allí cerca de tu corazón ardiente se va a derretir la tabla de cera y tendrás que hacer el trabajo de nuevo.”*

Asustado, Vera sacó la tabla y se cercioró de que aún estaba intacta, lo que motivó la risa de los demás.

El coche estaba cargado hasta el tope cuando Rano salió de Alejandría, con los cinco Veras y con Milón.

Para Dina, Jonas le alcanzó unos almohadones y los demás se sentaron sobre banquillos de cuero y bolsas.

A pesar de los ruidos crepitantes de las ruedas sobre el adoquinado de las calles de Alejandría, la conversación fue animada y alegre.

Recién hacia el mediodía, cuando el sol quemaba fuerte, los caballos trotaron más lentamente y la conversación languideció.

El padre Vera se durmió y la tabla de cera se le cayó de la mano.

Mario la puso a resguardo del sol, envolviéndola en un paño blanco.

Antes del anochecer llegaron a la finca de Andario, siendo recibidos por los fuertes ladridos de los perros.

En la penumbra, los sirvientes había colocado antorchas en el portón de entrada y ello daba un tono festivo al recibimiento.

Andario y Pirra estaban esperando y fueron a su encuentro.

Mientras se saludaban, los criados bajaron las pertenencias de los Vera y las llevaron a la casa de huéspedes.

A continuación, todos se encaminaron al interior de la casa y se ubicaron alrededor de la mesa preparada de manera festiva. ♣

### 31 una conversación escuchada

Después de una cena copiosa al estilo romano, los comensales se dirigieron a la terraza ampliamente iluminada.

Milón le pidió a Baarla:

—*“Ven y siéntate con nosotros en el jardín!”*

Ella esquivó la invitación, diciendo:

—*“No se estila que una esclava se sienta con los amos.*

*Voy a la casa de huéspedes, pues tengo que arreglar algo aún.”*

Con esa excusa salió por el jardín.

Entonces Milón encaró a Andario y separándolo de los demás, le dijo:

—*“Querido padre, tú permitirías que Baarla se siente con nosotros y participe de la conversación con los huéspedes? Tú sabes que mi corazón le pertenece a ella.*

*¿Podría estar con nosotros como persona libre?”*

Andario tuvo que sonreír y en forma bondadosa, le contestó:

—*“Milón, no me queda oculto que tú amas a Baarla.*

*¡Pero tú eres su amo y le puedes dar la libertad ansiada!”*

Milón, en extremo agradecido, le estrechó la mano derecha y enseguida salió corriendo en procura de Baarla a la que encontró ocupada colocando pequeñas lámparas de aceite en los recintos de los invitados, para que tuviesen una luz tenue, cuando volvieran a descansar.

Allí estaba parada sobre un sillón, fijando una luz en el anillo de una cadena.

En la oscuridad, Milón la contemplaba como realizaba esta tarea con todo cuidado.

Por cierto, desde que Baarla lo cuidó en el establo, en aquel momento de dolor, la amaba; ahora, quería decírselo, porque aún no le había abierto su corazón.

En el instante en que bajaba del sillón para buscar otra lámpara escuchó su nombre desde la oscuridad.

Se asustó y la lámpara se le cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

—*“Discúlpame, Baarla,” le dijo Milón, “vengo a recogerte para que nos acompañes con nuestros huéspedes.*

*Andario me autorizó para que vengas como persona libre a participar de nuestra conversación.”*

Mano en mano, Milón y Baarla caminaban por el jardín nocturno.

Una luna apacible amortiguaba la luz de las estrellas.

En una mano, Milón.

## el profanador de textos

llevaba los trozos de la lámpara cuya rotura había provocado.

Al llegar al estanque de las flores de loto, tiró los trozos al agua y dijo:

—“*Baarla, los pedazos de la lámpara descansan ahora en el fondo del estanque, como recuerdo de esta noche; ¡nuestro amor, en cambio, no se destrozará nunca!*”

Luego y para sorpresa de los invitados, Milón les presentó a su novia Baarla.

Pirra la tomó en sus brazos y maternalmente la besó en la frente.

Para ella no era sorpresa, pues hacía rato que se había dado cuenta que los dos se amaban.

Tampoco había sido una simple esclava y siempre la trató como si fuera una hija cariñosa.

Andario no quiso que este acontecimiento pasara inadvertido y anunció a los huéspedes que se habían reunido para celebrar la fiesta del compromiso de los jóvenes Baarla y Milón.

Hubo enseguida expresiones de alborozo y felicitaciones.

Pronto se escucharon conocidas canciones romanas, entonadas por los hermanos Felipe y Bartolomé.

Entre tanto, en la casa de los esclavos, una oscura cabeza apareció en la ventana del dormitorio.

Era Lesco, quien había escuchado las canciones y ahora quería saber si era Milón, quien cantaba tan bien.

No, eran dos voces desconocidas que cantaban canciones alegres.

Mientras escuchaba atentamente, se sentía cada vez más abandonado y miserable.

Hacía incluso grandes esfuerzos para no llorar.

Con los dientes mordía una piedra en el muro y respiraba con fatiga.

Su mente hervía: en efecto, había querido dominar su destino con engaños y canalladas y, ahora, estaba expuesto a la infamia y la ignominia de los demás.

Los patrones y también sus compañeros esclavos lo despreciaban.

Sólo Milón lo trataba bien, justo a él, el que quiso hundirlo en la desgracia.

Ahora, hubiera hecho cualquier cosa para él y hasta hubiera saltado a las fauces de un animal salvaje, si se lo pidiera.

Desde la terraza, ya no se escuchaban las canciones y sólo de tanto en tanto, se oían risas y conversaciones.

Pensaba: ‘¡Ah, si sólo por un momento pudiera ver a aquella gente feliz! Entonces podría aguantar mejor mi vida miserable!’

De pronto le vino una idea: podría intentar de salir por la ventana, desplazarse por el techo y llegar hasta la cercanía de la casa principal.

Los perros, pensó, no lo iban a descubrir.

Se volvió hacia el dormitorio, pero allí todo era silencio.

Escurrizado como era, Lesco, bajó por la ventana, siguió sobre el techo que, al estilo romano, presentaba poca inclinación.

¿Qué podía ocurrir en caso de descubrirlo? Medio arrastrándose, se deslizaba sobre las tejas hacía la terraza.

Ya no se escuchaba cantar y también habían enmudecido las alegres risas.

Al acercarse, Lesco se dió cuenta de que conversaban seriamente.

De pronto, un perro empezó a ladrar fuertemente.

Lesco, se asustó y se extendió plano sobre el techo.

Los ladridos enmudecieron; quizás fueron debidos a la luna creciente que, según dicen, inquieta a los perros en sus sueños.

Por unos instantes Lesco pensó en interrumpir su aventura y volver al dormitorio.

Pero entonces, escuchó desde la terraza la voz de Andario:

—“*¿Dime, Vera, qué pasa con los cristianos en Roma? ¿Por qué se los persigue? ¿Son partidarios o enemigos del Emperador? ¿Puede ser que se los considere peligrosos por error?*”

Lesco se adelantó algo más para oír bien la contestación de Vera.

Ahora, sus ojos miraban desde la oscuridad y sin impedimentos podía ver lo que ocurría en la terraza.

A la pregunta de Andario siguió un corto silencio.

Todas las miradas se dirigieron hacía el arquitecto Vera, que comenzó lentamente:

—“*Estimados Pirra y Andario.*

*Ustedes saben como se agrandó Roma y se hizo cada vez más poderosa con el correr de los siglos.*

*Pero su alma se fue haciendo dura y sombría. Intentaré explicarme.*

*Temprano por la mañana, el sol se levanta en el lejano este del Imperio romano y al atardecer se pone sobre otras provincias lejanas en el mar.*

*A toda la humanidad el sol le asegura su pan diario; es una creación de dios y dispensa la vida terrenal.*

## el profanador de textos

*Desde tiempos inmemoriales la humanidad hizo ofrendas a los dioses, porque sabían que los dioses residían y actuaban en la luz de las alturas.*

*Mientras la humanidad se sentía protegida por el brillo y el amor de los Dioses, se vivió en la tierra el 'siglo de oro,' como lo denominaron los antiguos griegos.*

*En cambio, ahora, se apagaron los fuegos sagrados en los altares de sacrificio.*

*Los templos del 'siglo de oro,' están en ruinas. Desde entonces, las grandes ciudades, sus reyes y césares, hicieron construir los templos como si fueran fêretros de mármol, para su propia gloria y honor.*

*Las plegarias a la verdadera luz, la luz celestial enmudecieron.*

*En la oscuridad de las almas, que se difundía cada vez más, anidaron lo malo, la mentira, el odio y el egoísmo.*

*Los hombres olvidaron que Dios está en el pan de todos los días.*

*La ambición y la codicia por la riqueza material reina por doquier y se extendió como una enfermedad.*

*Y se separaron del reino de Dios y son todo y sólo, seres humanos."*

Mientras que Vera hablaba, con voz cada vez más ronca, Andario intervino:

—“Buen Vera, con todo lo que tú has dicho estoy completamente de acuerdo.

Son los mismos pensamientos que me mueven en horas de meditación.

*Sin embargo, para llegar a ello no necesito del cristianismo, ni de una nueva religión.*

*A mí me parece que la tierra y la humanidad se parecen a un fuego ardiendo, cuyo combustible se va agotando más y más.*

*La llama se va reduciendo y arde, hasta apagarse en las cenizas.*

*De igual forma, también los pueblos y la tierra, se extinguirán y se consumirán, poco a poco.*

*Roma brillará otra vez más pero al final se hundirá y junto con ella, el mundo quedará hecho un montón de ruinas."*

Sobre el techo, Lesco escuchaba atento la conversación.

Igualmente sobre la terraza, todos estaban a la expectativa de lo que decían los dos mayores.

Vera siguió:

—“Estimado Andario, tú visión sobre el final del mundo en ruinas, polvo y cenizas sería una realidad si el supremo creador permitiera que todo siguiera así, hasta el ocaso.

*Pero, todo será distinto y hasta ahora, eso sólo lo saben los cristianos.*

*Allí, en Palestina, ocurrió el único y gran milagro, tan grande que uno apenas se atreve a mencionarlo.*

*Han transcurrido sólo cincuenta años desde que en el hombre santo, llamado Jesús, Dios tomó posesión como Cristo.*

*La luz del Universo estaba en él y a través de él actuó esa luz interna del Universo.*

*Junto a él, el reino de Dios se acercó a los hombres.*

*¿Dónde aparecía, se hacían los milagros: él curó a los enfermos, expulsó a los espíritus malignos y le abrió paso al amor universal a la humanidad de corazón a corazón!"*

Pirra, que había escuchado conteniendo la respiración, preguntó:

—“¿Qué es eso de amor universal?"

Vera contestó:

—“El verdadero amor puede transformar lo malo en bueno.

*El amor es indulgente, el amor no conoce la envidia, ni la arrogancia, no busca las ventajas, no se alegra de lo falso, pero sí de la verdad.*

*Cuando algún día abarque mucha gente, podrá iniciarse una época mejor, la del amor universal.*

*Ello nos lo ha anunciado el Apóstol Pablo en Roma."*

Andario preguntó:

—“¿Quién fue Pablo? Yo nunca escuché nada de él.

¿Era un romano?"

—“¡No, era un hebreo! Su nombre anterior fue Saúl y en Palestina perseguía a los primeros cristianos hasta que, en las afueras de la ciudad de Damasco, se le reveló Cristo en forma espiritual, quien ya había y muerto y resucitado.

*Desde entonces, estaba prendido de él y el perseguidor Saúl se convirtió en el pregonero de Cristo.*

## el profanador de textos

*Yo personalmente pude fraternizar con él en Roma y sé que su testimonio es cierto.*

*Cuando después del gran incendio de Roma, el Emperador Nerón hizo perseguir a los cristianos, acusándolos falsamente.*

*Pablo fue condenado a la pena capital y su sangre impregnó el suelo de Roma.”*

Cuando Vera nombró al emperador Nerón, la cara de Andario cambió de aspecto.

En años mozos sirvió a sus órdenes, pero cayó en desgracia.

Recién después de su muerte, volvió a ser llamado por el ejército romano.

De ahí que interpuso:

—“*Nerón fue un cesar sombrío y combatía siempre lo que se oponía a sus oscuros designos.*

*Es entonces una buena señal para los cristianos, si fueron perseguidos por él.*

*¿Pero, cómo se explica que el actual Emperador Domiciano te perseguía a tí como cristiano?”*

A continuación Vera relató cómo un senador protegido del Emperador se las ingenió para quitarle la casa heredada de su padre y de arrojar a toda la familia a la cárcel.

Andario exclamó indignado:

—“*¿Así que también el Emperador Domiciano cayó en el manejo arbitrario del poder? ¡Oh, Roma, Roma! ¿Hacia dónde vas?”*

En ese momento ocurrió algo que asustó mucho a todos los presentes.

En el preciso lugar, donde la galería llegaba al edificio principal, se desprendió una teja y se rompió con gran estrépito en el suelo.

En realidad, no afectó a nadie y sus pedazos se dispersaron por toda la terraza.

Rápidamente se levantaron todos para indagar sobre lo ocurrido, menos los dos ancianos y aún resonaban las últimas palabras de Andario exclamando:

*¡Oh, Roma, Roma! ¿Hacia dónde vas?”*

Sin embargo, el más asustado fue Lesco, quien involuntariamente ocasionó la caída de la teja, al apoyarse sobre una que se hallaba floja.

Con agilidad felina se tiró sobre un costado del techado, desde donde no se le podía ver.

Silencioso, se deslizó hasta el ventanal del dormitorio, entró y se acostó sobre su bolsa de dormir.

El susto pasado y la conversación misteriosa que había escuchado lo tuvieron en vilo hasta pasada la medianoche.

Hasta ese momento, sólo había vivido de día en día, sin hacerse problema alguno del resto del mundo y de los hombres.

En cambio, ahora escuchó como reflexionaba la gente, buscando una explicación a los enigmas de la vida.

Por ello, sólo tenía un deseo: ‘¡Ojalá pudiera escuchar otra vez lo que conversan esos romanos!’

Entretanto, en la terraza, Milón recogió algunos trozos de la teja caída y se las mostró a Andario, quien había conservado la mayor serenidad de todos.

El anciano militar, tuvo que sonreír:

—“*Una teja caída del techo y nada más. Mañana podrá revisarse el techado y reponerla.*

*La tormenta del otro día debe haber soltado alguna.”*

Pirra, que siempre fue algo supersticiosa, le comentó en voz baja a Dina:

—“*¡Roma se hundirá en pedazos.*

*¡El gran Imperio va a estallar como aquella teja!”*

No se atrevió a hablar en voz alta, pues Andario se hubiera reído.

Andario agregó:

—“*Los restos de la teja, son buen augurio.*

*A Milón y Baarla, sin duda, les significarán un buen comienzo de su compromiso, pero también nos recuerda que es bastante tarde en la noche y todos debemos descansar.*

*Les agradezco a mis invitados por las ricas enseñanzas de esta noche.*

*Mi vieja cabeza está llena de ideas nuevas.*

*¡Sólo espero, que no se reviente como aquella teja!”*

Todos aplaudieron estas palabras y con alegre risa se despidieron con un ‘Buenas noches a todos.’

Sucesivamente, se fueron apagando las luces en la finca de Andario.

Sólo en una de las habitaciones de huéspedes seguía flameando la luz.

Sobre su lecho y medio incorporado, trabajaba Vera con una gran tabla de cera que le había facilitado Andario.

De tanto en tanto, hacía inscripciones y dibujaba figuras en la cera, haciendo nuevos cálculos y registrando medidas.

Era el croquis del pequeño templo cristiano de Alejandría, cuya planificación lo tenía preocupado.

En el centro el altar, el cuál, con su forma en cruz, representaba los cuatro puntos cardinales del cielo.

Alrededor del altar en un círculo algo más alejado, se encontraban las doce columnas.

El conjunto, debería ser coronado por un techo redondo que en su interior mostraba el cielo estrellado; porque a Cristo no debía considerársele como Dios de un sólo pueblo o continente, sino, al Hijo del Dios Universal, hecho hombre.

Pero, ¿cómo construir semejante techo? Este problema, le causó horas de insomnio a Vera.

Hasta ese momento, nunca había construido algo parecido.

Cuando al fin se durmió, quedó prendida la lámpara.

Recién al amanecer, Vera se dió cuenta que la luz de la lámpara se había unido a la luz solar, que penetraba por una ventana.

Esto le dió una idea:

—“El fuego es la señal de la luz y del amor eterno, que debieran atravesar, dando calor, a todo el mundo.

En el nuevo templo, debiera haber una llama eterna, en una lámpara prendida día y noche, como señal del amor cristiano.”

Vera ya no podía aguantar más en su lecho.

Le apremiaba mostrarle a su hijo Mario sus dibujos y discutir con él otros detalles de la obra, tales como el techo en forma de cúpula. ♣

## 32 se está construyendo

Pocos días después, Milón le preguntó a Baarla:

—“Andario me autorizó de llevar a Alejandría a tres o cuatro esclavos de confianza, para ayudar en la construcción del templo, puesto que debo permanecer en la administración de la finca.

¿A quién me aconsejarías tú que envíe?”

Baarla contestó sin titubear:

—“¿Mándalo a Lesco.

Está tan dispuesto a satisfacer tus deseos, que seguramente trabajará con entusiasmo en Alejandría.

Nunca pensé que una persona, en tan corto tiempo, pudiera haber cambiado en tal forma.

El actúa y colabora como si fueran dos personas distintas y se han borrado totalmente su envidia y egoísmo.

Yo creo, Milón, que la semilla que tú plantastes con tu trato bondadoso y tu perdón, ha germinado.

¿Mira, allí corre por el patio!”

Milón llamó a Lesco y le preguntó:

—“Veo que estás apurado.  
¿Qué te propones hacer?”

—“El guardián me indicó que lave el coche y engrase los ejes para que corra mejor.

Él opina que tú podrías participar con este vehículo en las carreras de Alejandría, desde que Andario te compró tan hermosos y rápidos caballos.”

—“Para esas carreras hay tiempo aún, pero estoy contento de poseer un coche rápido, puesto que tengo que viajar mucho a Alejandría.”

Baarla agregó:

—“¿El engrase de los ejes lo podrías suspender! ¡Milón, de por sí ya anda demasiado rápido y cada vez que te veo corriendo, me da miedo!”

Milón, le echó una guiñada a Lesco y continuó:

—“Te quería preguntar, Lesco.

Habrás oído que los Vera están construyendo un templo cristiano en Alejandría.

¿Tendrías interés en colaborar con otros dos o tres compañeros de la finca en esas tareas?”

—“¿Trabajar con los Vera? ¡No me podría imaginar nada mejor! Pero soy indigno de participar en la construcción de un templo.

¡Demasiada culpa y fealdad tengo que sobrellevar! ¡Milón, tú no debes preguntarme, sino darme órdenes! ¡Si me indicaras que debo desmantelar la pirámide de Keops, lo haré piedra por piedra!”

Milón y Baarla se rieron por esta comparación.

## el profanador de textos

—“*En serio, te ordeno: ¡estate preparado mañana temprano para viajar a Alejandría! Entretanto, elige a dos o tres compañeros fuertes para cargar piedras y vigas. Yo los llevaré en el coche.*”

La cara de Lesco denotaba alegría y se daba cuenta que Milón estaba bien dispuesto.

Ello lo hacía feliz.

Además, en la cercanía de los Vera podía escuchar nuevamente conversaciones como las de aquella noche sobre el techo.

Al retirarse, preguntó:

—“*Al coche grande, ¿también lo debo engrasar?*”

—“*¡Hazlo! ¡Cuánto más rápido llegue a Alejandría, tanto más rápido estaré de vuelta!*”

El día siguiente, viajaron Milón, Lesco y dos ayudantes a Alejandría.

En la finca de Jonas, ya se podían apreciar los adelantos de la obra: algunos muros tenían la altura de un hombre.

En las siguientes semanas, Milón hubo de quedarse frecuentemente allí, por algunos días, colaborando en diversas tareas.

Generalmente, transportaba los ladrillos desde un horno en los alrededores de la ciudad.

Pero luego debió volver a la finca de Andario donde lo esperaban múltiples tareas.

Hasta ahora no insistió en una visita de Andario a las obras del templo, pues quería llevarlo cuando estuviera algo más adelantadas.

Muchas semanas transcurrieron así y la obra avanzó apreciablemente.

Los muros ya tenían tres veces la altura de un hombre.

En el interior, las columnas se elevaban hasta la altura del techo.

Incluso al techo ya se le dió comienzo, estando terminado el armazón que debía sostenerlo.

Un buen día arribaron con el coche Milón y Andario.

Al parar en el patio, Vera se les acercó y le causó mucha alegría la sorpresa de Andario observando los adelantos de la obra.

Milón, que también faltaba desde hacia algún tiempo, le dijo a Vera riéndose:

—“*Cada vez que vengo, veo que hay mayor cantidad de colaboradores en la obra: libres, esclavos, morenos y negros, todos ayudan.*

*Parece realmente un hormiguero.*

*Si no me equivoco, allí cerca del portón lo veo martillando al viejo Jonas!”*

—“*Sí, es él,*” contestó Vera.

—“*Ni fue posible impedir que él también tomara martillo y cincel y, bajo la dirección de Bartolomé, está trabajando en la entrada de la obra.*

Bartolomé, por su parte, está labrando con escople la piedra del altar.

Vean, las columnas están todas terminadas y ya pueden sostener el techo.

De pronto, desde la altura alguien saludó a Milón.

Era Lesco.

Milón le retribuyó el saludo y él incansable, radiante de alegría, volvió a su tarea de unir, junto con

otro operario, las primeras lozas, dando comienzo al incipiente techo.

Milón le preguntó a Vera:

—“*¿Qué tal se porta Lesco?*”

—“*Puedo darte el mejor testimonio.*

*Es un colaborador infatigable y hasta a mediodía, en las horas de mayor calor, cuando todos descansan en la sombra, él sigue sin interrupción en la obra.*

*Es como si estuviera poseído por el afán de construir y él sólo suele cargar piedras, que hasta para dos obreros resulta penoso.*

*Con entusiasmo parecido, también trabajan nuestros hermanos y hermanas cristianos, que aquí realizan numerosas tareas.*

*Sin embargo, nadie tiene la constancia y tenacidad de Lesco.*

*¡Este hombre me es un verdadero misterio!”*

Milón se alegró por este elogio y contestó:

—“*A mí no me es ningún misterio! Desde que Lesco fue llamado a colaborar en la obra, cambió totalmente y ahora es un hombre feliz.*

*Yo mismo lo observé cuando durante sus tareas cantaba y se reía.*

*En una ocasión y creyéndose solo, lo vi bailar sobre el andamio, lo que me dió realmente miedo de que pudiera pasarle cualquier cosa.*

*Estoy seguro que quiere reparar lo que erró.*

*Él siente que nosotros lo estimamos y que lo consideramos como parte integrante de nuestra congregación.*

*En sus nuevas tareas volvió a encontrar su dignidad humana.”*

## el profanador de textos

Cuando los tres llegaron frente al portal, casi terminado ya, donde Jonas se hallaba martillando, éste saludó a los visitantes, dejó de lado martillo y cincel, y penetró con ellos al interior del templo.

Milón admiró a las columnas erigidas.

Junto a la gran piedra que sería el futuro altar, Bartolomé estaba tan inmerso en su trabajo de cincelado que ni se dió cuenta de la visita.

En el frontispicio, en dirección a la entrada, ya se percibía algo parecido a un semblante humano.

Después de un corto saludo, Milón indagó:

—“¿Qué es lo que configuras en las partes laterales del altar?”

Bartolomé, señalando a Vera, contestó:

—“Estamos aquí en suelo egipcio, donde por milenios se ha cuidado el misterio de la Esfinge: un ser en parte toro, león, águila y hombre.

Estos tres animales y la efigie del hombre, hecho según la imagen de Dios, son las cuatro partes laterales del altar.

El toro: una imagen de fuerza y vigor terrenal.

El león: la imagen del corazón ardiente y valeroso.

En el águila: la fuerza alada del pensamiento, que ambiciona llegar al espíritu.

Todos ellos sirven al hombre.

Están en él mismo y representan, en las figuras del altar, al pan y al vino, de la Santa Cena o Eucaristía.”

Milón se acercó a Bartolomé:

—“Querido amigo, te ruego un favor: cuando tú des comienzo a labrar la efigie del león, ¡deja

que yo sea tu ayudante! Tú sabes en quien estoy pensando.

¿No podría hacer ahora nomás un intento, en una piedra cualquiera? ¿Con toda claridad veo ante mí esa efigie del león y creo poder grabarla en la piedra!”

Enseguida, Bartolomé lo llevó hacia un trozo de piedra, dándole martillo y cincel.

A la vez, improvisó algunas líneas indicativas, invitándolo a comenzar:

—“Empezá aquí y veremos si te sale un león!”

Mientras Milón martillaba enérgicamente, Andario le comentó a Vera:

—“Ahora éste también se quedó prendido del cincel; solamente, falta que yo haga de picapedrero!”

—“¡Ven, Andario, te mostraré el hermoso trabajo de mosaicos que está haciendo Felipe!”

Abandonaron la obra y se dirigieron a la planta baja de un edificio contiguo, que en su tiempo era depósito de fardos de paños y en el que se encontraba trabajando Felipe: seleccionaba piedras y cubitos multicolores de vidrio, para su posterior compaginación en un gran mosaico a colocarse en la cúpula del templo.

Utilizaba preferentemente piedras de color azulado, entremezclados con figuras de pequeñas estrellas doradas.

—“¿De dónde son estas piedras doradas,” inquirió Andario.

Felipe lo llevó aparte, donde sobre un yunque había finísimas láminas de oro, martilladas ex-profeso.

Enseguida tomó una pequeña piedra plana, la untó con una resina pegajosa, cubriéndola luego con la lámina de oro y en el acto obtenía una piedra que parecía de oro.

Esto le causó mucha gracia a Andario quien preguntó:

—“¿Podría también hacer una prueba?”

Felipe lo animó para que hiciera un ensayo y rápidamente Andario pegaba piedras doradas.

Entretanto, las láminas de oro se agotaron y Andario sacó una moneda de oro, con la efigie del César, que llevaba consigo.

La puso sobre el yunque y martillándola intensamente logró al poco tiempo una delgada lámina que servía para los mismos fines.

Vera, entretanto, se alejó sin ser visto.

El hecho de que un general romano colaboraba en la construcción del templo lo hacía feliz.

En la obra, encontró a Milón con la cara cubierta de sudor, trabajando en la efigie del león.

Mario acompañaba a cuatro operarios que trasladaban una escalera, que fijaron al andamiaje del techo y luego subieron algunos tirantes de madera, necesarios para la construcción de la cúpula.

Mientras Milón descansaba unos instantes, Mario le explicaba que el techo de losas estaba calculado en tal forma que resultaba autoportante, a la manera de las arcadas de los puentes romanos.

Cuando Milón quiso volver a sus tareas, le llamó la atención de que Andario había desaparecido.

Salió y le preguntó a Vera:



## el profanador de textos

—“¿Dónde está Andario? ¿Estará disgustado conmigo o se habrá vuelto sólo a casa?”

Vera sonrió y señalando al taller, dijo:

—“¡Ve, allí está! Verás al general mandando piedritas doradas!”

Cuando Milón entró en el taller de Felipe le causó mucha gracia ver a Andario ocupado en dorar piedritas.

Éste, de muy buen humor y señalando una gran lámina de oro, aclaró:

—“¡Fíjate cuán delgado se vuelve un Emperador romano cuando es golpeado y martillado adecuadamente!”

Milón se rió cuenta de la alusión y le dijo:

—“Padre, si tú estas ocupado aquí, yo preferiría continuar algo aún con mi león.”

Entonces Andario siguió dorando piedritas hasta que Felipe pudo armar la estrella de oro.

A continuación exclamó, secándose el sudor de la frente:

—“¡Basta por hoy! Ahora, volveré nuevamente a lo terrenal.”

Con satisfacción contempló otra vez a la estrella de oro y escuchó los elogios de Felipe por el trabajo minucioso realizado.

Luego salió en busca de Milón.

Lo encontró en el interior de la obra frente a un bloque que representaba al león.

Bartolomé, que se hallaba lado, justo le hacía unas indicaciones para que profundizara algunos sectores de la cara.

Andario estaba sorprendido de forma que ya había tomado la cabeza del león.

Se sentó sobre una piedra que estaba allí, al lado de una columna.

Sentíase imbuido en una rara sensación, al escuchar el martilleo, el cinceleo, los gritos y el resto de los ruidos de la obra, que se unían en un ritmo, en una especie de melodía, que lo emocionaba y entusiasmaba.

Sentimientos parecidos recordaba haber tenido antaño cuando dirigía una batalla y la victoria se inclinaba de su lado.

¿Acaso aquí no se luchaba para lograr un triunfo? ¿Para el triunfo de un mensaje de Dios, el que le fue transmitido por boca de Vera, conmoviéndolo, y detrás del que veía sucumbir a la vieja Roma? Pensativo, murmuraba para sí mismo:

—“Me da la impresión de que estoy en el mejor camino para volverme cristiano.

Pirra ya participó varias veces de las reuniones y oficios divinos cristianos.

Hasta ahora me he negado acudir a un lúgubre sótano y rendirle culto a un nuevo credo, porque pensaba que ello no le corresponde a un militar romano.

En cambio, esta obra es distinta y habla un idioma que entiendo mejor.

Los muros y el techo se arquean y se cierran. Y el camino al interior está señalado.

Alrededor de este altar, en el centro de la obra, qué ritos y qué ceremonial se estilarán? ¿Los cristianos serán capaces de darle vida a este recinto...?”

Este soliloquio de Andario se transformó en meditación, de la que fue despertado repentinamente por un grito de admiración.

Bartolomé, quien nuevamente observaba la cabeza del león de Milón, dijo:

—“¡Tú lo lograrás, Milón! Sos un escultor innato.

Deberías ser tú el que labrará al león del altar y nadie más!”

Andario se levantó y se dirigió hacia los otros dos. En efecto, el león de piedra tenía una mirada majestuosa, a pesar de que aún le faltaba la melena y las orejas.

Andario se adhirió al elogio de Bartolomé.

Era un hecho: Milón debía volver a colaborar en los trabajos del altar.

Al atardecer, Milón y Andario emprendieron el viaje de regreso a la finca.

Hablaron poco; lo vivido seguía ocupando sus pensamientos.

Antes de arribar a la casa, Andario comentó:

—“Este fue un día feliz y muy bien logrado en Alejandría! Yo también volveré para ayudar en la obra.” ♣

### **33 un esclavo también es un ser humano**

Muchos meses transcurrieron entretanto.

De la obra de los cristianos de Alejandría se fueron eliminando las últimas empalizadas, los escombros y piedras sobrantes.

Todos abrigaban la esperanza de poder consagrar la iglesia y bendecirla en los próximos días y poder realizar entonces el primer culto religioso.

Visto desde afuera, todo estaba terminado.

Mas en el interior, Felipe, trabajaba aún en la última plancha de mosaico de la cúpula, colocándola en su lugar.

Lesco colaboró mucho en lo alto de la cúpula, colocando precisamente estas planchas en su lugar, tras cubrirlas con una mezcla para su mejor adhesión.

Eso exigió mucha paciencia y perseverancia.

Siempre había que trabajar en posición incómoda, parcialmente acostado y con la cara hacía arriba.

Al desprenderse líquido o polvo afectaba dolorosamente la vista.

Además, para ese trabajo difícil, era necesario el uso lámparas, pues aún de día, ese sector era muy oscuro, ya que a través de las finas láminas de alabastro, sólo penetraba una débil luz.

Una noche en la que Vera no logró conciliar el sueño, se paseaba por el patio respirando profundo el aire fresco y pensando así dormir luego mejor.

En la oscuridad contemplaba el imponente edificio abovedado, que parecía más grande que de día.

De pronto, vió una débil luz en una de las ventanas de alabastro.

¿Se habría olvidado Felipe, que fue el último que salió, de apagar alguna de las lámparas?

En los últimos tiempos había ocurrido que gente desconocida se había acercado a la obra, curioseando, donde nada tenía que hacer.

¿Habría algún extraño espiando o quizás profanando el templo? ¿Y si a un enemigo del cristianismo se le ocurría prender fuego? Vera se acercó algo vacilante al portón.

¿Debía despertar a alguno de sus hijos? Escuchó frente a la entrada.

En el interior se oían ruidos, dando la seguridad que alguien estaba allí.

Intentó abrir el portón y lo encontró cerrado.

Ello le pareció más extraño aún.

Como llevaba una llave consigo, abrió la puerta con todo cuidado, sin hacer ruido y entró.

Arriba, sobre el andamio, se hallaba la lámpara y se escuchaba un suave cantar, una canción sin palabras, con tonalidad casi solemne.

Debía ser Lesco trabajando en la cúpula, en plena noche, cuando todos descansaban.

Seguramente se había hecho encerrar por Felipe sin que éste lo notara y poder así seguir trabajando en horas de la noche.

Durante unos instantes Vera pensó llamarlo y ordenarle salir de allí; pero, luego pensó: ‘¿Cuándo uno siente tanto amor por su trabajo, sin fijarse en esfuerzo alguno y encima está cantando, no lo quie-

ro interrumpir en sus tareas!’ Después volvió a cerrar la puerta y se guardó para sí ese secreto nocturno.

Al cabo de algunos días, todo estaba preparado para que en el centro de la cúpula se pudiera colocar la última estrella del mosaico en forma de sol.

Seguidamente se iniciaron las tareas de desmontar el andamiaje debajo de la cúpula del techo.

Con alguna prisa Felipe, quiso comunicarle la novedad a Vera y Mario.

Para ello abandonó la obra para llamarlos.

Vera cruzaba el patio, Milón y Baarla estaban con él.

—“¡Llegan en el momento preciso,” exclamó Felipe, “la obra ha concluido! Voy en busca de algunos operarios y de Mario para ayudar a desarmar el andamiaje.”

Al entrar los tres al interior del templo, aguardaron un momento para adaptar la vista a la oscuridad reinante, cuando desde lo alto de la cúpula se oyó la alegre voz de Lesco:

—“¡Milón, Baarla!”

En el mismo instante se escuchó un ruido sordo.

Una viga, que Lesco había soltado de sus ligaduras, se le deslizó de las manos.

A la vez, Lesco perdió el equilibrio y cayó, junto con la viga al suelo.

Se estrellaron estrepitosamente sobre la loza de piedra, al lado del altar de piedra, primero la viga y luego un cuerpo humano.

—“¡Lesco!,” gritó Milón y corrió hasta el caído.

Éste se hallaba tendido inmóvil.

## el profanador de textos

De la cabeza corría sangre sobre la loza y con ojos fijos miraba hacia arriba.

Milón se arrodilló a su lado y le susurraba:

—“*Lesco, estás vivo!*”

El increpado volvió lentamente la vista hacia él. Sus labios se movían, apenas los atravesaba un respiro; Milón creyó escuchar una exhalación:

—“*Yo... soy... hombre!*”

—“*¡Sí, Lesco, sos un buen hombre!*”

Por un breve momento brillaron los ojos del agonizante, dirigiéndose hacia la estrella dorada de la cúpula.

Lentamente, con un suspiro se extinguía su vida.

A Milón le pareció que el alma de Lesco se difundía por todo el templo, atravesaba las columnas, brillaba en el oro de las estrellas del mosaico y resplandecía en la luz de las lámparas, que le dieron al muerto la claridad para el último trabajo de sus manos.

Baarla se arrodilló junto a Milón.

Con una mano se apoyaba sobre el león de piedra del altar, delante del cuál estaba tendido Lesco y con la otra tomó la mano del muerto; percibía como el calor desaparecía lentamente.

Vera hablaba de la muerte en Cristo y de la resurrección a una vida espiritual.

Y, de tal forma, con un funeral, se inició impen-sadamente, la consagración del templo.

Cuando llegaron Felipe y Mario junto con un grupo de operarios para desarmar el andamiaje, se quedaron atónitos frente al cuadro que se les presentaba: la viga, el muerto, los arrodillados... No fue

necesaria explicación alguna de lo ocurrido y aún así no lo podían creer.

Mudo, Felipe, se apoyaba sobre una columna.

En ese instante, avanzó uno de los esclavos presentes y preguntó:

—“*¿Debemos llevarlo afuera de la ciudad y enterrarlo allí, como se estilaba con los esclavos?*”

—“*Un esclavo también es un ser humano,*” replicó Felipe, “*él se quedará aquí. ¡Traed algunas luces!*”

Uno de ellos subió al andamio y recogió la lámpara que Lesco había dejado y otro fue en procura de dos más, que se encendieron con la primera y se colocaron alrededor del muerto, frente al altar.

A la luz de estas lámparas fue desarmado a continuación el andamio, presentándose, por primera vez, el templo en toda su belleza.

La noticia del accidente cundió rápidamente y todos los que colaboraron en la construcción del templo acudieron trayendo flores y ramas verdes, para honrar al muerto.

Hacia la noche, Vera ordenó que se sacaran dos lozas del piso y allí hizo cavar una fosa, en la que fue depositado el cuerpo de Lesco.

El día siguiente, Vera reunió a los cristianos de la congregación en un acto solemne y después de echar la bendición terminó su alocución con estas palabras:

—“*Nuestro hermano Lesco seguirá permaneciendo entre nosotros como espíritu bondadoso del cielo y del fervor en el desempeño y actividad al servicio de Cristo.*”

A continuación, Vera encendió una lámpara de plata y agregó:

—“*Esta luz quedará prendida aquí para siempre, de día y de noche, como señal de la vida eterna.*” ♣

## 34 viaje de regreso con impedimentos

En la terraza del jardín de Andario se hallaban Pirra y Baarla cosiendo en una túnica blanca, la que, conforme a las costumbres y tradiciones romanas, sería el vestido de la novia.

Ambas, estaban tan ensimismadas en su labor que no se dieron cuenta de que Andario se había acercado.

A éste le causaba mucha gracia el afán de las dos mujeres y observó, riéndose:

—“*¡Si el vestido de la novia no está terminado para pasado mañana, habrá que posponer el casamiento por una semana!*”

Baarla le contestó:

—“*¡Ya está casi terminado. Antes de ponerse el sol, habremos dado la última puntada!*”

Se levantó y como probándose el vestido, miró sonriente a Andario.

Este se fue en elogios:

—“*¡Está muy lindo, realmente precioso; y digno de la hija de un patricio romano! ¿Pero, dónde está el novio?*”

Baarla contestó:

—“*En este momento quería preguntarte si aún no regresó de Alejandría.*”

—“*¡No! Sin duda estaría aquí con ustedes. No me explico su larga demora. Se fue muy temprano para realizar algunas compras importantes en el mercado y tenía el propósito de estar de vuelta a media tarde. Ya está anocheciendo y todavía no llegó. Esto es extraño, porque Milón siempre fue muy puntual.*”

En las palabras de Andario había un ligero reproche.

Baarla no se atrevió a mostrar su gran preocupación, puesto que temía que algo le hubiese ocurrido.

Andario dejó la terraza y Pirra tranquilizó a Baarla:

—“*Ah, en una gran ciudad siempre hay mucho que ver.*”

*Debe haberse atrasado con algunos amigos.*

Baarla respondió:

—“*Pronto se pone el sol. Él prometió regresar a media tarde y no es su manera el no cumplir con la palabra empeñada. ¡Ojalá no le haya pasado nada grave!*”

Baarla tenía una sensibilidad especial, ya que a Milón realmente le ocurrió algo.

Pero, vayamos a su lado y a las aventuras que vivió en Alejandría.

Al llegar junto con Felipe a la ‘Puerta de la Luna,’ cerca del mercado principal para efectuar sus compras, dejó el coche con sus dos caballos en una plaza a cargo de un cuidador, como lo hacía habitualmente.

Terminadas sus compras vieron allí y Felipe comentó:

—“*Milón, aquí cerca se encuentra la tumba de Alejandro el Grande, que fundó esta ciudad. ¿Me acompañarías para visitarla, pues ese siempre fue un deseo mío?*”

Milón le contestó:

—“*Alejandro el Grande fue aquel gran conductor griego del que tanto me habló Andario, que en su tiempo venció a los persas y llevó la estrella de Grecia al más alto brillo.*”

—“*Así fue. Su tumba y féretro se pueden admirar muy cerca de aquí.*”

Milón objetó:

—“*No nos podemos demorar mucho. Mi tiempo apremia, por los múltiples preparativos del casamiento. ¡Pero vayamos!*”

La tumba de Alejandro era un lugar muy concurrido y pronto lo encontraron.

Tenía el aspecto de un templo con mausoleo, en el cual se hallaba expuesto un sarcófago de piedra.

En sus cuatro costados se veían escenas de las batallas libradas por este famoso guerrero, talladas en el mármol, con esculturas bajo relieve.

## el profanador de textos

Felipe admiró la finura artística de este trabajo de escultura griega.

Milón comentó:

— *“Desde los tiempos del gran Alejandro han transcurrido cuatro siglos.*

*A su tumba y a su recuerdo, ya pocos honores se le rinden y sin embargo, realmente vivió una vida de héroe.*

*Sólo algunos curiosos se atreven hasta aquí y se retiran pronto, porque huele a aire enmohecido.”*

— *“Es raro pero debo comparar esta tumba con el sepulcro de Lesco, sobre el que se alza un templo, en el que se escucha la palabra de Dios.*

*Vera dijo en una ocasión: ‘Ante Cristo, todos los hombres son hermanos.’ ¿No lo son acaso también Alejandro y Lesco?”*

Ambos abandonaron pensativos el lúgubre lugar.

Al salir del recinto, Felipe quiso despedirse pues pensaba regresar a pie.

No obstante, Milón insistió, ya que quería llevarlo en el coche, por estar casi en el mismo camino.

Era de mediodía, cruzaron las calles concurridas de Alejandría y el tránsito de vehículos era tan intenso que, prácticamente, se avanzaba a paso de hombre.

Llegaron a la casa de Jonas, quien salió a su encuentro y tras saludarlos, les dijo:

— *“¿Es hora de almorzar, pasad y sed mis invitados.”*

No podían rechazar esta amable invitación y dejaron el coche y los caballos en manos de un esclavo de la casa.

Así sucedió que Milón fue atrasándose, porque un almuerzo con Jonas siempre se alargaba en vista de las sustanciosas conversaciones.

Finalmente, pudo despedirse y partió a buena velocidad, dejando pronto tras de sí a la ciudad.

El camino que tomó era una ruta secundaria con poco tráfico y Milón aprovechó para usarla como pista de carrera, tanto más, que de esa forma podía recuperar parte del tiempo perdido.

¡Qué magnífico galopaban los caballos en igual ritmo; cuán refrescante era el viento sobre brazos y piernas desnudas! Realmente, le parecía estar en carrera con el romano Florus; a los caballos los chasqueaba y los silbaba, para entusiasmarlos más aún y obligarlos a que corran con sus últimas fuerzas.

Mientras que el coche corría con estruendo sobre el camino, una rueda saltó a causa de una piedra, ocasionando la rotura del clavo del eje.

En el mismo instante, se desprendió la rueda, haciendo tumbar el vehículo.

El impacto del eje sobre el suelo motivó que Milón fuera lanzado a un costado del camino arenoso.

Los caballos siguieron arrastrando el coche un corto trayecto hasta que quedó varado y frenado a la vera del camino.

Milón yacía sin conocimiento en el sitio de su caída.

Durante algún tiempo, el accidentado quedó tendido en el suelo, bajo los rayos ardientes del sol de mediodía, y, los caballos trataban de librarse de sus ataduras.

En ese momento atinó pasar por allí un carruaje con soldados romanos.

Estos socorrieron inmediatamente a Milón, llevándolo a su vehículo.

Otros atendieron a los caballos e incluso uno, muy práctico, volvió a colocar la rueda perdida en el eje, sujetándola mediante un trozo de rama, que cortó de un olivo cercano.

Por suerte, el herido recuperó prontamente el conocimiento y pudo relatarles a los soldados lo ocurrido.

Uno de ellos opinó:

— *“¿Tuvistes suerte al no haber caído sobre el pavimento de piedra!”*

Otro soldado le preguntó:

— *“¿No habrá sido por correr mucho?”*

Milón contestó:

— *“Se rompió el clavo del eje y saltó una rueda.”*

Los caballos fueron enganchados nuevamente y todo quedó alistado para la partida.

Fue entonces que Milón les preguntó a los soldados, si uno de ellos le podría acompañar hasta la finca de Andario.

Cuando los interrogados escucharon el nombre del militar romano, se ofrecieron espontáneamente para acompañarlo, sin duda, porque además suponían iban a recibir una buena propina.

Milón eligió al conductor del carro y a los restantes les regaló algún dinero.

A marcha lenta continuaron en dirección a la finca, porque de ninguna manera podían arribar antes que oscureciera.

Entretanto, reinaba gran intranquilidad en lo de Andario.

Le ordenó a Rano que saliera con un caballo veloz y se dirigiera por el camino a Alejandría, siempre

en la creencia de que quizás hubiera pasado algo malo.

El recadero partió a todo galope.

Baarla aparentaba estar tranquila, pero Pirra se lamentaba por la ausencia del novio.

Rano habría cabalgado algo más de media hora cuando comenzó a anochecer.

Por ello debió aminorar su ritmo de marcha.

De pronto, escuchó los ruidos de un coche.

Paró su caballo e hizo algunas señales:

—“¡Milón!”

—“¡Rano!,” fue la contestación.

Después de saludarse, el episodio fue aclarado convenientemente.

Milón se sintió perfecto otra vez, gracias a la brisa fresca de la noche.

Enseguida, le pidió a Rano le prestara el caballo, para llegar más pronto a la finca y desapareció en la oscuridad.

Era ducho en cabalgatas nocturnas pero, esta vez, no se apuró demasiado.

Cuando pensó sobre lo ocurrido tuvo que estar contento porque no le pasó nada peor: acaso una fractura de pierna o brazo o quizás un traumatismo mayor.

A la distancia se veían las luces que se agrandaban a medida que se acercaba.

Eran las antorchas de la entrada a la finca.

¡Sabía que detrás

de las antorchas lo aguardaba Baarla! Sin querer, apuró la marcha del caballo.

Ya estaba sobre las luces; los perros ladraban.

Toda la finca estaba de pie, aguardándolo.

Baarla lo recibió con un gran abrazo.

Luego, en el interior de la casa, Baarla le trató las escoriaciones con aceites finos y sonriendo, le dijo:

—“¡Milón, cuando en aquella ocasión traté tus heridas, no me hubiera imaginado tener que volver a hacerlo como tu novia!”

—“Sí, Baarla, también estas pequeñas heridas me recordarán siempre que nuestra unión empezó en el dolor.”

Desde afuera se escuchó que había llegado el coche.

Andario, impaciente, se puso a revisar enseguida las ruedas y no pudo entender cómo era posible de que perdiera el clavo del eje.

Para el día siguiente, ordenó al herrero que preparara para todos los coches de la finca, clavos nuevos.



## 35 lira y danza

En los días previos al casamiento de Baarla y Milón hubo que tomar múltiples preparativos y disposiciones.

Los Vera se hicieron cargo de la festividad de la boda.

Para ello, todavía no habían costumbres ni tradiciones cristiana.

De ahí que hubo que ponerse de acuerdo en cómo se debía bendecir a una pareja y cómo se organizaba la ceremonia festiva.

Los cristianos de Alejandría le pidieron al padre Vera de actuar en el futuro como uno de sus sacerdotes.

Vera entró en consultas consigo mismo y recordó como la mano del Apóstol Pablo se apoyó sobre su cabeza cuando en aquella oportunidad, en Roma, lo bendijo y lo bautizó.

Entonces pensó: ,/

—“¡Con ayuda de aquella bendición del Apóstol quiero intentar servir al cristianismo junto al altar!”

Así dió su consentimiento y se declaró de acuerdo en realizar la bendición nupcial.

## el profanador de textos

Dina ensayó con un grupo de doncellas la danza alrededor del altar.

Mario experimentó con una lira que le habían obsequiado oportunamente, a fin de que para el acto no faltara la música.

Felipe y Bartolomé se hicieron cargo de un pequeño coro con el que ensayaban un canto sagrado en canon.

Se acercaba el día de la fiesta.

En coches adornados con coronas, Andario y Pirra viajaron a Alejandría acompañando a Baarla y Milón.

Al hacer los novios su entrada a la Iglesia, el coro comenzó con su canto.

Doce integrantes del coro masculino se hallaban apostados en semicírculo frente a las columnas, con una vela encendida en su mano.

Las doncellas, que portaban flores multicolores, tomaron ubicación entre las columnas.

Más atrás se encontraban los amigos y algunos cristianos de la congregación.

La pareja se desplazó lentamente hacía el altar, sobre el cuál había pan y un cáliz, todo iluminado por la lámpara de plata.

Vera actuaba de sacerdote vestido con una túnica blanca; recibió con los brazos abiertos a la novia y al novio y los tomó a ambos por las manos.

Milón a su derecha y Baarla a su izquierda.

Al iniciarse los cánticos, ingresaron por entre las columnas del recinto las doce doncellas y comenzaron con una solemne danza en semicírculo.

A la luz de las velas, que se reflejaba en el oro de la cúpula de mosaico, se movían al ritmo de la música de la lira.

El perfume del incienso llenaba toda la iglesia.

Todos los presentes estaban dominados por una sublime y embriagadora sensación, que los hacía imaginarse trasladados al paraíso.

Los cánticos se extinguieron y la danza disminuyó, hasta que las doncellas quedaron inmóviles.

Vera, levantó la voz:

—*“¡La paz esté con nosotros, queridos hermanos y hermanas! Constantemente*

*acontecen milagros en medio de nosotros. Sólo debemos observarlos atentamente.*

*Aquí a mi derecha está Milón.*

*Con preocupación ansiosa, viajó en su tiempo a Roma para morir allí una muerte cruel.*

*Sin embargo, una sabia conducción le brindó, en cambio, la libertad, nueva vida y amigos verdaderos.*

*Y, por fin, se transformó en uno de nuestros hermanos.*

*A su lado está Baarla.*

*Perdió a su madre a temprana edad y al morir la bendijo en el nombre de nuestro Señor.*

*Aún cuando era solamente una niña ardió en ella la chispa de la bendición recibida.*

*Como servidora fiel, cumplió en silencio con sus tareas.*

*Donde pudo ayudar lo hizo, según el refrán: ¡Amad al próximo, como a tí mismo!”*

—*“Están los dos aquí frente al altar.*

*¡Uno sus manos para que queden unidos en la vida y en la imitación de Cristo!”*

Después de estas palabras, se escuchó al coro y las doncellas obsequiaron flores a la joven pareja.

Al llenar el recinto los suaves tonos de la lira, la congregación se levantó y se paró alrededor del altar para recibir la sagrada bendición.

Luego de esta solemne ceremonia, Jonas, dijo:

—*“¡Mi casa está preparada para la fiesta.*

*Todos vosotros sois mis huéspedes y espero que también todos disfruten de mi invitación.”*

Cuando Vera caminó junto a la pareja hacia la puerta de entrada, Milón se volvió otra vez al altar y dijo:

—*“Padre Vera, en una ocasión tú me dijiste que Marcos fue uno de los discípulos del Señor y que predicó el evangelio.*

*¿El signo de Marcos no es el león? Hasta ahora nuestro templo no lleva nombre alguno.*

*¿Podría llamarse el templo de San Marcos?*

*¿Acaso no fue un león terrestre el que nos guió hasta el león celeste?”*

Vera, con el rostro radiante de alegría, le contestó:

—*“¡Siempre esperé encontrar el nombre más adecuado.*

*¡Aquí está! ¡Milón y Baarla iniciad vuestra vida juntos a través de las puertas del templo de San Marcos!”*

El sol de Egipto brillaba intensamente cuando Vera y la flamante pareja salieron del templo.

En ese instante cayó una lluvia de rosas sobre ellos, que lanzaron los niños presentes.

Y así, la sencilla festividad se convirtió en alegría, felicidad y dicha. ♣